



NEBULAE

Varios autores



EL PLANETA OCULTO

Lectulandia

Donald A. Wollheim ha recopilado en este volumen unos cuantos relatos de los mejores autores de Anticipación científica, cuyo común denominador es Venus, el planeta oculto bajo un espeso manto de nubes. El lector hallará en él la novelita del hombre que convirtió a Venus en el campo de sus experimentos con seres humanos, hasta que el producto de dichos experimentos resultó ser demasiado peligroso para la propia Tierra. Hallará el relato del aventurero que descendió a una profundidad excesiva en los abismos del inmenso océano venusiano. Hallará finalmente, los exploradores que descubrieron las plantas filosóficas y los viajeros de la jungla que comprobaron que lo que Venus tenía que ofrecerles hacía palidecer al África Tenebrosa...

Lectulandia

AA. VV.

El planeta oculto

Selección de Donald A. Wollheim

Nebulae - Primera Época, 67

ePub r1.0

Thalassa 08.10.2018

Título original: *The Hidden Planet*

AA. VV., 1959

Traducción: Antonio Ribera

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Todo el mundo conoce la estrella vespertina, esos raros brillantes sostenidos dominan por una hora o dos el cielo crepuscular poco después de la puesta del sol. Los madrugadores conocen también el Lucero del Alba que, en algunas épocas del año, anuncia la salida del sol. El hombre moderno sabe que estos astros, en apariencia dispares, son el mismo, el planeta Venus, el más hermoso y brillante de los objetos celestiales, por ser el vecino planetario más próximo a nuestra madre Tierra.

Durante milenios los hombres se han maravillado ante su brillo rutilante y se han preguntado qué misterio oculta. Pero nos corresponde a nosotros, los que tendremos la suerte de vivir en 1960 y la década siguiente, y saber algo de lo que se oculta tras este misterio. Ha sido anunciado oficialmente que no tardarán ya mucho en realizarse las pruebas de lanzamiento de cohetes con el fin de cruzar el abismo de cincuenta millones de kilómetros que separa a ambos mundos en el momento de su mayor proximidad, con el fin de informar a los hombres que los lanzan sobre lo que se esconde bajo el velo del planeta oculto.

Lo que sabemos de Venus es escaso pero atractivo. Sabemos que por su peso y tamaño es un planeta gemelo de la Tierra: su diámetro es de 12 300 kilómetros y el de nuestro globo de 12 700. Sabemos que en Venus la intensidad de la gravedad es 0,88 de la terrestre, lo cual significa que 100 kilos sólo pesarían allí 88. Sabemos que posee una atmósfera espesa. Más próximo al Sol que la Tierra, a pesar de ello la temperatura que debe de reinar en algunos puntos de su superficie no resultaría un obstáculo para la vida. Además, nadie sabe cómo es su superficie. Venus está cubierto eternamente por una densa capa de nubes compactas. Se desconoce la duración de su día... Las opiniones de los astrónomos varían sobre este punto, afirmando algunos que tiene una duración de veintidós horas, mientras otros sostienen que dura cuarenta y seis días de los nuestros. Se desconoce por completo la naturaleza de su superficie; no se sabe si es un desierto, un océano o un lodazal. Incluso los elementos que constituyen su atmósfera están sujetos a polémica.

Estas cosas sólo podrá averiguarlas un cohete de pruebas. Gracias a él podremos saber también si su atmósfera contiene oxígeno y si hay agua en su superficie, sin lo cual la vida en Venus sería altamente improbable. Pero entretanto, y mientras esperamos que los cohetes inicien sus arriesgados viajes impulsados por la combustión de sus motores, podemos proyectar algunos de los posibles secretos del planeta oculto en la pantalla de la imaginación. En las cinco aventuras venusianas que se incluyen en este libro, seguramente existirán algunos extremos que resultarán proféticos. Por ello hay que leer *El Planeta Oculto* no sólo en busca de las emociones que solamente puede deparar la buena literatura de fantasía científica, sino también para atisbar lo que nos reserva el futuro.

DONALD A. WOLLHEIM

EXPEDIENTE DE CAMPAÑA

Chad Oliver

El viento frío venía en ráfagas del Pacífico grisáceo, empapando a Los Ángeles bajo cortinas de lluvia oscilante. Keith Ortea avanzando penosamente entre los charcos de Wilshire Walk, empezaba a lamentar haber dejado su helicóptero en el Centro. Estaba bastante seco bajo su desviador de lluvia, pero el aire que penetraba por debajo de las líneas de energía se notaba decididamente viciado.

A su alrededor la amplia acera estaba desierta, aunque distinguía algunas luces mortecinas, que surgían de los escaparates de las tiendas. Un anuncio aéreo del Gobierno de color violeta, estaba suspendido suavemente sobre su cabeza: *Cuidado con hacer volcar el bote.*

Torció a la izquierda en el cruce desierto de Santa Mónica y dos manzanas de casas más allá llegó al pie de la Torre Vandervort. Un centelleante rótulo anaranjado de neón brillaba sobre la lujosa puerta principal: *Queremos a su niño.*

Keith Ortega cruzó el umbral y se apresuró a desconectar su desviador de lluvia. Hizo una profunda inspiración de aire relativamente fresco y se sintió mucho mejor. No había nadie en el vestíbulo: él ya había supuesto que aquella tarde no reinaría allí mucha actividad. Se dirigió al ascensor, sintiendo sus pies ligeros y torpes sin el desviador de lluvia en los zapatos, y subió al piso décimo, donde estaba la sala de visitas. Le sorprendió ver que había gente en ella.

Ellen Linford, que parecía ser el compendio de la maternidad norteamericana, había echado el guante a otra joven pareja. Hacía saltar a un niño de corta edad sobre las rodillas mientras sonreía, y ni siquiera el hecho de que Keith supiese que Ellen detestaba a los niños, consiguió anular el efecto que producía la escena. Ellen era una buena actriz. No tenía más remedio que serlo.

Keith asumió la que él presumía que era una expresión bondadosa y paternal, y tomó asiento junto a Ellen.

—Buenas tardes, *Mrs.* Linford —dijo, mirando con expresión radiante al niño y haciéndole cosquillas en el mentón—. ¿De quién es esta monada? ¿Cómo estás, hombrecito?

—Es una niña —le corrigió Ellen. Luego se volvió hacia la nerviosa pareja que la acompañaba—. Bueno, han tenido ustedes suerte. Este señor es el propio *Mr.* Ortega.

Hermano, pensó Keith.

La pareja se animó, al verse en presencia de la Fama de carne y hueso.

—No sabes cuánto me gusta que hayas conocido a los señores Sturtevant —dijo Ellen—. Han resuelto dejar a su pequeña Hazel al cuidado de la Fundación. ¿No crees que debemos felicitarles?

—Efectivamente —asintió calurosamente Keith Ortega, estrechando las manos de los padres de la criatura—. Han tomado ustedes una decisión muy prudente y

juiciosa.

Los Sturtevant vacilaban. Por último la señora les espetó la inevitable pregunta:

—Verá usted, señor; yo aún no entiendo del todo las condiciones —dijo con una voz excesivamente aguda—. ¿Por qué no podríamos ver a Hazel de vez en cuando? Es decir... no es que quisiésemos acunarla ni nada de eso... sólo cerciorarnos de que sigue bien...

—Yo trataba de explicarles... —empezó a decir Ellen.

—Mire, *Mrs. Sturtevant* —la atajó Ortega—, permítame asegurarle que lo que usted pide nos merece la mayor simpatía. Su reacción es la propia y normal de una madre norteamericana, y nos alegramos de que manifieste tal preocupación por su hija. Por desgracia, no sería prudente que volviese a ver a Hazel, aunque sólo fuese por un momento.

Mistress Sturtevant miró a su esposo como pidiendo su ayuda; viendo que éste no se la prestaba, siguió adelante como pudo.

—¿Pero, por qué?

Keith frunció el ceño y formó una precisa pirámide con sus manos.

—No hay más remedio que atenerse a los hechos, mi querida señora —dijo hablando lentamente—. Si usted desea retener a Hazel, desde luego nadie podrá impedirselo. Ha venido usted a la Fundación por su propia y espontánea voluntad, y seguramente habrá realizado las suficientes averiguaciones acerca de nosotros para saber que somos una empresa de absoluta confianza. Nosotros creemos que los niños confiados a nuestro cuidado tienen derecho a vivir su propia vida, y hemos comprobado que los reiterados contactos con los padres no hacen más que crear dificultades al niño. Y supongo que lo que usted quiere es que su hija Hazel lleve una vida plena, normal y dichosa, ¿no es verdad?

—Naturalmente que sí —dijo el marido. Se veía a la legua que a él no le importaba en lo más mínimo lo que pudiese ser de la pequeña Hazel.

Keith sonrió.

—En ese caso, confíen ustedes en nosotros —dijo—. No pueden tener las dos cosas. Les doy mi palabra de que Hazel estará en buenas manos en esta Fundación. Si tienen algunas dudas, me permito indicarles que vuelvan a su casa con la niña y reflexionen de nuevo sobre lo que van a hacer. La decisión compete únicamente a ustedes.

El matrimonio celebró una consulta en susurros. Por último, *Mrs. Sturtevant* musitó:

—Dejaremos a Hazel con ustedes.

—¡Espléndido! —exclamó Ortega, estrechándoles nuevamente las manos—. Firmen los documentos que les presentará *Mrs. Linford*, y asunto concluido. Yo mismo iré a ver a Hazel de vez en cuando, así es que no se preocupen por ella. —Consultó el reloj, a pesar de que ya sabía perfectamente qué hora era—. Discúlpeme, pero tengo que irme. ¡Les deseo muy buena suerte!

Salió apresuradamente de la sala de visitas en dirección al ascensor dejando que Ellen diese los últimos toques al asunto. No podía soportar la despedida final de padres a hijos; le crispaba los nervios. Si los padres querían tanto a sus vástagos, ¿por qué los entregaban a la Fundación?

El ascensor le subió hasta el piso decimoquinto.

En el exterior, la fría lluvia seguía cayendo del cielo, formando verdaderos arroyos a los lados de la Torre Vandervort.

Keith Ortega entró en su despacho, un agradable santuario con las paredes cubiertas de estantes de libros y que olía discretamente a humo azulado de tabaco, y lo primero que vio fue la luz roja parpadeando en el tri-di.

Alguien había llamado. Como su número privado era muy poco conocido, quien llamaba debía de ser probablemente Carrie o su jefe, el propio *Mr. Vandervort*. Se dejó caer en el mullido sillón de su escritorio y oprimió el botón.

Era Vandervort. Su rostro arrugado llenaba toda la pantalla. Cuando hablaba, su barba nívea subía y bajaba para subrayar sus frases.

—Hola, Ortega —dijo—. Por lo que veo, ha salido usted de nuevo. Si por casualidad volviese hoy a su despacho, quiero que pase a verme personalmente antes de irse a casa. Ha sucedido algo importante. Esto es todo.

La pantalla se oscureció.

—Condenado viejo —dijo Ortega en voz alta.

La voz de su amo. No podía escapar. Tendría que ir a estrechar la mano de aquel viejo bromista, aunque sabía que aquello «tan importante» que decía que había sucedido no sería probablemente otra cosa sino que Vandervort tenía ganas de hablar con alguien. Era la segunda vez en una semana que esto ocurría, pero después de todo, Vandervort era quien pagaba.

Tomó el ascensor hasta la entrada principal del campo de aterrizaje para helicópteros, en el piso treinta, y tomó uno de los helicópteros de la Fundación. Aún llovía bastante para hacer que el tránsito fuese escaso, pero el viento reinante no lo impedía en absoluto.

Hizo subir al helicóptero hasta el pasillo aéreo de los mil quinientos metros de altura y salió disparado hacia el norte a la modesta velocidad de trescientos veinticinco kilómetros por hora. Se mantuvo siguiendo la costa, ligeramente sobre el lado de tierra, y puso el piloto automático para que le mantuviese muy por debajo de las rutas mercantes continentales. Había muy poco tránsito, puesto que los subsónicos evitaban utilizar los paracaídas de descarga en espera de que el tiempo mejorase un poco.

En quince minutos, el helicóptero torció a la derecha y ascendió zumbando por el Cañón de Vandervort. Le detuvieron cuatro veces los cancerberos electrónicos de su jefe, pero consiguió convencerles de que era realmente quien afirmaba ser. Aterrizó en el húmedo y resbaladizo patio de la enorme hacienda, puso en funcionamiento su

desviador de lluvia, exhibió sus credenciales ante un guardián que debiera haberle conocido de vista, y finalmente entró en el salón de visitas.

Un mayordomo se inclinó sonriendo cortésmente y le dijo:

—Por aquí, doctor Ortega. Mister Vandervort le está esperando.

—Ya lo sabía —repuso Ortega.

Siguió al anacrónico mayordomo por el familiar laberinto de vestíbulos lujosamente alfombrados, abrumado como de costumbre por la fabulosa riqueza que se exhibía en el castillo de Vandervort. Desde luego, la decoración no era de mal gusto, pero era demasiado abundante y ostentosa.

Los dos hombres recorrieron pausadamente la parte del castillo reservada a los visitantes y de ella pasaron a las habitaciones particulares, que, aunque pareciese imposible, eran aún más recargadas. Subieron por la escalinata de mármol hasta el segundo piso, siguieron un interminable pasillo gris, y finalmente se detuvieron ante una fantástica puerta de caoba.

Te felicito —se dijo Ortega—. *Has dado la vuelta al mundo con patines.*

El mayordomo llamó discretamente con los nudillos a la puerta de caoba.

Una lucecita verde se encendió en el centro de aquella.

—Puede usted entrar, señor —dijo el mayordomo, inclinándose.

Ortega dominó su impulso de inclinarse a su vez y entró por la puerta que acababa de abrirse. Tuvo apenas tiempo de ver a una joven de tipo extraordinariamente provocativo que salía furtivamente por otra puerta.

—¡Ah, hola, Ortega! —le saludó Vandervort con voz de trueno, enderezándose en su sillón—. ¿Por qué ha tardado tanto?

La estancia era enorme, como todo lo demás de aquella mansión. El suelo estaba cubierto por una alfombra parda que iba de pared a pared y que debía de costar una fortuna, y estaba abarrotada de mesas; sillas, *secreters*, chimeneas, libros, cuadros, magnetófonos, flores, chucherías, cortinajes y mil cosas más difíciles de reconocer. Como siempre, hacía un calor sofocante, como el que reina en un invernadero durante un día húmedo.

James Murray Vandervort era un hombrecillo insignificante, pero a pesar de ello se le consideraba el hombre más rico de la Tierra. Vestía un traje verde oscuro. Tenía el rostro rojo y congestionado debido al abuso que hacía del coñac y su barbita blanca, cuidadosamente recortada, estaba ligeramente descentrada. Tenía ciento cinco años de edad y su corazón no estaba en muy buen estado.

Ortega le dijo:

—Lo siento. Me retrasé a causa de un tifón.

Vandervort rió a boqueadas y su cara se puso aún más congestionada.

—Bueno, hombre, bueno, no importa. Tome un coñac.

Hablaba con voz sorprendentemente estentórea, como sí siempre estuviese gritando a grandes distancias.

Ortega aceptó el coñac, que le sirvió Vandervort en persona, y se secó la frente,

que ya tenía cubierta de sudor. Calculó que la estación debía de hallarse a una temperatura superior a los treinta grados, y se dijo consternado que por lo menos tendría que permanecer una hora allí.

Su jefe empezó, como era su costumbre, por medio de vociferantes circunloquios.

—¿Cómo va el negocio? —le preguntó—. ¿Cuántos hemos conseguido para este cargamento?

Ortega se hundió en un enorme y mullido sillón que dejó reducido su metro ochenta de estatura a la que tendría aproximadamente un pigmeo.

—Hoy ha flojeado un poco, Van. Pero de todos modos hemos conseguido sesenta y cinco. Todos ellos saludables y berreando que da gusto oírles.

—Hum... ¿Y la merma?

—Treinta y cuatro para la Fundación. Los restantes ya están en la nave.

—Muy bien. Espléndido. ¿Han surgido complicaciones?

—No, ninguna. Únicamente me preocupa tener que dejar esa nave en Arizona. Si el Gobierno tropieza con ella...

Vandervort lanzó una de sus estentóreas carcajadas, palmoteando alegremente con sus endebles manos.

—¡El *Gobierno!* ¿Cuántas veces tendré que decirte, Keith, que soy yo quien mando en el Gobierno? O en lo que sea. ¿Más coñac?

Ortega pudiera haberse pasado muy bien sin el coñac en aquel calor tropical, pero aceptó otra copa. Aquello formaba parte del ritual. Había que esperar a que el viejo se decidiese a hablar. Si tenía algo importante que decir, lo diría cuando le pareciese. Y si no... tendría que resignarse. Van era un hombre lo bastante poderoso como para permitirse este y otros caprichos.

—Yo soy muy fuerte, Keith —dijo Vandervort, mientras sus ojos azul pálido vagaban azorados por la habitación.

—Lo sé perfectamente.

—Puedo comprar y vender a todo el Gobierno, y aún ganar dinero con la operación. Tengo a mi servicio a los mejores expertos del mundo para falsificar los registros de la Fundación. La mitad de los niños se quedan aquí en la Tierra, y con esto basta para despistar. El Gobierno no me preocupa.

—Ya lo sé. Pero a mi sí.

Vandervort habló durante veinte minutos acerca de lo poco que le preocupaba el Gobierno mundial. Señaló una y otra vez el cuidado con que éste se andaba, a cuántos senadores había sobornado, y añadió que lo que hacían no era ilegal... sino únicamente extralegal. Por último, cuando Keith Ortega calculaba que había perdido ya unos tres kilos en aquel baño de vapor, volvió a abordar el tema principal.

—¿Qué hay de nuestras colonias? —le preguntó Vandervort, mientras paladeaba el coñac—. ¿Qué hay de los robots?

Keith se encogió de hombros.

—Por el momento todo va como una seda —dijo—. Usted sabe tanto como yo,

acerca de esto. Aún es pronto para obtener resultados concretos. La cultura A sólo tiene seis años, y tenga usted en cuenta que es la de más edad que tenemos.

Vandervort tamborileó con los dedos en el brazo del sillón.

—Dicho en otras palabras: no lo sabes.

Keith enarcó las cejas.

—Van, nos llegan informes semanales, y tenemos allí a veinte personas, entre hombres y mujeres...

—Es igual; no lo sabes. Y tú eres el único que tendría que saberlo. —El viejo potentado se puso trabajosamente en pie y empezó a pasearse por la estancia. Las zapatillas que calzaba producían un golpe sordo a cada paso que daba. En sus ojos empezó a brillar aquel extraño fanatismo que Keith nunca comprendió. Deteniéndose, apuntó con el índice a Ortega—. ¿No lo ves, Keith? ¿No lo ves?

Keith sabía muy bien de qué hablaba Vandervort. Sintió en su interior una grave inquietud.

—Vamos, dígalo de una vez, Van.

Vandervort se acercó a él y se detuvo mirándole y jadeando pesadamente. En su cuello latía una abultada vena. El calor era sofocante.

—Muy bien, Keith, seré más explícito. Llevamos diez años trabajando juntos, desde el día en que te saqué de tu jabonera y te devolví al trabajo. Quedó entendido, cuando tú estableciste las colonias, que irías personalmente a ellas para dirigir la realización del proyecto. Creo que ya es hora de que vayas, y me parece que deberías quedarte allí por lo menos un año. ¿Qué te parece?

—No hay necesidad...

—Yo creo que sí la hay. Nada puede ir mal, allá, ¿te enteras? ¡Nada! Ya has mandado bastante desde aquí. Tendrías que irte con Carolina en la próxima nave... no me gustaría tener que ordenártelo, Keith.

Keith sonrió.

—Siéntese, Van. Va a estallarle una arteria. Y no me amenace, por favor. Yo no soy su esclavo.

El anciano Creso frunció el ceño, reflexionó y tomó asiento de nuevo. Una ligera expresión de desconcierto y frustración apareció en su cara.

—Yo me imaginaba que querías ir, Keith.

—Lo pensaré.

—Muy bien, como tú quieras. Sólo que... bueno, dejémoslo. Puedes irte, Keith.

—Gracias. Ya le llamaré.

Abandonó la estancia, ansioso por salir de su sofocante atmósfera, y antes de trasponer el umbral vio cómo volvía la extraña joven. El mayordomo le estaba esperando, y le acompañó hasta el patio.

Era de noche y seguía lloviendo. Elevó el helicóptero por encima del cañón y voló hacia el sudeste, en dirección a su casa del desierto. A gran distancia, bajo su aparato, medio ocultas en una máscara de lluvia, las luces de Los Ángeles brillaban

como diamantes multicolores enterrados en arena negra.

Un anuncio aéreo del Gobierno se cernía como un pálido fantasma violeta frente a él: *Cuidado con hacer volcar el bote*. Keith lo atravesó con el helicóptero y el anuncio volvió a formarse tras él, pacientemente.

Carolina debía de estar esperándole.

Keith levantó la mirada, tratando de atravesar las tinieblas y la lluvia. Venus era invisible, y estaba a una distancia fabulosa de su hogar.

II

Aquella noche tomaron bistec de verdad para cenar, que estaba muy sabroso, y cuando hubieron terminado se retiraron al anexo. Casi nunca utilizaban el *living* de cristal de acero, a menos que tuviesen invitados, ya que a ambos les resultaba imposible descansar allí. El anexo fue en principio una habitación acogedora situada en una de las alas de la casa... un inocente conglomerado de libros, magnetófonos, cuadros a medio terminar, muebles anticuados y un pequeño bar.

Casi toda su vida transcurría en el anexo.

Carolina se puso una andrajosa bata y empezó a trabajar en su última creación artística, una pintura al óleo que representaba a un cactus bajo el sol del desierto. El tema, en opinión de Keith, no tenía nada de original. El se tendió sobre el diván y fingió leer, mientras se dedicaba a observar a su esposa.

Ella era una rubia menudita, que mediría apenas un metro cincuenta y cinco de estatura, con una cara de muñeca que invariablemente la hacía merecedora del adjetivo de «mona», palabra que detestaba cordialmente. Ortega se casó con ella hacía veinte años, cuando ella contaba veinticinco, y aún seguían queriéndose con un amor suave. Su vida había sido dichosa y agradable, y a Keith le costaba tener que admitir que les hubiese faltado algo en ella.

Quizá se equivocaba. El era un hombrón, y ella se había acostumbrado a caminar a su sombra, tanto mental como físicamente. Veinte años atrás, él había sido un *prominente* socioculturista y partidario de la Federación mundial, pero no tardó en sentir hastío ante las exigencias, las predicciones fáciles y los problemas triviales. Dejó su empleo y dio la vuelta al mundo en una sorprendente embarcación de vela, buscando algo que no era capaz de hallar. Carolina se plegó a sus deseos sin la menor queja. El formuló su tesis sobre la Edad de las Tinieblas, que le dio fama hasta cierto punto, y dio conferencias y escribió sobre esta cultura hasta que se dio cuenta de que nadie se lo tomaba muy en serio. Se refugió en un fácil sarcasmo que reflejaba una desazón interior que él era incapaz de comprender, y ni siquiera la excitación que le produjo el proyecto Vandervort consiguió satisfacerle. Reconocía que en todo el universo había pocos hombres con quienes fuese menos fácil de convivir que él.

No hubiera sido exacto decir que Carolina estaba deprimida, pero por otra parte a él le hubiera costado afirmar que su mujer era feliz. *Inquieta*. Esta era la palabra adecuada. Ella pasaba de la pintura a la literatura, admitiendo alegremente que lo hacía bastante mal en ambas disciplinas, y de la vida nocturna en Los Ángeles a largos paseos matinales a caballo por el desierto. Raramente se quejaba, y no se metía jamás en la vida de su marido. Hasta cierto punto parecía estar esperando, esperando siempre, sin saber exactamente lo que esperaba.

Ambos hubieran deseado tener hijos, pero éstos no vinieron. Acariciaron la idea

de adoptarlos, pero nunca dieron ningún paso definido en este sentido.

—Hoy he visto a Van, Carolina —le dijo él por último, dejando el libro.

—¿Ah, sí? —dijo ella, añadiendo una pincelada de amarillo al color pardo de la arena—. ¿Aún vive?

—Este hombre es eterno. Me gustaría saber lo que se traía entre manos.

Carolina miró el cuadro bizqueando los ojos.

—La verdad es que no lo sabemos.

—A veces resulta cómico, Carolina. Yo he montado toda esta empresa con su dinero y su determinación, se me ha llevado diez años de mi vida, y aún no sé qué finalidad persigue.

—Nadie te impide dejarlo, Keith, y siempre podemos botar de nuevo nuestro viejo velero.

—No, hijita. Esta vez *no* puedo dejarlo. —Vaciló—. Carolina, Van quiere que vayamos a Venus por un año para ver como van las cosas allí.

Carolina dejó los pinceles y se volvió, enarcando las cejas.

—¿Quieres decir *personalmente*?

—Sí, personalmente. A Venus.

—¿Qué más ha pasado hoy... una guerra con Suecia?

—Hablo en serio, cielito. Quiere que vayamos.

Carolina se acercó a él para sentarse en el borde del diván parecida casi a un pájaro en su pequeñez. Lo besó, risueña. Luego encendió un cigarrillo y paseó la mirada por los libros, los cuadros y las paredes acogedoras y familiares.

—¿Cuándo nos vamos, cariño?

—¿De veras quieres irte? Tú ya sabes como es Venus. Está muy lejos de todos y de todo...

—Creo que nos haría bien, Keith —dijo ella despacio. Pasó sus delgados dedos por sus cabellos de un rubio pálido—. Me gustaría ir.

—Tendrías que ir a la escuela durante un tiempo, querida.

—Estoy dispuesta a hacerlo. —En sus ojos azules brilló de pronto una esperanza inesperada y sorprendida—. ¿Recuerdas lo que decías siempre, Keith, de esa Edad de las Tinieblas que tanto te obsesionaba? Pues verás, yo he pensado con frecuencia... es decir...

El miró a su esposa y sonrió.

—Tú también opinas que estamos presos de nuestra propia cultura. Nos hemos enmohecido. Esto es lo que yo pienso. Nos limitamos a ir a la deriva... No es fácil nadar contra la corriente.

—Podemos hacerlo, Keith. Estoy segura de ello.

Ella lo deseaba. Lo deseaba desesperadamente. En cuanto a Keith, no estaba muy seguro de ello, pero supo ocultar bien su indecisión. Besó a su esposa y le dijo:

—Veremos, querida. Veremos.

Los meses siguientes pasaron como un torbellino. Carolina estaba muy ocupada estudiando el complejo cultural de Halaja, pero a Keith Ortega le quedaba mucho tiempo libre. Después de dar muchas vueltas al asunto, decidió volver a ver a Vandervort.

El anciano, que parecía un enanito sonrosado y barbudo conservado por toda la eternidad en un asfixiante panteón, se alegró de verle, aunque demostró también una ligera aprensión. Estaba otra vez preocupado y nervioso a causa de los detalles.

—¿A qué debo el honor de esta visita voluntaria, Keith? —dijo con su voz de trueno, sirviéndole una copa de un coñac exquisito, pero que su visitante aceptó a regañadientes— ¿No habrás cambiado de idea?

—No, Van. Iremos.

—Muy bien. ¡Espléndido! —Los ojos pálidos de un azul desviado que brillaban en el rostro congestionado giraron nerviosamente para abarcar la enorme estancia deteniéndose ora en un jarrón ora en una estatuilla antigua, y después en la chimenea encendida. A pesar del espantoso calor, tenía la epidermis seca y Keith sabía que esa era fría al tacto. El vozarrón del anciano llenaba toda la habitación—. ¿Sucede algo malo, acaso?

Aquella pregunta tan directa era desusada en Vandervort, que solía ser más sutil de lo que aparentaba. Keith se aprovechó de ello.

—No, toda va bien, Van. El único que no voy bien soy yo.

—Vaya —exclamó el anciano, levantándose con dificultad, sin hacer caso de las instrucciones del médico. Luego se metió una píldora en la boca y la tragó con un buen sorbo de coñac. Empezó a pasear sobre la mullida alfombra parda. La vena de su cuello latía con la sangre procedente de su cerebro—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? ¿Estás preocupado?

Keith sacó la pipa, la llenó y la encendió. El humo azulado ascendió en volutas por la atmósfera húmeda y sofocante, extendiéndose en una delgada película bajo el cielo raso.

—Lo que me preocupa es usted —repuso.

—Ah —exclamó Vandervort, hundiéndose de nuevo en su sillón y sirviéndose más coñac—. Temes que pueda morirme dejándote en una... hum... posición delicada. ¿No es eso?

—No. Lo que me preocupa es cuáles puedan ser sus motivos, Van.

El potentado entornó los ojos hasta convertirlos en dos simples rendijas.

—Eso a ti no te concierne, Keith.

—Creo que tengo derecho a saberlo.

El anciano pareció contraerse en el sillón, haciéndose más pequeño que de costumbre. Le temblaba ligeramente la barbilla. Hubiérase dicho que casi parecía asustado. Mas ¿qué podía temer James Murray Vandervort?

—Tienes un sueldo muy bueno —dijo, con voz menos fuerte que antes.

—Antes de conocerle a usted, el dinero no me faltaba. El dinero es secundario. Los ojos azul claro se abrieron.

—¿Por qué aceptaste este empleo, Keith?

Keith Ortega vaciló. ¿Por qué lo había aceptado? ¿Lo sabía de verdad?

—Yo aporté mis ideas —dijo, tratando de hallar palabras—. Pensé que podría ser algo interesante. Tal vez estuviese aburrido. —Sonrió—. Quizás quería hacer zozobrar el bote, o sólo moverlo un poquito.

Sus palabras no le satisficieron.

—Muy bien. Espléndido. ¿No se te ha ocurrido nunca que yo pudiera sentir interés en ver lo que sucedería? Quizás yo también esté aburrido. Aunque un hombre tenga algunos billones de dólares, no por eso deja de ser un hombre, Keith.

—No pongo en duda su humanidad —dijo Keith, dando lentas chupadas a su pipa—. Pero no me trago eso de que usted sólo sintiese una simple curiosidad. Le conozco demasiado bien, Van. Esto es más importante para usted que la propia vida. ¿Y por qué, Van, por qué?

Vandervort apartó la mirada, para contemplar el atestado vacío de la gran habitación, y no replicó.

Keith Ortega le observaba con atención suma. Aquel anciano tenía ciento cinco años. Como Keith, no tenía hijos. Había invertido un billón de dólares en el secreto proyecto de Venus, y se había convertido en un fanático. ¿Qué buscaba en Venus?

Keith conocía a su viejo jefe muy bien. Desde luego, no era tan sólo un filántropo idealista, a decir verdad, le importaba muy poco el animal humano. Su objetivo no era el lucro comercial... Después de tantos años de dedicarse a los negocios, estos le causaban hastío, y en el mejor de los casos los consideraba como un medio para conseguir una determinada finalidad. Era cualquier cosa menos un soñador.

—Tal vez —dijo por último Keith, para romper aquel largo silencio—, tal vez lo que usted quiere es llevar al hombre a las estrellas. Quizás cree usted en el destino.

El anciano soltó una de sus estruendosas carcajadas, mientras su rostro se teñía de púrpura.

—Tal vez sí, Keith —dijo, riendo—. Es posible que sí.

Siguieron conversando, pero nada importante salió a relucir. A primeras horas de la mañana, sin haber conseguido averiguar lo que deseaba, Keith se fue, tras despedirse del anciano. Vandervort se quedó sentado en su sillón en la habitación tórrida, sonriendo ligeramente, atisbando nerviosamente las sombras y sorbiendo su copa de coñac.

Keith se elevó en su helicóptero y se dirigió hacia su casa, con las luces de Los Ángeles bajo él y la luna llena sobre su cabeza. El viento nocturno, desviado por los rotores, le producía una sensación fresca y agradable en el rostro. A gran altura sobre su cabeza, las rutas comerciales estaban atestadas de aeronaves.

El signo malva flotó en el aire ante él: CUIDADO CON HACER VOLCAR EL BOTE.

Durante todo el viaje de regreso estuvo pensando en el anciano Vandervort, solitario en su castillo, y aquella sencilla pregunta seguía planteándosele con insistencia:

¿Por qué?

Afortunadamente, había otras preguntas más fáciles de responder.

Keith Ortega respondió a algunas de ellas a entera satisfacción suya hacía ya bastante tiempo. Escribió un libro bajo el título algo melodramático de *La Nueva Edad de las Tinieblas*, y fue esta obra la que hasta cierto punto hizo concebir a Vandervort su proyecto de Venus. El libro conoció amplia difusión. En general se le consideraba como probablemente acertado y desde luego entretenido.

Nadie se tomó este libro muy en serio... lo cual hasta cierto punto confirmaba su tesis.

Nadie, excepto Vandervort.

El libro se ocupaba del planeta Tierra.

¿En qué consistía?

La historia de la Tierra era familiar a todo el mundo. Después de un millón de años, aproximadamente, de aplastar las cabezas de sus semejantes con armas cada vez más potentes y mejores, el animal humano alcanzó finalmente una civilización muy uniforme y estable que cubría todo el planeta. Lo hizo por simple necesidad, cuando estaba al borde de la extinción nuclear, pero de todos modos lo hizo. En el año de gracia de 2050, el sueño de un Mundo Único había dejado de serlo.

El animal humano vivía en él.

No obstante, en su comprensible prisa había negligido algunas premisas básicas.

En una sola civilización se habían amalgamado gran variedad de ellas. Considerando lo que enseñaba la historia, no podía haber sido de otro modo. Una cultura occidental en su misma esencia, debida a una sucesión de avances técnicos, se había extendido por todo el globo para arraigar profundamente en él. El auge que conoció fue duradero, después de engullir y dirigir todos los restantes modos de vida existentes en el planeta Tierra.

Había un Mundo Único y reinaba la paz.

Una civilización monótona y uniforme, pero floreciente, que cubría todo el planeta.

El animal humano empezó a respirar más libremente.

Había un bromista a bordo, aunque su risa tardó mucho en dejarse oír. Un Mundo Único significaba un solo complejo cultural. No hubo orquestación de diferencias sino sencillamente una *obliteración* casi completa de diferencias. Cuando el hombre tenía prisa, tomaba el atajo más corto que se le presentaba.

Era un buen complejo cultural, y el animal humano vivía de una manera mas desahogada que en ninguna ocasión anterior. Nadaba en la abundancia, en el seno de una cultura que poseía ilimitados recursos técnicos, amparados por una filosofía basada en la dignidad del hombre. La Tierra se convirtió en un paraíso...

literalmente, puede afirmarse que hubo un paraíso en la Tierra. Las junglas, los desiertos y las soledades árticas, cuando fueron necesitados se convirtieron en tierras verdes y fértiles. La energía solar fue domeñada, y por un costo muy barato. Las Empresas Vandervort amasaron miles de millones gracias a la utilización de la energía solar, pero aseguraron un eficiente reparto de las mercancías.

Lo cultura florecía.

Los otros mundos del sistema solar fueron sumariamente explorados, descritos y cayeron en el olvido. Tanto Marte como Venus, contrariamente a lo que presumían algunos autores antiguos semicientíficos, resultaron ser habitables. Habitables, pero no muy agradables. Marte era un desierto árido y casi desprovisto de agua, y Venus un extraño mundo selvático que nunca había visto el sol. Disponiendo aún de los recursos intactos de la Tierra, no valía la pena colonizar los otros mundos.

La Tierra era un Paraíso, además, que nadie quería abandonar.

El animal humano se quedó pues en la Tierra. Esta le bastaba. Además, tenía el deber de apreciarla, de protegerla, de mimarla. La nueva divisa fue: CUIDADO CON HACER VOLCAR EL BOTE.

El complejo cultural uniforme, el marco donde transcurría la existencia humana, se llenó. Todas las culturas tienen un potencial que no pueden superar. Todas las culturas tienen su hito, su límite. Una cultura puede realizar sus valores, alcanzar sus objetivos, seguir todos los caminos que se abren ante ella. Cuando esto sucede, ya sea en Grecia, en Roma o en la Australia paleolítica, la cultura se agota y comienza a repetir lo que ya ha realizado. A través de la historia vemos que cuando una civilización alcanza su clímax y se estabiliza, surge en otro lugar una nueva cultura, fresca y llena de vida, para tomar el relevo y seguir en una nueva dirección, sacudiendo a la vieja civilización y sacándola de su rutina.

Esta vez no existían, sin embargo, culturas rivales.

No podía realizarse el relevo.

En el año 2100, la civilización terrestre se había quedado sin municiones convirtiéndose en una perfecta cultura occidental estática y congelada. Empezó a repetirse incesantemente, en un círculo vicioso que no llevaba a ninguna parte.

No era una cultura decadente ni retrógrada. En realidad, ni siquiera se deterioró. Se limitaba a recorrer su lisa y uniforme pista circular de ceniza, sin sudar y apacible, satisfecha de sí misma.

Los gente en su mayoría, ignoraban completamente lo sucedido como es de suponer. ¿Cómo podían saberlo? ¿Supieron los hombres que vivieron en la Edad de las Tinieblas que su época era tenebrosa? ¿Y de haberlo sabido les hubiera eso importado?

Las gentes eran todo lo dichosas que se puede ser. Todo el mundo estaba bien alimentado y gozaba de las máximas comodidades. El espectro atómico había esfumado. La gente joven aún seguía enamorándose y la primavera llegaba todos los años.

¿Quién iba a decirle al hombre sentado a los mandos de su helicóptero que su cultura ya había perdido el empuje vital?

Por lo tanto, no había más remedio que atenerse a la consigna: CUIDADO CON HACER VOLCAR EL BOTE.

Sin embargo, existían algunas señales. La ignorancia siempre se paga.

La pérdida de la vitalidad cultural no tardó en manifestarse... Poco a poco, el índice de natalidad empezó a decrecer. El número de suicidios aumentó en proporción correspondiente... a pesar de que los hombres vivían en un paraíso. La gente se suicidaba por motivos que lindaban con el ridículo. Muchos matrimonios repudiaban a sus hijos. El número de nacimientos ilegítimos aumentó, a pesar del descenso general en la natalidad.

La cultura había perdido el rumbo.

En realidad, no se trataba de decadencia.

Se trataba de aburrimiento, de hastío.

Estos eran los hechos que Keith Ortega había sacado a relucir. Esto era la realidad con que Vandervort tenía que enfrentarse. Fue todo lo que motivó el proyecto venusiano.

A las cinco de la madrugada del primero de septiembre del año de gracia 2150, Keith Ortega y su esposa embarcaron en la astronave de la Fundación, oculta en una árida región del desierto de Arizona.

Además de Keith y Carolina, la nave transportaba a dos pilotos, un navegante, un médico, cincuenta niños de corta edad, veinticinco robots humanoides especiales, calculadoras y vituallas.

Keith y Carolina se sentaron a descansar en su camarote. No había nada que ver en él... ni portillas, ni cuadros de mando, ni luces centelleantes. Tampoco tenían nada que hacer. Era la primera vez que ambos despegaban en una astronave. Se dispusieron a esperar.

Un suave zumbido recorrió toda la nave, y fue aumentando hasta convertirse en una baja y potente pulsación. El murmullo del aparato de aire acondicionado subió. Un relé electrónico chasqueó fuertemente al colocarse en posición.

—Ya se acerca, ya se acerca —susurró Keith.

Las luces se amortiguaron. Un rugido ahogado y carraspeante surgió de las profundidades de la astronave. Sintieron un repentino vértigo que duró un segundo, cuando su corazón dejó de palpar. Las luces se encendieron de nuevo, el sonido se hizo más fuerte, y entró suavemente en acción el propio campo gravitatorio de la nave. Esta cruzaba ya los espacios.

Ascendía a través del pálido y rosado resplandor de la aurora. Ascendía a través del mar tranquilo y silencioso que nunca conoció mañana ni noche, risa ni lágrimas.

La Tierra había desaparecido.

Keith sonrió a su esposa y se preguntó cuánto tiempo tardarían en ver nuevamente

un cielo azul.

III

VENUS.

Keith se lo imaginaba mentalmente, e incluso había visto fotografías e informes científicos que trajeron los primeros expedicionarios. Creía saber adonde se dirigía.

Como puede suponerse, la realidad fue distinta, Cuando desembarcaron de la astronave en la estación de llegada, a mas de cuarenta millones de kilómetros de la Tierra su primera impresión fue de *semejanza*, lo cual les produjo una gran sorpresa.

Los informes científicos, por lo general, tendían a subrayar lo desusado y lo extraño. El que leyese antiguas descripciones del Sahara o de la cuenca del Amazonas, podía olvidar muy bien que estas regiones estuviesen en el mismo planeta que Los Ángeles, Londres o Nueva Delhi... Incluso podría sacar la impresión de que sus habitantes ni siquiera eran seres humanos.

Más que otra cosa la estación de llegada de Venus parecía un rincón cualquiera de la Tierra en un día muy brumoso y cálido. Estaba muy nublado, lo cual ya era de esperar, y la atmósfera estaba constituida por una espesa neblina gris. El clima era caluroso y húmedo, y el aire tenía un sabor artificialmente dulce y embriagador. Una vegetación gris verdosa rodeaba a la estación con un impenetrable muro, y el silencio reinante era espeso y aceitoso.

Por los aspectos realmente extraños de Venus —las difusas colonias de organismos que respiraban oxígeno y se extendían por las nubes más altas, las extrañas corrientes térmicas que condensaban el vapor de agua antes de que éste pudiese alzarse hasta las fajas de seis kilómetros de anhídrido carbónico—, éstos eran invisibles.

Mientras el médico, con ayuda de los robots perfectamente humanoides, procedía a la descarga de los niños, Keith y Carolina se dirigieron hacia el edificio de la estación que tenía forma de cúpula. Mark Kamoto les distinguió cuando apenas habían dado una docena de pasos. Echó a correr hacia ellos, gritando y haciéndoles alegres gestos.

—¡Hola! —gritó—. ¡Bienvenidos al Reino Submarino!

Cuatro horas después, tras beberse el contenido de dos cafeteras entre los tres, aún seguían charlando sin parar, presas de la inevitable verborrea que se presenta siempre cuando se reúnen de nuevo los amigos que han estado mucho tiempo separados.

Keith sonreía mirando a Mark, más delgado y curtido que cuando dejó la Tierra tres años antes.

Por último le dijo:

—Nos gustaría salir a echar un vistazo.

—Antes tenemos algunas cosas que hacer —observó Mark—; así que creo mejor que esperemos a mañana. O sea hasta dentro de once días terrestres.

—Deja de hacerte el veterano y de tratarnos como a unos bisoños, chico —le dijo Keith—. Sabemos perfectamente cuanto dura la noche de Venus.

—Que te crees tú eso —repuso Mark—. Lo sabes en teoría. ¡Espera a experimentarlo en la práctica!

Después que hubo transcurrido aquella larga noche y la grisácea luz del día surgió de nuevo, Keith tuvo que admitir que Mark tenía razón. Los diez días terrestres que duraba la noche venusiana fueron muy atareados y animados, salpimentados además por el exotismo de lo auténticamente nuevo.

A pesar de eso, no dejaron de hacérseles interminables.

La mitad del tiempo llovió... una lluvia firme y sostenida, monótona, que tamborileaba en la jungla por una perseverancia exasperante. Las nubes lucían con una pálida fosforescencia. Para un hombre nacido y criado en la Tierra, el efecto que esto producía era desconcertante. Era como si uno durmiese siempre de día, para encontrarse al despertar con una luz nocturna que caía de las nubes. Al acostarse de nuevo seguía siendo medianoche.

Con Mark a los mandos del helicóptero, despegaron entre la niebla matinal y pronto dejaron mas atrás el claro donde se alzaba la estación. Cuatro niños, que constituían el cupo destinado a Halaja, compartían con ellos la cabina del aparato.

Uno de ellos, un niño con expresión solemne, largos rizos y una naricilla respingona, pasaría por hijo de Keith hasta que éste volviese a la Tierra.

—Mirad los pájaros —dijo Carolina.

Los había a millares, grandes como halcones y de abigarrado plumaje. Volaban en bandadas sobre la jungla gris verdosa, abatiéndose de vez en cuando sobre pequeños reptiles parecidos a lagartos que vivían en las anchas hojas de la parte superior de la selva. Eran muy parecidos a las aves acuáticas que volaban sobre los mares de la Tierra, zambulléndose en ellos para capturar los peces.

El helicóptero volaba rumba al oeste, por el espacio abierto entre las algodonosas montañas de nubes y el mullido techo de la selva. En una ocasión sobrevolaron una llanura cruzada por multitud de riachuelos, junto a los que se veían animales paciando. Las ciénagas y lodazales abundaban, pero las elevaciones del terreno eran escasas.

—Adelante —decía Mark.

Venus no tardó en exhibir su habilidad favorita: la lluvia. Se hizo un poco más oscuro y las esponjas formadas por las nubes grises empezaron a gotear. El helicóptero, mojado, avanzaba a través del chaparrón, oscilando ligeramente al cruzar algunas zonas diluviales. Sin embargo, no soplaban vientos fuertes. Tampoco brillaban los relámpagos ni tronaba.

A las ocho horas de vuelo llegaron a Halaja.

Desde el aire, medio oculta por la llovizna, la aldea de Halaja parecía la amarillenta fotografía de un antiguo puesto fronterizo de la Tierra. No estaba rodeado por murallas ni empalizadas, pero las casas de madera formaban un cuadrado en

torno a una plaza central, y se comunicaban mediante pasadizos cubiertos de tablas. En el centro de la plaza había un estanque circular y en torno a éste un anillo de fogones donde los moradores de la aldea cocinaban. En un radio de tres kilómetros en tres direcciones alrededor de la aldea, la jungla había sido talada y en el terreno se había plantado fruto de Sirau. Hacia el lado oeste se extendía una campiña abierta, y más allá de ella discurría el Río del Humo, con sus lentas aguas azules serpenteando perezosamente a través de la espesa jungla verde gris. En la plaza se veían algunas figurillas que corrían, que desde la altura a que se encontraba el helicóptero parecían hormiguitas negras.

Halaja. Un lugar habitado.

Keith tomó entre las suyas la mano de Carolina.

Mark hizo aterrizar el helicóptero en el encharcado campo de fútbol que había al oeste del poblado.

Los tres juntos atravesaron el campo y tomaron un húmedo sendero que cruzaba un huerto de Sirau. Keith sostenía sin muchos miramientos a un niño en brazos mientras que Mark, demostrando mayor experiencia, cargó con dos de ellos. Carolina llevaba al caballere de la nariz respingona. La llovizna que empapaba el aire les enfriaba la cara y descendía en regueros por sus cogotes.

—¡Eh! —gritó alguien desde la aldea—. ¡Compañía!

Un grupo de adultos salió corriendo a su encuentro. Vestían muy sencillamente con camisa y pantalones cortos. Iban descalzos, La mayoría de los niños aún no sabían andar, pero dos de ellos gatearon hasta la entrada del pueblo, para quedarse mirando muy sorprendidos aquella procesión.

—Esto parece un acontecimiento —observó Keith, sonriendo.

—En Halaja no suelen recibir muchas visitas —dijo Mark.

Los habitantes de la aldea los rodearon, hablando todos a la vez. Dieron amistosas palmadas en la espalda de Keith y estrecharon con mucha compostura la mano de Carolina. Se apoderaron de los niños que llevaban, con gran alivio por parte de Keith, y todos rieron, hablaron y se congratularon.

Bill y Ruth Knudsen eran la única pareja de seres humanos que vivía en el pueblo, pero si Keith no lo hubiese sabido previamente, no hubiera conseguido distinguirlos, tan perfectamente imitados estaban los robots humanoides.

—¡Keith! —gritó Bill Knudsen con voz atronadora—. ¡Cuánto me alegro de volver a verte!

Bill era un hombrón rubio con una barba que pedía a gritos una navaja.

Ruth, radiante y sonriendo de oreja a oreja, intervino:

—Por fin os habéis decidido a venir. ¡Qué alegría nos habéis dado! Os hemos preparado una habitación que creo os gustará.

La alegría que brillaba en sus ojos indicaba de manera harto elocuente, hasta qué punto daba la bienvenida a otra persona de su sexo, que colmaría su necesidad de compañía femenina.

El alegre cortejo penetró en la aldea, entre vítores y canciones.
Seis horas después, Mark montó de nuevo en el helicóptero y se fue.
Había comenzado su vida en Halaja.

Le resultó extraordinariamente fácil adaptarse a la vida de la aldea. A pesar de que ésta era distinta de la vida que habían llevado en la Tierra, habían estudiado ya sus costumbres y se adaptaron sin contratiempos a su rutina. El fruto de Sirau no requería cuidados extraordinarios, y las horas libres se pasaban en juegos y ceremonias y relatando leyendas sagradas... la mayoría de las cuales habían sido escritas por el propio Keith.

El ritual, en el verdadero sentido de la palabra, era lo que dominaba la vida de Halaja.

Carolina puso el nombre de Bobby a su hijo adoptivo. Después de dos meses terrestres de vivir en la aldea, Bobby contaba ya con un año de edad y crecía muy hermoso. Probablemente no era más digno de admiración que los otros niños de su edad que vivían en Halaja, pero Keith y Carolina se embabiecaban contemplándolo.

Una noche Keith se fue con el niño a sentarse en un banco de madera, junto al estanque del centro de la plaza. Una vez allí se entretuvo haciendo saltar a Bobby sobre sus rodillas.

Había estado lloviendo desde hacía seis días terrestres, pero en aquellos momentos la lluvia había cesado. De las húmedas junglas venía una brisa fría y dulce. El resplandor nocturno que descendía de las masas de nubes que poblaban el cielo semejava un suave claro de luna, que bañaba la campiña con una cálida luz plateada. Los perfumes de las flores selváticas cruzaban el aire como ríos de olor. La amarillenta luz de una hoguera iluminaba el lado opuesto de la plaza, y las casas de la aldea no eran más que negras sombras bajo las pálidas y altas nubes.

—Bobby —dijo al niño—, llamamos a este estanque la Mansión del Espíritu. Quizás haya quien diga que no existen los espíritus, pero no saben lo que nosotros.

El niño reía y pataleaba sin prestarle la menor atención.

Keith llenó la pipa con una mano y la encendió con su encendedor.

—No transcurrirán muchos años, Bobby, antes de que conozcas a otros hombres y mujeres junto a este mismo estanque... gente de mar de Acosta, que está en el Mar del Norte, industriales de Wlan, Mepas y Carin, grandes cazadores de Peuklor, hombres de la lejana Equete, donde sueñan ya con la navegación interplanetaria. Bailarás con ellos, cantarás en su compañía e intercambiarás ideas. Tú serás uno de los que participarán en estas reuniones celebradas por la primera generación de hombres que han vivido en Venus. Conocerás a los que, como tú, crecen también en este mundo, los conocerás en paz, porque pacífica habrá sido vuestra vida, y todos juntos... ¿qué es eso, Bobby?

Bobby se había puesto a lloriquear.

Keith se echó a reír.

—Todavía no puedes entender lo que digo, hijo mío. Aún es demasiado pronto. Pero algún día lo entenderás. Algún día...

Una mano se posó en su hombro.

—Te estás volviendo un viejo melodramático, querido —le dijo Carolina, depositando un ósculo en su oreja y sentándose a su lado.

—Pues te aseguro que aún no he dejado boquiabierto a Bobby con mi sabiduría —repuso Keith—. Por el contrario, le aburro.

—Concédele unos cuantos años, querido.

Keith miró a su esposa a la luz que bajaba de las nubes. Los azules ojos de Carolina brillaban como nunca habían brillado en la Tierra. Sentada a su lado, tan pequeña y frágil, irradiaba una tranquila serenidad que se contagiaba a su esposo.

—Dentro de algunos años, Bobby tendrá a un robot por padre —dijo.

—Ya lo sé.

La fría brisa que se había levantado al cesar la lluvia se convirtió en un lento y perezoso vientecillo cálido. Una horda de hambrientos insectos penetró volando en la plaza, con el deseo de demostrar cuán digerible era la sangre humana. Todos los habitantes de la aldea habían sido vacunados con un producto que mantenía a distancia aquella plaga, pero de todos modos sus zumbidos eran muy molestos.

Los tres se alejaron del estanque, iluminado por la pálida luz de las nubes, y entraron en su casa.

Habían transcurrido ocho meses terrestres.

En la plaza que rodeaba la Mansión del Espíritu, los tambores redoblaban rítmicamente y un canto ritual llenaba los ámbitos. Los robots humanoides realizaban una más de las numerosas ceremonias sagradas, mientras los niños de la aldea se apiñaban arrobados junto al estanque, sorbiendo las palabras, la música y los sentimientos que se iban convirtiendo rápidamente en sustancia propia.

Entre tanto, en la agradable estancia central de su casa de madera, Keith y Carolina escuchaban, sentados sobre un colchón de corteza de árbol. Frente a ellos se sentaban Ruth y Bill Knudsen.

—Una de las ventajas que tiene ser humano —observó Bill— es que se puede dejar que los robots hagan todo el trabajo, al menos hasta que los niños sean lo suficientemente crecidos para extrañarse de que nosotros no estemos ahí fuera, vociferando y pataleando como los demás.

—Dime, ¿qué te hizo venir aquí? —le preguntó Keith.

Bill se encogió de hombros.

—Ruth me embaucó para que lo hiciese.

Su mujer, una hembra bastante vulgar, pero que poseía una oculta fortaleza que le infundía cierto atractivo, asintió.

—Allá abajo había demasiadas chicas guapas. Pensé que Bill estaría más seguro aquí.

Bill y Ruth siempre bromeaban al hablar de ellos mismos. Keith se preguntó si esto sería un síntoma de la época o si los hombres se habían mostrado siempre reticentes al hablar de las cosas importantes.

—Ha sido maravilloso teneros con nosotros —dijo Ruth—. Os echaremos de menos cuando os vayáis.

—Aún faltan meses. Cuatro, exactamente.

—Creo que todos necesitamos un poco de bebida ceremonial —dijo Bill con su vozarrón—. Esta reunión está resultando muy sosa. A este paso, vamos a terminar todos llorando.

Keith se volvió a Carolina.

—¿Qué dices tú, alta sacerdotisa?

—Mientras sea exclusivamente ceremonial —dijo Carolina—, me parecerá como sí no nos apartásemos de nuestro deber.

—Por una extraña coincidencia —les comunicó Bill—, resulta que tengo un vinillo muy bueno oculto en mis habitaciones.

—Pues tráelo —dijo Keith.

Bill se agachó para penetrar en el túnel de comunicación. Sus pies desnudos resonaron con golpes sordos sobre las tablas, y no tardó en regresar con una botella de Bourbon. Carolina sacó cuatro copas de arcilla y un jarro de agua.

Todos brindaron por el futuro. A pesar de lo mucho que querían a Halaja y lo que ésta representaba, sin embargo, no era su patria. Ellos no eran más que comparsas, y de vez en cuando les gustaba desaparecer de la escena.

De la plaza llegaba el sordo golpear de los tambores y los melodiosos cantos de los robots de Halaja. Los niños guardaban un silencio sepulcral.

—Vamos a hacer ahora unos cuantos brindis ceremoniales —propuso Bill.

—De acuerdo —dijo Keith.

Bebieron a la salud del viejo Vandervort.

Luego brindaron por la Tierra.

A continuación levantaron sus copas de nuevo para brindar por varios principios generales.

Cuando llegó el quinto brindis, se sentían dominados por un beatífico sopor.

—Me parece —dijo por último Carolina— que este es el momento más adecuado para comunicaros una buena noticia.

—¡Hum! —murmuró Keith—. Desembucha.

Carolina se apartó un mechón de rubios cabellos que le tapaba los ojos.

—Para decirlo del modo más grosero —dijo—. Habéis de saber que estoy embarazada.

Keith pegó un brinco. Dándose cuenta de pronto que tenía la boca abierta, la cerró y volvió a sentarse.

Bill y Ruth, risueños, la felicitaron cordialmente.

Carolina se mostraba satisfechísima.

—Tendremos que irnos cuanto antes —dijo Keith—. Te llevaré de nuevo a la Tierra, a una clínica...

Se interrumpió, al ver la expresión de la cara de su esposa.

—No tengas prisa —le dijo Carolina—. Aún no es el momento de poner el agua a hervir.

—Perdóname —dijo Keith, sumiso.

—Querido —le dijo ella, hablando lentamente—. ¿Por qué tenemos que volvernos? ¿De veras quieres que tu hijo nazca en la Tierra?

Los tambores se acallaron y el canto se convirtió en un apagado susurro, que se elevaba sobre la plaza y la Mansión del Espíritu.

Keith se sonrió al decir:

—Será lo que tú quieras, Carolina. Me atengo a tu decisión.

SE QUEDARON DONDE ESTABAN

Un año después de otro, tras el nacimiento de su hijo, el cual fue bautizado en Halaja mediante el rito acostumbrado, Keith recibió un mensaje de su anciano jefe. Mark corrió a llevárselo, y decía como sigue:

«Mi querido Keith: Me duele tener que decirte que no me gustan los informes que me envías sobre nuestro proyecto. Los he encontrado excesivamente breves y poco informativos. Te ruego que los hagas más detallados de ahora en adelante. Es absolutamente imprescindible que yo sepa cuanto ocurre en nuestras colonias. Te lo repito: es absolutamente imprescindible. ¿Cómo se desarrolla la estructura ceremonial? ¿Están debidamente coordinadas las industrias de Wlen, Mepas y Caris con las especulaciones de los filósofos astronautas de Equete? ¿Qué me dices de la actitud individualista de los cazadores de Pueklor? Tengo que saberlo todo. ¿Te quedarás por mucho tiempo más? ¿Cómo van los robots? ¿Cuándo tendrán lugar los primeros fallecimientos? Aquí reina cierta agitación. Corre el rumor de que fue descubierta una de nuestras naves al despegar. Se habla de una posible investigación. Pero yo me las entenderé con el Gobierno. La Fundación sigue yendo como una seda y hay más niños en camino. Tengo que estar enterado de los resultados completos de todo esto, y de todo lo nuevo que suceda. Sé que has tenido un hijo. Te ruego que a partir de ahora me envíes informes más completos. (Firmado): James Murray Vandervort.»

Este mensaje dejó a Keith muy preocupado, y decidió no enseñárselo a Carolina. Las fastidiosas demandas exigiendo más información eran típicas de Van, pero lo que más le inquietaba era aquella insinuación de sospechas por parte del Gobierno.

A pesar de la influencia de que gozaba el anciano y de su omnímodo poder, Vandervort no era el amo de la Tierra. Por poco dinámico que fuese el Gobierno mundial, no por ello podía hacerse caso omiso.

La paz en la Tierra se conquistó al precio del conformismo. La era de la abundancia se basaba en un sistema estable en el cual todos pensaban igual, se conducían igual y hablaban igual. El sueño acariciado por la Humanidad durante siglos de guerra, de odio y de temor, se había alcanzado. El hombre tenía lo que siempre había ambicionado, y no tenía prisa por cambiar. Su lema era muy sencillo:

Cuidado con hacer volcar el bote.

Pues bien: las colonias de Venus zarandeaban peligrosamente el bote.

Se avecinaba la tempestad.

Era cierto que aquellas colonias no eran exactamente ilegales; ninguna ley

prohibía establecer nuevas culturas en Venus. A nadie se le había ocurrido tal posibilidad... no existían precedentes legales de ellas.

No eran ilegales; estaban *fuera de la ley*.

Pero si las descubrían, el juego había terminado. Su eficacia dependía totalmente del secreto. Había que dar tiempo a las colonias para que crecieran, se desarrollasen e infundiesen vida y vigor en sus costumbres. Eran ellas quienes debían establecer contacto con la Tierra... y no al revés.

En otro tiempo, aquello constituyó para Keith un experimento científico desusadamente interesante, y nada más. Desde luego, lo que menos le importaba era su resultado. No existía ni el más remoto peligro de que las nuevas culturas floreciesen únicamente para llevar la guerra a la pacífica Tierra. Las colonias fueron planeadas de tal modo que la guerra era imposible en ellas.

Los antiguos socioculturistas crearon una ciencia a partir de las primitivas disciplinas sociales como la psicología, la sociología, la antropología y la economía. Las colonias venusianas fueron el resultado de esta ciencia.

Pero la ciencia, para ser tal, tiene que dar un resultado.

Si un ingeniero conoce su cometido, el puente que construya no se hundirá.

Si un socioculturista conoce su cometido, su cultura será lo que él desee.

Keith, por así decirlo, había construido un puente. Había que reconocer que era un puente construido a gran escala, pero no por ello dejaba de ser un puente. No sintió demasiada emoción al construirlo.

Pero eso fue antes de ir personalmente a Venus.

Fue antes de vivir en Halaja.

Fue antes de saber que su propio hijo adoptivo tendría que cruzar el puente que él había construido.

Por lo tanto; no quería que pudiese sucederle nada a aquel puente.

Y mientras sostenía el mensaje en la mano, la antigua pregunta volvió a alzarse ante él. Le parecía ver al anciano como lo había visto por última vez... como un enano rubicundo y barbudo, pisando la mullida alfombra en su habitación sofocante y disparatada, con sus azules ojos de fanático atisbando en los rincones oscuros...

Era también el puente del anciano.

El fue quien preconizó su construcción, a pesar de que sabía que no viviría para verlo terminado ni para beneficiarse de él.

La pregunta obsesionante volvía una y otra vez al espíritu de Keith:

¿Por qué?

Pasaron los años, que para Keith y Carolina estuvieron colmados de felicidad.

Vieron crecer a sus dos hijos... a Bobby, el adoptivo, y a Keith, el propio. Les vieron crecer fuertes y erguidos, y nunca lamentaron haberles privado de la Tierra. Los niños aman la cultura en cuyo seno han nacido, y para Keith y Bobby, Halaja era su hogar.

Los días eran largos y llenos de risas y quehaceres. El fruto de Sirau florecía en los claros ganados a la jungla y las grandes aves semejantes a halcones manchaban con vivos colores los eternos nubarrones grises del cielo. En el campo situado junto a las lentas aguas azules del Río del Humo se celebraban partidos con el mismo ardor y entusiasmo que si se tratase de un campeonato mundial en la Tierra... y en realidad, uno de los juegos predilectos de los muchachos era la pelota base. Resultaba extraño oír el golpe seco del *bate* en el húmedo aire venusiano...

Se realizaban expediciones por la jungla, durante las cuales se descubrían extraños animales y se aspiraba el aroma de las flores tropicales.

Y siempre, sin cesar, seguían celebrándose los ritos y ceremonias que constituían la contribución de Halaja a la sociedad en ciernes que se estaba formando en Venus.

De vez en cuando caían las grandes lluvias torrenciales que creaban verdaderos arroyos entre las casas de troncos de la aldea... La lluvia que tamborileaba sobre los pasadizos de tablas y agitaba las aguas del pequeño estanque circular del centro de la plaza. De noche, las nubes lucían con el suave resplandor plateado propio de un hechizo inmemorial, y Keith y Carolina supieron lo que era enamorarse de nuevo.

Los niños crecieron hasta que dejaron de ser niños.

Los robots humanoides fueron pasando discretamente a un segundo plano, a medida que envejecían a los ojos de los jóvenes. El primero de aquéllos tenía que morir antes de un año.

La Tierra parecía muy lejana.

Y entonces, catorce años después de haber visto por primera vez la aldea de Halaja, Keith oyó el sonido que tanto temía escuchar.

Un súbito chirrido agudo rasgó las nubes sobre su cabeza, un agudo bufido que resonó entre la gris llovizna de una larga y perezosa tarde. Keith no podía ver lo que causaba el ruido, pero sabía lo que era.

Una astronave.

Y no de la Fundación.

El Gobierno mundial tenía aún algunas astronaves en estado de funcionamiento... unos cuantos esqueletos solitarios que eran todo cuanto quedaba de la flota medio *olvidada que en una época muy lejana exploró el sistema solar, para declararlo inútil y de ningún provecho.*

Unas cuantas astronaves que se empleaban de vez en cuando para alguna rara investigación, unas cuantas astronaves que contribuían a reforzar el «slogan» de:

Cuidado con hacer volcar el bote.

De pie bajo la lluvia, Keith Ortega dejó escapar un juramento.

—¡Carolina! Ocúpate tú de todo... Di a Bill que volveré tan pronto como pueda.

—Ten cuidado, Keith.

Carolina salió a la puerta de su casa, pequeña y frágil con su camisa y pantalones cortos.

El pequeño Keith —que ya no era tan pequeño por entonces—, y Bobby

escuchaban con curiosidad los ecos de la nave que disminuía su velocidad, y se preguntaban de qué podía estar preocupado su padre.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó Keith.

—¿Permites que te acompañemos? Puedes necesitar ayuda. —le dijo Bobby.

Keith les miró con lo que se figuraba que era una expresión firme, y les dijo:

—Ya no sois niños, sino jóvenes, hombres jóvenes, y ya tenéis responsabilidades. ¿Os habéis olvidado de las ceremonias de esta noche?

—Perdónanos, papi. Pensábamos que...

—Yo me ocuparé de esto. No es nada importante.

—Y dinos, ¿qué fue ese ruido tan raro?

—Esto es lo que deseo averiguar —repuso Keith—. Supongo que fue producido por una tempestad sobre las nubes.

—Muy bien, papá.

Él les dejó bajo la lluvia y salió corriendo de la aldea para tomar la senda que conducía al Río del Humo. Cruzó el río a nado, con lo que apenas se mojó un poco más de lo que estaba, y siguió corriendo por un camino oculto en la jungla. Cuando llegó junto a su helicóptero de urgencia, convenientemente oculto, jadeaba apresuradamente.

Si sus hijos llegaban a ver la astronave, las consecuencias serían funestas.

Se elevó en el helicóptero entre aquel diluvio gris, dio todo el gas y enderezó el rumbo hacia la estación en forma de cúpula que estaba hacia el este, muy lejos de allí. Sin duda alguna los intrusos habían conseguido localizar y seguir a una nave de la Fundación desde la Tierra. Puesto que estas naves se ocultaban cuidadosamente a la vista de las colonias venusianas, aterrizaban invariablemente en la estación terminal donde el propio Keith desembarcó catorce años antes.

Keith miró la lluvia y apretó los puños.

Si aquella nave era del Gobierno —y forzosamente tenía que serlo—, las dificultades eran inminentes e inevitables.

Le era insoportable, a estas alturas, pensar en un fracaso.

Del modo que fuese, había que detener a aquella nave.

Después de ocho horas de vuelo, aterrizó en el calvero que se extendía frente a la estación.

La lluvia había cesado y vio la astronave tan pronto como franqueó el goteante muro de la jungla gris verdosa. Era una nave enorme, y lucía la enseña azul del Gobierno mundial en su proa. Se posó con el helicóptero junto a ella, mientras su corazón le latía tumultuosamente.

La nave se cernía silenciosa sobre su cabeza, aplastando con su enorme tamaño sus pequeños y descabellados planes. ¿Qué podía hacer él..., atacar la nave con un garrote y un puñado de guijarros?

Era aún de día, pero distinguió una luz amarillenta en el interior de la cúpula de la estación. No sabía qué partido tomar, pero sabía que tenía que hacer algo.

Cruzó el campo a pie, notando constantemente la presencia de la poderosa nave a sus espaldas. ¿Y si la destruyese? ¿Sería capaz de hacerlo? Y si lo realizase..., ¿no sería eso dar pábulo a las sospechas que ya alimentaba el Gobierno terrestre..., el cual enviaría sin duda más naves y más hombres?

Movió la cabeza. Estaba desvariando.

Se le hizo un nudo frío en el estómago.

La redonda cúpula de la estación no tenía ventanas, y por lo tanto él no podía atisbar lo que sucedía en su interior. Así es que fue en derechura a la puerta, llamó con los nudillos y entró.

Se encontró en una gran sala central, abarrotada de vituallas y repuestos. A su derecha se abría una puerta, por la que se recibía a los niños. Dos robots humanoides conversaban en voz baja recostados en una pared. Desde el techo se difundía una brillante luz amarillenta.

En el foro, otra puerta estaba abierta a medias. Voces.

Keith avanzó entre los montones de mercancías y llamó a la puerta entreabierta.

—¿Quién es? —dijo la voz de Mark.

—Soy yo, Keith.

—¡Adelante!

Entró. Sobre la mesa ante la cual Carolina, Mark, y él habían tomado café hacía tantos años, se veían otras tazas de café.

Y vio también a un hombre uniformado.

—Keith, te presento al capitán Nostrand... de la Seguridad Espacial. Capitán, le presento a Keith Ortega.

Ambos se estrecharon la mano.

—He oído hablar de usted, señor Ortega —dijo el capitán Nostrand—. Nunca hubiera imaginado conocerle en circunstancias tan... tan fuera de lo normal.

Keith midió con la mirada al capitán. Después de la imagen que se había formado *in mente* de un auténtico ogro que le enviaba la Tierra para hacer trizas su sueño, la vista del capitán Nostrand resultó una agradable sorpresa. Era un hombre de media edad, de aspecto reposado y cabellos cenicientos. Tenía unos tranquilos ojos pardos y una sonrisa fácil.

Parecía una buena persona..., si es que esto le podía servir de algo.

—¿Qué sucede, Mark?

El interpelado se encogió de hombros y luego sirvió a Keith una taza de café.

—¿No te lo figuras?

El capitán Nostrand se sentó y cruzó sus largas piernas.

—Ha llegado un número creciente de informes al Gobierno acerca de inexplicables despegues de astronaves —dijo—. Por último, se ha resuelto averiguar qué sucede. Se consiguió seguir a una de las naves hasta aquí, y me enviaron para que realizase una investigación. Como ve usted, es bastante sencillo.

—¿Cuántos hombres ha traído usted?

Nostrand sonrió con sorna.

—¿Se propone usted acaso emprenderla a tiros con nosotros, doctor Ortega? Piense usted que estoy desarmado.

Keith se sonrojó hasta las orejas.

Discúlpeme. Es que... estoy trastornado, por decirlo en términos suaves. Dígame, ¿qué se propone usted hacer?

Nostrand bebió un sorbo de café.

—¿Usted qué cree que voy a hacer?

—Puede usted volverse para informar al Gobierno, capitán. Lo que aquí estamos haciendo es demasiado importante. Usted no puede comprenderlo. No puedo decírselo.

—¿Qué se apuesta usted?

—Vamos, vamos —intervino Mark—. Tómame el café, Keith. Si nos acaloramos, no iremos a ninguna parte.

Keith se bebió todo el café de un trago.

—Está usted muy nervioso —observó el capitán Nostrand, sonriendo—. ¿Qué tiene usted en esa jungla? ¿Una ciénaga llena de monstruos?

Keith se esforzó por reír, consiguiéndolo a medias.

—¿No se lo ha dicho Mark?

—Yo no he dicho nada —intervino Mark—. Pero el capitán tiene muy buena vista.

—¿Tiene usted un cigarrillo, acaso?

—No faltaba más —dijo Nostrand, sacando un paquete y ofreciéndoselo a Keith. El humo le supo a gloria.

—Escúcheme, capitán Nostrand. Siento haber irrumpido en esta habitación como el fugitivo de una pesadilla. Es que... verá usted, lo que hacemos aquí es extraordinariamente importante..., más importante de lo que usted se puede imaginar. Una sola palabra de usted bastaría para echar a perder dos décadas de trabajo. Quiero que usted y su tripulación comprendan...

—Mi tripulación es robot —dijo Nostrand—. El único con quien tiene usted que tratar es conmigo.

—Entonces, escuche...

—Escúcheme usted a mí por un minuto —le atajó el capitán Nostrand, hablando lentamente—. No me enviaron aquí para juzgar lo que usted hace. Esto no es de mi incumbencia. Únicamente me enviaron para que viese si usted realiza aquí alguna actividad. Y no hay duda de que esto es cierto. Volveré y diré a los que me han enviado que aquí existe una colonia clandestina, y con esto mi misión ha terminado. No quiero que lo tome usted como una actitud personal mía, ¿me entiende?

Keith dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Pues claro que es personal! —exclamó, sorprendido ante su propia vehemencia. Si necesitaba alguna prueba de que el Keith Ortega que había llegado

allí de la Tierra hacía catorce años estaba muerto, con aquella bastaba.

En el exterior empezó a llover de nuevo, y el agua cayó en un susurro por los costados de la cúpula.

Desesperado, Keith se inclinó sobre la mesa, mirando de hito en hito al hombre que vestía el viejo uniforme de las Fuerzas de Seguridad Espacial: Había una sola posibilidad, muy remota...

—Nostrand —dijo, midiendo sus palabras— ¿Cuántos, además de usted, siguen aún en servicio activo en las Fuerzas del Espacio?

El capitán se sirvió otra taza de café.

—No es necesario que me lo pregunte, doctor Ortega, pues ya lo sabe.

—¿Cien? ¿Doscientos?

—Ciento veinte.

—Y la mayoría es personal de entretenimiento, supongo.

—Sí.

Se puso a llover con más fuerza. El agua corría a raudales sobre la pulida cúpula de la estación.

—¿Por qué siguió usted en las Fuerzas del Espacio, capitán? ¿Qué le ha hecho quedarse en el servicio, si el espacio ya ha muerto?

El capitán Nostrand se encogió de hombros, para entornó sus ojos pardos.

—¿Cuántos viajes ha realizado usted últimamente, capitán? ¿Cuántos, en los últimos treinta años?

—Cuatro —dijo lentamente el capitán—. Tres de ellos a la Luna.

—¿Qué es lo que le mantuvo en el servicio, capitán?

Nostrand se levantó.

—No creo que eso lo importe a usted.

Keith le plantó cara resueltamente.

—Si, me importa. Le conozco, Nostrand. Sé por que siguió usted en las Fuerzas del Espacio cuando otros hombres se quedaron en casa.

El capitán Nostrand volvió a encogerse de hombros.

—Escúcheme, capitán. Voy a pedirle que espere durante un mes terrestre antes de regresar. Permítame que le muestre lo que hemos realizado aquí... todo, sin omitir nada. Si después de esto aún sigue creyendo usted que su deber es denunciarnos, hágalo. Si no lo cree así, en ese caso puede usted decir al Gobierno que el cohete que siguieron no era más que una nave particular que había salido en una excursión de placer, organizada por un chiflado amante de los viejos tiempos. Vandervort se encargaría de arreglar las cosas... sí, también le diré a usted todo lo que hay acerca de Vandervort, capitán. Tiene usted que quedarse... tiene usted el deber de averiguar todo cuanto desee conocer el Gobierno. Envíeles un mensaje por radio para decirles que la investigación le requerirá algún tiempo. ¿Está dispuesto a hacerlo, Nostrand?

—¿Tan importante es para usted?

Keith trató de mantener su voz tranquila.

—Si usted llega a comprender lo que significa Venus para todos nosotros, nunca nos delatará. Usted y yo sabemos que es posible que la Tierra abandone para siempre el espacio... ya es demasiado tarde para empezar de nuevo. No encuentro palabras para explicárselo, capitán. Pero sé lo que le llevó a usted al espacio, en una época en que casi nadie pensaba en él. Lo sé. ¿Lo ha olvidado usted, acaso?

—No, no lo he olvidado.

—Muy bien. Le pido únicamente un mes.

El capitán Nostrand se sentó y tomó un sorbo de café, mientras escuchaba el rumor de la lluvia. Luego miró a Mark Kamoto, que guardaba silencio.

—Es usted muy hábil en argucias —dijo por último Nostrand—. De acuerdo, esperaré un mes. Aunque hubiera preferido acabar antes.

Keith se sentía exhausto, pero lleno de confianza.

—Pues espere a ver. Aún no ha visto usted nada.

Fuera de la estación, la cálida lluvia caía sobre la espesa jungla, mientras la larga tarde gris daba paso al lento crepúsculo.

En la extremidad septentrional del único continente habitado por Venus, una parda península penetraba entre las olas de un enorme mar gris verdoso.

En el helicóptero que se cernía bajo las masas de nubes que cubrían aquel mundo, a una altura suficiente para no ser distinguido a simple vista, Ralph Nostrand enfocó su visor y miró por él con atención.

—De modo que eso es Acosta —dijo.

—Sí —repuso Keith—. Mira ahí... frente a la costa... ¿Ves esas embarcaciones que llegan? Son balleneros.

—¿Balleneros?

—Desde luego, no cazan ballenas, para ser exactos. Sus presas son auténticos peces, no mamíferos. Pero son de gran tamaño también... y los cazan con arpones que lanzan a mano.

—¡Qué lugar tan curioso!

El visor le mostraba una pequeña aldea formada por un centenar escaso de casas de piedra con grandes aleros, que se alzaban sobre un acantilado que dominaba el agitado océano. Casi todos los hombres habían salido de pesca, pero por las calles del poblado distinguíanse claramente a sus mujeres e hijos.

—Mira —dijo Keith— los del barco más próximo traen una presa.

Nostrand contempló por el visor como los hombres saltaban de sus sólidas lanchas al agua somera a la rodilla. Sujetaron todos el cabos que les echaron desde la embarcación más próxima y corrieron con ella hacia la playa. Una vez allí se dispusieron en hilera y empezaron a hablar.

Una enorme silueta oscura salió a la superficie y se arrastró sobre los guijarros de la orilla, mientras su enorme cola aún chapoteaba en las aguas gris verdosas. Se volvió panza arriba y mostró un vientre blanco. Entonces los pescadores empezaron a bailar y a cantar a su alrededor.

—¡Cáspita! —exclamó Nostrand—. Vaya un pecesito.

—La costa es un lugar bastante inhóspito —dijo Keith—. La vida es aquí dura para este puñado de aventureros del mar, como ya te dije. Esta gente tendrá en su acervo una larga tradición marinera de arriesgados viajes y navegaciones.

Ralph Nostrand le miró.

—Muy sagaz.

—Conozco mi oficio.

El capitán volvió a mirar por el visor, que mantuvo ante sus ojos durante largo rato. Por último, hizo un gesto de asentimiento.

—Pasemos al siguiente —dijo.

Mark elevó más el helicóptero en busca de un viento favorable, y volaron entre

las cálidas nubes que se extendían sobre las junglas, dirigiéndose al interior del continente. A las cuatro horas descendieron de nuevo.

Ante el visor se extendía la primera de las Tres Ciudades.

—¿Wlan? —preguntó Nostrand.

—Exactamente.

Wlan era el reverso de la medalla del poblado de pescadores de Acosta. Era una auténtica pequeña ciudad, con una población de casi cinco mil almas. Estaba pulcramente dispuesta en manzanas cuadradas de casas, con cómodas mansiones modernas, y el conjunto se hallaba dominado por dos grandes construcciones que sólo podían ser fábricas.

Las Tres Ciudades representan nuestro poderío industrial —dijo Keith—. Como es de suponer, de momento aún no producen mucho, y su economía es en gran parte artificial, pero poseen ya las técnicas básicas. Hemos establecido una cultura tecnológica embrionaria, y los jóvenes han sido educados de tal modo que sepan apreciar sus ventajas. Poseen las inclinaciones necesarias que les permitirán construir aviones antes de un siglo.

Nostrand asintió.

—Había una cosa que quería preguntarte, Keith.

—Dime.

—¿Crees que está bien traer aquí a los niños para disponer de antemano el curso de su vida? Según como lo mires, esto no parece muy moral.

El helicóptero se desvió hacia el sudeste, alzándose para penetrar de nuevo en las nubes.

—Sé lo que quieres decir —repuso Keith—. Eso parece atentar a su libre albedrío. Aunque no es cierto... a poco que lo pienses, comprenderás. Si bien se mira, todos los niños nacen en el seno de una cultura que no han creado ellos; esta característica es inherente a todos los seres humanos. Así, todos los niños tienen un futuro determinado de antemano. Ahora bien, lo que hagan con los materiales que les suministre esa cultura, eso sí que es de su competencia. Mientras posean las cualidades primarias, sabrán salir adelante en cualquier sociedad. Y no olvides que para los que se han criado aquí, su cultura es ésta; su patria es *esta*. Nunca han conocido otra cosa, y harán lo imposible para quedarse aquí. Y no olvides, tampoco, que los padres de esos niños los abandonaron en la Tierra. Créeme, esto es mucho mejor que el orfanato de la fundación.

—Me rindo —dijo Nostrand sonriendo.

—Perdona este sermón, Ralph. Es tremendo tener otra vez fe en algo. En la Tierra ya no estábamos acostumbrados a eso.

Tras una breve pausa sobre Mepas y Carin, las otras dos ciudades industriales próximas, el helicóptero tomó rumbo sudoeste, que lo llevaba a través del continente. Pusieron al helicóptero un piloto automático, para descabezar un sueñecito entre tanto, y a las dieciséis horas se cernían a gran altura sobre las tiendas de pieles de

Pueklor. El cielo gris y las masas de nubes no habían cambiado... y quedaban aún ocho días terrestres antes de la llegada de la pálida noche venusiana.

—Parece una tribu india —comentó Nostrand, mirando atentamente por el visor—. Recuerdo haber visto en alguna parte unas viejas fotografías de una de estas tribus.

Keith asintió.

—Nuestro modelo fueron los antiguos indios de las praderas de Norteamérica. Observarás cuán distinto es aquí el terreno... altas hierbas en lugar de jungla. Pueklor posee una cultura esencialmente cazadora; sus habitantes cazan a un animal bastante parecido al antiguo bisonte, pero mucho más lento que éste. Lo persiguen a pie.

A gran distancia por debajo de ellos, las tiendas de pieles de Pueklor formaban un gran anillo en los herbosos campos de las praderas del sudoeste. Por el aire tranquilo ascendían volutas de humo y una bandada de chiquillos corría por las orillas de un río de perezosas aguas.

—Lo comprenderás más claramente cuando veas a algunos de ellos en Halaja —dijo Keith—. Pueklor es una cultura extraordinariamente altiva..., repleto de la alegría de vivir, por decirlo así. Infundirán un auténtico «espíritu de cuerpo» a la cultura continental que surgirá aquí dentro de un siglo.

El helicóptero voló hacia el este entre espesas cortinas de lluvia, y cuando regresaron a Equete, situado en los montes del sudeste, los tres hombres ya estaban molidos hasta los huesos. Sin embargo, la vista de Equete, acurrucado en un valle rocoso, los despabiló.

Equete estaba formada por una serie de edificaciones de piedra, bajas y redondeadas, que armonizaban maravillosamente con la abrupta grandeza del escenario que las rodeaba. Allí se confundían los ocres, los rosados y los verdes para formar un agradable dibujo que acentuaban los colores listados del terreno.

—Aquí están los tuyos, Ralph.

—Desde aquí no se ve gran cosa —observó.

Keith esbozó una fatigada sonrisa.

—Equete se dedica al cultivo de la ética... la ética y una complicada doctrina social. Además, aquí es donde se realizarán las investigaciones fundamentales que un día conducirán a la creación de una astronáutica independiente en Venus. ¿Ves ese alto edificio en forma de cúpula? Los habitantes de Equete poseen ya las premisas básicas para poder construir antes de que transcurran muchos años un telescopio que les permita atravesar las nubes. En el terreno filosófico, les hemos proporcionado una imagen lógica del universo... y su ética exhibe la astronáutica como el primer gran paso a dar para que se realice plenamente el destino del hombre.

—Me gusta —observó Ralph—. Me parece bien.

—Está bien —le corrigió Mark.

—Resulta todo tan complicado —dijo Ralph Nostrand con voz cansada—. Intento comprender vuestros propósitos..., pero no me resulta fácil. Todas estas nuevas

culturas, independientemente de la Tierra, para avanzar a tientas hacia la astronáutica, que alcanzarán dentro de cien años... Pensemos en lo que puede pasarle a la Tierra en esos días. ¿Qué sucedería si esta gente se abate sobre ella para hacerla pedazos?

—Cuando veas la ceremonia de Halaja —le dijo Keith— eso dejará de preocuparte.

El capitán no se mostraba muy convencido, pero se contuvo, mordiéndose la lengua. El helicóptero se elevó de nuevo entre las nubes y voló hacia el norte, de regreso a la oculta estación terminal donde estaba posada la gran astronave de la Seguridad Espacial en medio de la niebla matutina.

Keith cerró sus ojos cansados y trató de dormir un poco. Sabía que Nostrand no era un hombre vulgar... Si lo hubiese sido, nunca hubiera seguido la llamada del espacio en aquel siglo de estabilidad económica y vida fácil. ¿Pero sería capaz de ver a Venus como ellos lo veían? ¿Vería a Venus como la cuna de una cultura nueva y vigorosa que arrancararía a la Tierra de su marasmo?

Sí la Gran Reunión de Halaja no conseguía conmoverle, podrían decir que habían fracasado.

Era esta la primera de las solemnes ceremonias que debían celebrar casi exclusivamente los niños que a la sazón eran ya apuestos muchachos y muchachas. Los viejos robots humanoides permanecerían discretamente a un lado. Había que confiar en sus enseñanzas; éstas tenían que haber sido eficaces.

Pero cuando Keith se durmió en un sueño intranquilo, sus sueños fueron tan grises y tristes como las húmedas nubes que le rodeaban.

Llegó el día de la Gran Reunión de Halaja.

Quedaban sólo cinco días terrestres para que se cumpliera el plazo que Keith había solicitado.

En compañía de su esposa y del capitán Nostrand se colocó en la puerta de su casa de troncos, en espera de que diese comienzo la ceremonia.

Era de noche y la suave y plateada claridad que descendía de las nubes hacía brillar la Mansión del Espíritu y bañaba con sus rayos pálidos y misteriosos la plaza central de Halaja. Grandes hogueras anaranjadas ardían dentro del círculo de las casas de madera y pasadizos, haciendo danzar sombras negras y retorcidas en las paredes.

Los tambores sonaban con un ritmo lento y las distintas voces se confundían en cánticos tenues e insistentes, que se alzaban hacia el techo del mundo y se perdían entre los lucientes jirones de niebla nocturna.

Durante muchos días y muchas noches los peregrinos habían cruzado las ciénagas y las selvas del gran continente en dirección a Halaja. Acudían a aquel sitio hogar como habían hecho siempre, como hicieron sus padres y sus mayores antes que ellos.

O así lo creían... porque esto es lo que les contaban sus propios padres, desde que tuvieron uso de razón.

Venían desde Acosta, la aldea situada a orillas del Mar del Norte, y de las tres ciudades de Wlan, Mepas y Cain. Amidían también desde las verdes praderas de

Pueklor y desde los fragosos riscos de Equete.

Había llegado el día de la Gran Reunión.

No vinieron todos desde luego. Acudían sólo los escogidos los representantes de sus pueblos, que regresarían después de cruzar la selva, como siempre habían hecho.

Las hogueras chisporroteaban y los tambores esparcían su ronco bramido.

Empezó un nuevo canto:

«Oh, amigos lejanos y próximos, nos reunimos como siempre hemos hecho...»

Y un coro de hombres y mujeres de Acosta, las Tres Ciudades, Puekloc y Uquete contestó:

«Como siempre hemos hecho, como siempre hicimos...»

«Nos reunimos, acudimos, todos distintos, todos idénticos, en paz y armonía, porque todos somos hermanos...»

«Todos somos hermanos, todos somos hermanos...»

Todos se sentaron codo con codo... Curtidos lobos de mar junto a dichosos industriales, altivos cazadores junto a graves filósofos de la lejana Equete.

Los tambores aceleraron su ritmo.

Las hogueras hicieron bailar las sombras sobre los muros.

Había llegado el día de la Gran Reunión.

El corazón de Keith latía con orgullo en su pecho, y abrazó estrechamente a su esposa. Aquella noche, bajo un cielo extraño que brillaba con la luz de un millón de lunas... por último había surgido un sueño para hacerse realidad, un sueño inútil.

Ralph Nostrand guardaba silencio y observaba intensamente.

Los ancianos —costaba imaginárselos como robots, pues habían sido padres, madres y amigos— permanecían alejados, entre las sombras, contemplando a los niños que se habían convertido en hombres bajo su tutela.

Era imposible no creer que se sintiesen orgullosos.

Durante muchas horas prosiguió la ceremonia a través de la larguísima noche. A los cánticos siguió un festín... y amorosos y alegres devaneos entre los jóvenes y las muchachas de distantes países, porque aquella gente no eran santos.

Cincuenta horas después del comienzo de la Gran Reunión, junto al estanque que era la Mansión del Espíritu, centenares de gargantas entonaron el antiquísimo canto. Sus palabras eran misteriosas y extrañas, pero... ¿no decían los dioses que un día estarían repletas de significado?

Keith vio a sus dos hijos cantando junto al estanque.

Su esposa se agitó orgullosa y feliz a su lado.

«Más allá de las nubes que cubren nuestro mundo, más allá de las lluvias que refrescan nuestro ardor...»

«Más allá de las nubes, más allá de la lluvia...»

«Más allá de nuestros cielos se extienden otros cielos...»

«Otros cielos, otros cielos...»

«Más allá del océano en el que flota nuestro mundo, más allá de nuestro océano se extienden otras playas...»

«Otras playas, otras playas...»

«Y en este gran Más Allá la verde Tierra nos espera, espera la llegada de nuestras flechas plateadas...»

«Las flechas que lanzaremos al Más Allá...»

«La verde Tierra nos espera en el Gran Más Allá, y en ella nuestros distantes hermanos danzan bajo un límpido cielo azul...»

«Las flechas que lanzaremos al Más Allá...»

«Oh, nuestros hermanos de la Tierra nos aguardan en el Gran Más Allá...»

«¡Nos aguardan, nos aguardan para la Gran Reunión...»

«Más allá de las nubes que cubren nuestro mundo, más allá de las lluvias que refrescan nuestro ardor...»

«¡Nos aguardan, nos aguardan para la Gran Reunión!»

Los tambores dejaron de tocar y reinó un silencio plateado.

Una ligera llovizna caía de las nubes brillantes rociando la plaza con sus frescas y dulces gotas.

Keith era incapaz de articular palabra. Apretaba la mano de Carolina en un mudo entendimiento. Sucudiese lo que sucediese se alegraba de haber venido a Venus, se alegraba aun en el caso de que fracasasen, porque más valía fracasar que no haberlo intentado nunca.

Se volvió lentamente para mirar al capitán Nostrand.

Nostrand permanecía muy erguido mientras las hogueras llenaban su curtido rostro de sombras.

Tenía la mirada perdida en un punto que estaba más allá de Halaja.

Sonriendo, tendió la mano a Keith, haciendo un grave gesto de asentimiento.

En la plaza volvieron a sonar los tambores y el canto recomenzó.

VI

Cinco años después del regreso de Ralph Nostrand a la Tierra, la aldea de Halaja seguía dormitando apaciblemente junto a las mansas aguas azules del Río del Humo.

La mitad de los viejos robots habían muerto y fueron enterrados, y Bill y Ruth Knudsen se volvieron a su pequeña granja de Michigan.

Había llegado el momento de que las colonias de Venus iniciasen su vida propia. Había llegado el momento de que los hombres y mujeres que guiaron los primeros pasos del nuevo mundo regresasen al viejo.

—Ojalá nos pudiésemos quedar, Keith —dijo Carolina.

—Yo también desearía quedarme. Pero éste no es nuestro mundo, y aquí ya no nos necesitan.

—Nunca me imaginé que me costaría más irme que venir a él.

—Yo tampoco imaginé jamás que viviríamos diecinueve años aquí.

—Me alegro de no tener que despedirnos de nuestros hijos.

—Aun así, será bastante duro, Carolina. Dejaremos en nuestro lugar a nuestros viejos facsímiles, para que se mueran, llegada su hora. Detesto tener que hacer esto con nuestros hijos, pero no deben sospechar nada.

Caminaban por el sendero selvático que conducía a Halaja, cogidos del brazo y tratando ya de recordar el mundo que abandonarían tan pronto. Afortunadamente, los dos robots que desde el primer momento estuvieron destinados a sustituirles cuando regresasen a la Tierra, seguían esperando y dispuestos en la estación terminal.

Los dos robots que desde el primer momento estuvieron destinados a sustituirles cuando regresasen a la Tierra, seguían esperando y dispuestos en la estación terminal.

La paciencia de los robots era infinita.

Estos dos robots irían a Halaja después de la marcha de Keith y Carolina, y una vez allí enfermarían para morir. Los enterrarían con los restantes robots en el calvero que se abría junto al Río del Humo, donde un día sus hijos también irían a dormir el sueño eterno...

Ojalá pudiésemos quedarnos, Keith... Él la besó y mesó sus rubios cabellos.

—Ahora nos toca a nosotros, querida. No debemos zarandear el bote.

Sin embargo, aplazaron la partida cuanto les fue posible.

Constantemente hallaban nuevas excusas para quedarse en Halaja unos días más, en compañía de sus hijos.

Hizo falta un mensaje de Nostrand para que se decidiesen a irse. Lo recibieron de noche y Mark se lo trajo en el último helicóptero de la estación; Decía así: «*Keith: Vandervort está muy grave y no se espera que viva mucho tiempo. Quiere verte. Apresúrate a venir. Ya te hemos enviado una astronave para recogerte. Por aquí todo va bien. ¿Qué hacéis ahí, tú y Carolina? ¿Os habéis vuelto venusianos? Firmado:*

Ralph.»

—Era de esperar —comentó Carolina—. No podía vivir para siempre.

—De esta no pasa —dijo Keith.

—No tendremos más remedio que irnos.

—Sí. Ahora tendremos que irnos.

Abandonaron la aldea que había sido su hogar una noche en que llovía copiosamente, mientras sus hijos dormían. Los dos robots humanoides que se les parecían como dos gotas de agua ocuparon sus lugares en el lecho, aún cálido de sus cuerpos.

Keith y Carolina cruzaron juntos la plaza de Halaja, pasaron frente a la Mansión del Espíritu y franquearon las puertas del poblado. La lluvia fría les lavó el rostro. Siguieron el camino que atravesaba la plantación de fruto de Siran hasta el encharcado campo de fútbol situado al oeste del poblado.

No miraron atrás.

El helicóptero se elevó con ellos hacia las nubes plateadas por última vez, para dirigirse al este, rumbo a la estación terminal. Allí se despidieron de Mark Kamoto, que les seguiría un año después en aquel viaje sin regreso.

La astronave que les trajo de la Tierra diecinueve años antes esperaba ya bajo la lluvia para devolverlos a la patria.

Miraron por última vez el muro verde-gris de la jungla y la luz amarillenta que surgía de la cúpula. Miraron por última vez los bancos de nubes luminosas que lucían como un mar de lunas en el cielo.

Miraron por última vez hacia el oeste, hacia donde dormía bajo la noche la aldea de Halaja.

Subieron a bordo de la astronave.

Les esperaba la Tierra y un moribundo. Perdidos en las inmensidades del espacio que se extendía entre los mundos, sabían empero que les aguardaba un anciano, un hombre viejísimo de barba blanca y nerviosos ojos azules, que lanzaba furtivas miradas hacia las sombras que poblaban su sofocante habitación.

Les esperaba James Murray Vandervort y una pregunta final.

¿Por qué?

La tierra era brillante, cálida y limpia bajo el sol de Arizona. La atmósfera tenía un dorado aroma que invitaba a pasear por las arenas maravillosas y a llenarse los pulmones una y otra vez.

El cielo era azul y despejado. El verdor de las plantas del desierto era tan brillante y vívido como si estuviesen recién pintadas.

Como las flores, Keith y Carolina alzaron sus caras hacia el sol, mientras sentían la caricia del viento.

¡Qué hermoso era hallarse de regreso en la Tierra! No tenían tiempo de ir a su casa, y así un helicóptero de la Fundación se elevó con ellos sobre el desierto para dirigirse hacia el oeste, en dirección a Los Ángeles. Involuntariamente, se encogieron

amedrentados al paso de los aviones de carga que pasaban rugiendo por las rutas aéreas y ante las bandada de helicópteros que llenaban el cielo semejantes a mariposas.

Los Ángeles les pareció una ciudad tan vasta, ancha y deslumbradora que casi se quedaron sin respiración. Muy por debajo de ellos, simples manchas en las tranquilas aguas azules del Pacífico, los submarinos que navegaban por la superficie se desplazaban como delfines.

El helicóptero viró hacia el norte siguiendo la costa y luego se desvió hacia la derecha para embocar el Cañón de Vandervort. Aterrizaron en el patio de la inmensa hacienda e inmediatamente acudió a recibirles un anciano mayordomo.

Éste les precedió por los vestíbulos ricamente alfombrados y las escalinatas de mármol, por las que subieron al segundo piso. Recorrieron entonces el largo corredor gris y llamaron con los nudillos en la puerta de caoba.

Una lucecita verde se encendió en el centro de la puerta.

Keith y Carolina penetraron en la enorme estancia, y les pareció que pasaban otra vez de la Tierra a Venus. La atmósfera cálida y húmeda se desparramó por el corredor como un lago que se saliese de madre.

Aquella habitación no había cambiado. La alfombra parda seguía extendiéndose de pared a pared, y las mesas, sillas, secreters, chimeneas, floreros, libros y cortinajes seguían atestando la estancia...

Pero el anciano había cambiado.

Los diecinueve años no habían transcurrido en vano para él. Vandervort había cumplido ciento veinticuatro años de edad. Ni siquiera los especialistas en geriatría podían ya salvarle.

El anciano seguía sentado en su enorme y mullido sillón. Se le veía muy menudito y abandonado. Su barba blanca había adquirido un tono grisáceo y su rostro congestionado tenía unas desagradables manchas rosadas. Sus ojos azules estaban vidriosos y abotagados.

De pie a su lado estaba Ralph Nostrand, con la cara iluminada por una sonrisa de bienvenida.

Se estrecharon la mano.

—¿Quién es? —tartajó el viejo—. ¿Quién hay? ¿Quién ha entrado?

Keith se inclinó hacia él, diciendo:

—Van, Van, soy yo Keith Ortega.

James Murray Vandervort se enderezó como si una descarga eléctrica hubiese pasado a través del cuerpecito enclenque y flaco.

—¡Keith! —dijo con voz sibilante. Intentó levantarse, pero no pudo—. ¿De veras eres tú... después de tantos años?

—Sí, Van.

El anciano trató de distinguirle con sus mortecinos ojos azules, mientras respiraba entrecortadamente.

—Tengo que saberlo, Keith —dijo con voz débil, con una voz que era una sombra de la que antaño atronaba la estancia, haciendo huir a las sombras—. ¡Cuánto he sufrido, Keith! *Tengo que saberlo.*

Keith esperó que terminase de hablar, sintiendo una gran compasión por la ruina humana que se estaba muriendo en el enorme sillón mullido. Compasión a la que se mezclaba otro sentimiento.

—Quiero oírlo de tu propia voz —dijo Vandervort, hablando muy de prisa, en un susurro apenas perceptible— ¿Todo va bien? ¿Ha dado resultado el proyecto, Keith? ¿Ha dado resultado?

Keith se esforzó por hablar despacio y claramente:

—No tiene usted por qué preocuparse, Van. Todo va bien. Todo va perfectamente. Las colonias se desarrollan según planeamos. Ahora nada puede ir mal. La nueva cultura de Venus vendrá a la Tierra después de atravesar el espacio antes de un siglo. Esta nueva cultura arrancará a la Tierra de su marasmo. En un futuro no muy lejano iremos a las estrellas, Van. Todo va bien.

—Yo di las estrellas a la humanidad —dijo el anciano, con voz muy cansada—. Yo le di las estrellas, ¿no es cierto?

—Sí —repuso Keith.

El anciano se hundió de nuevo en su asiento súbitamente aliviado y exhausto. Cerró los ojos viejos y mortecinos.

Reinó un largo y temeroso silencio.

—¿Crees que está bien? —musitó Ralph.

—Creo que sí.

El anciano empezó a hablar de nuevo, con voz muy lejana y tenue.

—He alcanzado mi objetivo —susurró—, pero no como yo quería. Cuando la nueva humanidad salga al espacio, los terrestres comprobarán... comprobarán...

Su voz se perdió en un murmullo.

—¿Qué decía, Van? —le animó Keith.

El anciano suspiro.

—Los terrestres comprobarán quien lo hizo. Descubrirán mi nombre al hurgar en los archivos. Lo sabrán. Sabrán que a mi se lo deben...

Su voz se desvaneció de nuevo.

Entonces el anciano se echó a llorar suavemente. Keith se acercó más para oírle. De pronto Vandervort trató de incorporarse en el sillón y sus mortecinos ojos azules se abrieron.

—Keith, Keith —susurró con desesperación.

—¿Se acordarán de mi cuando yo ya no exista? Yo he dado las estrellas a la humanidad. ¿Se acordarán de mi nombre, Keith? ¿*Se acordarán de mi nombre?*

Las oscuras sombras que llenaban la enorme y abarrotada estancia corrían por las paredes, deslizándose hacia la chimenea. Keith, Carolina y Ralph, de pie en medio de aquella atmósfera sofocante y artificial, contemplaban fijamente al moribundo

hundido en el enorme sillón como un pequeño y grotesco muñeco.

—Se acordarán de usted, Van —le dijo Keith—. Se acordarán de usted cuando nosotros ya habremos sido olvidados. Se acordarán de usted aunque transcurran millones de años.

James Murray Vandervort sonrió, cerrando de nuevo sus ojos azules.

—Acordaos de mí —murmuró—. Recordad mi nombre. Recordad mi nombre...

Entró un médico por la puerta trasera.

—Sería mejor que se fuesen —les dijo—. Mister Vandervort necesita descanso.

Salieron de la habitación, siguieron el corredor y descendieron por la escalinata de mármol.

Ralph Nostrand comentó:

—Y pensar que todo esto lo ha hecho únicamente para que una parte de si mismo fuese inmortal...

—No tenía hijos —dijo Carolina con voz queda.

Se dirigieron al helicóptero posado en el patio. Keith pensaba en Halaja, en las oscuras mansiones de troncos rodeadas por la selva gris verdosa de otro mundo.

Y todo aquello sólo porque a un viejo millonario le daban miedo las tinieblas eternas.

—Todo esto —dijo en voz alta— sólo porque era un hombre.

Aquella noche, muy tarde, los tres paseaban canturreando bajo las luces brillantes de Wilshire Walk.

Un hombre y su esposa, un hombre que había llevado a cabo los planes concebidos por un viejo excéntrico.

Un capitán perteneciente a un servicio medio olvidado, que había falsificado un informe para permitir que un sueño se convirtiese en realidad.

En el aire flotaba el anuncio luminoso del Gobierno, con sus letras violetas: CUIDADO CON HACER VOLCAR EL BOTE.

Atravesaron las letras.

Siguieron paseando, cogidos del brazo, cantando bajo la fría luz de las estrellas. Siguió paseando y todos cuantos les vieron aquella noche sobre la tierra se sorprendieron ante sus extrañas sonrisas y la canción no menos extraña que entonaban...

Una canción que se alzaba en susurros más allá de las nubes...

Más allá de las lluvias que refrescan nuestro ardor.

Más allá... Más allá...

MISIÓN EN VENUS

J. T. McIntosh

La astronave averiada descendía ululando hacia Venus, en posición vertical, girando lentamente sobre su eje, con sus toberas de eyección silenciosas. Los grises jirones de las nubes se retorcían en torno a sus aletas, para ascender en tiras temblorosas por sus brillante costados. Junto a la portilla de proa, Warren Blackwell esforzaba la vista tratando de atravesar aquella atmósfera gris e hirviente, pero conocía la atmósfera venusiana y sabía que estaba perdiendo el tiempo. Vería el suelo cuando la nave estuviese a quince metros del mismo, y entonces ya sería demasiado tarde.

La puerta de la sala de mandos se abrió, y entró la joven que durante las comidas se sentaba frente a él en la mesa.

—Me envía el capitán por si puedo ayudarle —le dijo.

—Y también para librarse de usted.

Ella sonrió forzosamente.

—Sin duda.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó él.

—Virginia Stuart, pero puede usted llamarme Virginia a secas. No nos queda mucho tiempo para perderlo en formulismos, ¿no le parece? Usted es Blackwell, ¿verdad?... El famoso Blackwell.

—Si se refiere usted al que ganó todas esas medallas, en efecto, soy yo. ¿Cuántos quedan?

—¿De la tripulación? El capitán y el segundo oficial. Y el capitán no está muy bien que digamos. Pronto empezará a sufrir los efectos de la radiación.

Warren la observó y llegó a la conclusión de que la joven podría soportar la verdad.

—Vuelva y haga salir a uno de ellos —le ordenó—. Sólo hará falta uno para que dé toda la potencia que nos queda cuando yo dé la señal. Pero tenemos que disponer de un hombre. No quedan muchas probabilidades de salvación, fuera de ésta.

—Comprendido —dijo ella—. ¿Funciona el teléfono?

—No. Sólo la alarma.

Ella asintió y se fue. Warren escrutó de nuevo las nubes grises. Iba como simple pasajero en el *Merkland*, pero se contó con él cuando la nave empezó a quedarse sin gobierno a causa de un escape de energía. Sabía más sobre Venus que cualquiera de los miembros de la tripulación. Aunque eso poco importaba en realidad. Lo único que él podía hacer en aquella coyuntura era quedarse donde estaba y hacer sonar la alarma cuando viese el suelo. Entonces, en el fondo de la nave, quienquiera que quedase con vida accionaría los cohetes de frenado, y contando con la suerte la nave aterrizaría bruscamente pero incólume. Aunque para eso haría falta mucha suerte.

Los que quedaban abajo tenían muy pocas esperanzas de salvación. Warren, en la

proa, era el que más probabilidades tenía de salvarse después de los restantes pasajeros, encerrados en la bodega en el centro de la nave. Ninguno de los demás pasajeros le hubiera servido de mucha ayuda, y al parecer el capitán les eligió a él y a la muchacha como a los únicos que podían serle de utilidad en aquel grave momento de apuro. El capitán parecía ser un hombre animoso y competente. Pudiera haberse quedado en la proa, de haberlo deseado, dejando que los demás se las entendiesen con el escape de radiación. Pero sabía que únicamente él o algún otro miembro de su tripulación sabía manejar los cohetes, y que era de una importancia vital que éstos se disparasen en el momento exacto requerido.

La joven volvió acompañada esta vez del propio capitán Morris.

—Calculo que estamos a seiscientos metros de altura, Blackwell —dijo Morris—. ¿Cree usted que estoy en lo cierto?

Virginia no había exagerado al hablar del estado del capitán. Este se hallaba en el último grado de envenenamiento por plutonio. Warren se dijo, con cierto cinismo, que nada impedía al capitán dársele entonces de héroe, porque ya podía considerarse un hombre muerto. Pero Warren estaba acostumbrado a la muerte. Las hileras de galones que guardaba en su equipaje lo proclamaban muy alto.

—No he volado mucho sobre Venus —admitió—. Es un sitio muy poco frecuentado. Yo diría que aún estamos muy altos, y que descendemos en una larga parábola. Pero no me haga usted mucho caso.

El capitán se dejó caer pesadamente en una de las sillas de pilotaje. Temblaba de un modo incontenible, pero al descansar su temblor disminuyó.

—Creo que podremos hacer funcionar los chorros durante cinco segundos —dijo—. A la velocidad que llevamos, eso quiere decir que debemos hacerlos funcionar cuando estemos a cuarenta metros de altura.

Warren movió negativamente la cabeza.

—En la superficie del planeta, se puede ver hasta cuarenta metros de distancia. Pero no hacia abajo. A veinte metros de altura ya no se ve nada, pues la niebla se hace más espesa.

—Por eso mismo he venido a verle. Estamos en sus manos, Blackwell. Usted es el hombre que conoce mejor esas corrientes de todos cuantos estamos a bordo. Tendrá usted que hacerlo a ojo. Los instrumentos no tienen precisión a tan corta distancia, y si esperamos a ver el suelo ya será demasiado tarde. Alguien tiene que calcular a ojo. Y ese alguien tiene que ser usted.

Warren asintió. Morris se puso trabajosamente en pie. Al llegar a la puerta se detuvo, antes de decir adiós.

Warren quedó a solas con la joven.

—Mire por dónde se le presenta la ocasión de ganarse otra medalla —le dijo ella.

—Maldita la falta que me hacen las condecoraciones. Cuando terminó la guerra venusiana, creí que ya se habían acabado los peligros para mi.

—El riesgo no le abandonará nunca. El peligro sigue a los valientes a todas

partes.

—Es posible —murmuró Warren—, pero yo no soy un valiente. Nunca lo he sido.

La joven abrió mucho los ojos, pero guardó silencio. Nunca había visto a Warren Blackwell antes de este viaje. A decir verdad, no le había conocido oficialmente aún, hasta que se presentó ella misma unos minutos antes. Pero como todo el mundo, leyó relatos de sus hazañas durante la guerra. Sabía que era un hombre al que su vida le importaba tan poco como a un millonario la moneda de diez que pudiese encontrar en su zapato. No se trataba únicamente de un hombre de suerte, o tan listo que sabía soslayar los más graves peligros. Le hirieron docenas de veces y fue capturado en dos ocasiones. Y nadie había conseguido escapar de manos de los grises ni una sola vez. Dejaba de aparecer en los titulares durante un par de meses, o sea durante el tiempo que permanecía reponiéndose de sus heridas. Luego su nombre aparecía de nuevo acompañado del relato de otra gesta, que hacía pensar a todos que lo único que buscaba aquel hombre era la muerte.

¿Sería verdad?, se preguntaba Virginia, mirándole mientras él atisbaba por las gruesas ventanas de cuarto. ¿Le había importado tan poco la vida que su valor no había sido más que resignación? Ella había leído en alguna parte que fue un niño expósito, y también le parecía recordar que estuvo en un reformatorio. Pero semejantes detalles se silenciaban al narrar la vida de un héroe.

No, no era verdad, decidió. El hombre que tenía enfrente amaba apasionadamente la vida. Lo veía en la manera como todo él se concentraba en el problema que tenía que resolver. No trataba de salvarla a ella ni a los demás. De haber sido así, se hubiera mostrado frío y tranquilo. Trataba de salvarse a sí mismo... y a todos ellos de propina.

El se arrancó a su contemplación y se apartó de la ventana.

—Aún faltan unos minutos —dijo— y si sigo mirando me pondré nervioso y daré la señal antes de tiempo. ¿Por qué no me obsequia usted con un *strip-tease* para pasar el rato?

—Este no es momento para bromas de esta clase —dijo ella seriamente.

Él la observó pensativo y comprendió que había descendido en la estima de Virginia. Tan fácil era perder la admiración y el respeto ajenos.

Virginia era una muchacha fuerte y enérgica, de aspecto obrero y no muy linda. Pero ella era lo suficientemente hábil para hacerse también atractiva, sino por otros por los mismos motivos que pueda tener el hombre que no desea salir ni ver a nadie, pero a pesar de eso se afeita y se peina cuidadosamente. Llevaba unos pantalones negros y una gruesa blusa azul, y aunque su atavío no sugería una figura particularmente atractiva, tampoco excluía la posibilidad de que la tuviese. Su cabello era castaño claro y su cara joven y decidida. Sus facciones eran agradables, y aunque tenían demasiado carácter para ser hermosas, poseían cierta elegancia sutil. Era una lástima ver morir a una mujer como aquella, pues era de las que no abundaban.

—¿A qué se dedica? —le preguntó él.

—Me he dedicado a muchas cosas. Actualmente trabajo al servicio del Gobierno.

—¿De qué gobierno?

—De la ONU. No hay nada Secreto en ello. Soy... Se interrumpió cuando Warren se volvió para mirar por la ventana.

—Empiezo a tener la vaga idea de donde nos hallamos —murmuró—. Debemos de estar más o menos sobre la Floresta Normanda. Aunque hemos descendido oblicuamente largo rato. Casi hemos entrado en una órbita. Quizás hemos dejado atrás los Montes Normandos, en cuyo caso... —su voz se perdió en un murmullo—. ¡Ahora hay que dar la alarma!

Virginia no se hallaba preparada. Su mirada vio como la mano de Warren oprimía con fuerza el botón, luego miró rápidamente hacia la ventana, para observar un súbito claro en la niebla gris, un relámpago cegador y el atisbo de una masa negra que giraba en el exterior, mientras el suelo se alzaba hacia él. Comprendió que, ya fuese por suerte o por adivinación, Warren había escogido el momento exacto hasta la décima de segundo.

El choque la aturdió, pero no llegó a perder el conocimiento del todo. Warren, sí. Vio como se precipitaba hacia la ventana y lo sujetó por un tobillo. No consiguió detenerlo, pero chocó contra la portilla de cuarzo con menos fuerza. Virginia oyó rechinar el metal sobre la roca, hasta que el chirrido se hizo tan insoportable que ultrapasó lo que su oído podía captar, y dejó de oírlo.

Entonces, poco a poco, comprendió que la nave estaba en el suelo, probablemente tan segura como podía esperarse. Miró al exterior pero sólo vio una niebla gris y un terreno oscuro. Había estado en Venus en otra ocasión, pero nunca salió al exterior, fuera de las ciudades cubiertas de cúpulas. Y, sin embargo, sabía que era de día, a pesar de que no había más luz que la que reina en la Tierra una noche de luna con niebla. La visibilidad no era superior a los cuarenta metros, que era la máxima que se podía conseguir en Venus.

Warren empezaba a moverse. Volvió en sí, como ella esperaba que lo haría, tranquilamente, sin hacer nada antes de haber mirado a su alrededor.

—Usted evitó que me estrellase contra la ventana —dijo—. Algún día le devolveré este favor.

—Ya lo ha hecho. Nos ha hecho aterrizar felizmente.

Él se levantó tambaleándose.

—Vamos en busca de los otros —dijo.

Por acuerdo tácito fueron primero en busca del capitán. Pero éste, el segundo oficial y los demás miembros de la tripulación que no hubiesen muerto ya antes del aterrizaje forzoso, estaban aplastados en lo que había sido la sala de motores, convertido ahora en un envoltorio liso de acero, totalmente aplanado. No podían hacer nada por ellos, lo cual casi era preferible. Bajaron a la bodega y abrieron la puerta.

Dadas las circunstancias, el aterrizaje podía haber sido mucho peor. De las quince

personas que contenía la bodega, siete aún vivían, a pesar de que dos de ellas jamás recuperarían el conocimiento. En realidad, todos hubieran estado más seguros en la proa con Warren y Virginia, pero nadie podía haberlo supuesto.

Warren pasó a ocuparse de ellos, haciendo caso omiso de sus gemidos y gritos de espanto. Tampoco prestó la menor atención a los muertos. Poco importaba ya que éstos estuviesen incólumes o hechos papilla. Eran los vivos quienes importaban. Waters, el actor, sangraba por la boca y los oídos de una manera que indicaba que aún vivía. Su mujer respiraba, lo cual era espantoso, porque sin duda se había fracturado la base del cráneo.

Los cinco restantes estaban ilesos o sólo habían recibido ligeros rasguños y contusiones. Afortunadamente el doctor Williamson estaba entre los ilesos y dispuesto a actuar. De pie a su lado, al parecer únicamente aturdido, se hallaba el viejo Martin, que a pesar de sus noventa años había soportado el choque como los mejores. En el suelo se agitaban otros tres pasajeros y Smith, con una muñeca fracturada, parecía ser el más malherido, aunque las que gritaban y lloriqueaban más eran las mujeres.

Apenas podía culparse por ello a *Mrs. Martin*, porque ella, como casi todos los que ocupaban la bodega, había perdido la mayoría de sus ropas a consecuencia de la onda de choque que barrió la sala, y probablemente chillaba más que por otra cosa, por el hecho de encontrarse medio desnuda en público a sus setenta y cinco años de edad. Pero la artista de variedades, cuyo nombre Warren desconocía, gritaba únicamente porque esto era lo que solía hacer siempre que ocurría algo. Warren había conocido a otras chicas como aquella en ocasiones anteriores, y no se dejaba impresionar por ellas.

Ante las pruebas de que una onda de choque había recorrido la bodega, Warren se apresuró a mirar a su alrededor, olfateando el aire. Pero la nave era completamente estanca. No se oía el silbido que produce el aire al escaparse, y la presión era alta... demasiado elevada, en realidad. Quizá se abrió una grieta en el casco, obturada inmediatamente debido al propio peso e impulso de la nave. Las paredes interiores y mamparos presentaban grietas y hendiduras, pero los mamparos no eran tan fuertes como el casco resistente.

—¿Se encuentra bien, doctor? —preguntó al galeno—. En ese caso, encárguese usted de atender a los heridos.

—No creo que haya mucho que hacer —dijo Williamson haciendo una mueca—. Al menos en mi opinión.

—Vamos, no se haga el modesto —le dijo Warren. El doctor le miró sin comprender, y Virginia dirigió una mirada de reprobación a Warren. Había vuelto a perder puntos ante ella, se dijo este último.

La artista de variedades se agarró a sus solapas y empezó a chillar:

—¡Sáqueme de aquí! ¡Quiero salir!

—¿Ahí fuera? —le preguntó él fríamente—. Moriría usted en ocho horas. Pero

mucho antes de eso los grises le habrían echado el guante.

Sin escucharle, ella siguió gritando:

—¡Sáqueme de aquí!

Su vestido tenía un atrevidísimo y espectacular escote que parecía abierto por la onda de choque, pero era natural. Ni siquiera se había despeinado. Estaba completamente ilesa y era muy bonita, lo cual era una verdadera lástima, se dijo Warren, tratándose de aquella cabeza de chorlito. Personas que valían muchísimo más que ella habían perecido en el accidente.

Virginia la apartó de él con suavidad.

—Antes dijo usted algo acerca de los Montes Normandos. ¿Sabe usted en qué lugar del planeta hemos caído?

—Se trata de una simple conjetura —admitió él—, pero creo que sí. Si mis presunciones son exactas, creo poder decírselo con toda seguridad.

—¿Cómo es eso?

—Estamos tendidos sobre una ladera desnuda, formada de tierra blanda. Pero antes la nave chocó contra la roca, y si caímos verticalmente, poco faltó para que aterrizásemos en el bosque. Eso quiere decir que estamos en una estrecha faja de terreno situada de treinta a cincuenta kilómetros de la Ciudad Cuarta... Cicuarta para abreviar.

—¿Y qué probabilidades tenemos de salvarnos?

El miró a los demás pasajeros, que a la sazón guardaban silencio y le escuchaban atentamente, pendientes de sus palabras, incluso la artista de variedades y *Mrs. Martin*, el marido de la cual la había envuelto en su chaqueta. De nada servía ocultárselo. Era mejor decirles la verdad de una vez.

—Tenemos mayores probabilidades de salvación ahora que cuando caíamos —dijo midiendo sus palabras—. Pero haría falta una regla de cálculo y muchas cifras para demostrarlo.

Reinó un momentáneo silencio mientras ellos trataban de comprender el significado de esta frase. Entonces la artista de variedades se abalanzó sobre él, chillando y arañándole la cara, como si le hiciese responsable del aprieto en que se hallaban.

Virginia sujetó el brazo de Warren cuando éste apartaba de sí a la artista, sin demasiada suavidad, y se lo llevó a un lado.

—Vamos arriba para pasar revista a la situación —le dijo—. Warren sonrió. Era probable que la opinión que la joven se había formado de él fuese cada vez más pobre, y probablemente aún lo sería más antes de mucho tiempo, pero después de todo él era el único con quien ella podía hablar en serio. La salvación de todos dependía únicamente de ellos dos.

Ella le precedió a la sala de observación.

—No es posible que la situación esté tan mal como usted ha dicho.

—¿Por qué no?

—Estoy segura de que nos habrán visto caer. Probablemente se organizará una búsqueda. O en el peor de los casos, alguno de nosotros podrá llegarse hasta la ciudad, si ésta sólo está a treinta kilómetros.

—No me gusta ser deliberadamente pesimista —dijo Warren—. Yo también quiero vivir. Pero examinemos la cuestión desde el comienzo. El capitán corroboraría mis palabras si estuviese aquí. En primer lugar, no pueden habernos visto desde *Cicuatro*. No descendimos sobre esa ciudad: nos dirigíamos más o menos en su dirección. Y si no pueden ver a un meteoro llameante a ocho kilómetros, ¿cómo quiere usted que nos vean a treinta? El radar no sirve para nada en este caldo, que lo inutiliza como si fuese agua. Y los sismógrafos tampoco son de ninguna utilidad, porque hay tantos terremotos en Venus, que las ondas de choque producidas por nuestro impacto sobre la superficie no llamarán la atención de nadie.

»En segundo lugar, nuestro punto de destino era Nueva París, en el hemisferio opuesto de Venus, y cuando dentro de veinticuatro horas se inicie una búsqueda, se concentrará de momento en esa región. Poco más o menos, tendrán que transcurrir seis meses antes de que descubran nuestra astronave. Piense usted que tienen que explorar el terreno palmo a palmo. Para vernos, un helicóptero tiene que estar a tiro de piedra de nosotros.

La joven le miró fijamente.

—Pero cuando hay un aterrizaje forzoso, se consigue recoger a los viajeros antes de que el peligro aumente... aunque la nave esté destrozada y ellos tengan que respirar esa atmósfera venenosa. Yo siempre supuse que lo único verdaderamente peligroso era el aterrizaje.

—Por lo general, así es —dijo Warren cariñosamente—. Pero tampoco suele suceder que la radio se estropee primero... antes que la astronave. La nuestra se averió antes. Así es que nadie sabe donde estamos.

—Comprendo... pero no podemos esperar seis meses. Dentro de una semana estaremos todos muertos. Estas naves no suelen llevar muchas vituallas.

Él asintió.

—Poco más o menos, así es.

Ella se encogió de hombros.

—Pues entonces no nos toca otro remedio que ponernos en camino hacia Cicuarta.

—No cuente usted conmigo para eso. Si tengo que morir, prefiero morir aquí.

Virginia le miró, sorprendida.

—La verdad, no le entiendo. ¿Es usted un héroe o no es usted un héroe? Ha hecho cosas mucho más arriesgadas que este simple paseo hasta Cicuarta. Le han condecorado por ellas.

Él sonrió tristemente.

—Es usted la que no me entiende. Ya le dije que yo no soy un héroe. Antes de la guerra era un Don Nadie. Probé varias profesiones y fracasé en todas ellas. Intenté

cometer dos o tres crímenes, y también fracasé. Cuando estalló la guerra me dije que aquella era mi última oportunidad. En la paz sólo podía esperar morir de hambre o dar con mis huesos en la cárcel. Entonces se me ocurrió la idea de hacer pagar caros mis servicios. Así fue como me convertí en un héroe profesional. La vida me importaba un rábano. Pero estaba seguro de que si no moría en la guerra, al término de ella no me faltarían los buenos empleos. Los hombres no suelen ser agradecidos por mucho tiempo, ya que son muy olvidadizos, pero una colección de todas las medallas que se pueden conceder a un hombre no dejaría de ser una recomendación después de la guerra, me decía. Y estaba en lo cierto. Pude elegir el empleo que más me gustaba. Ingresé al servicio de una empresa importante y las cosas no me han ido mal.

»Reconozco que durante la guerra fui un héroe, pero si entonces arriesgué mi pellejo, fue para comprarme una vida digna. La compré y pagué por ella un elevado precio. Pero esa clase de juegos sólo se pueden hacer una vez. No estoy dispuesto a arriesgar todo lo que he conseguido tratando de llegar ahora hasta Cicuarta. De acuerdo, conozco a los grises, conseguí engañarles una vez. Pero eso fue entonces. Ahora prefiero quedarme aquí esperando la remota probabilidad de que me rescaten, antes que ponerme de nuevo en sus manos.

Ella le miró fijamente durante largo rato. Luego movió la cabeza y murmuró:

—Quizá me equivoque al afirmarlo, pero aseguraría que usted antes no era así. Ha perdido usted su energía; se ha vuelto blando y acomodaticio.

—Reconozco que sí. Arriesgué mi vida tantas veces precisamente para eso: para poder descansar algún tiempo.

—Bien, si no va usted, iré yo.

Él se encogió de hombros.

—Como guste.

Ella hizo un gesto de asco.

—Sabe Dios que yo nunca hubiera imaginado tener que apelar a la caballerosidad de un hombre: Nunca me he lamentado ni me he disculpado por ser mujer. Pero...

—Poco importa. Las grises no distinguirán entre usted y yo.

—Creía que la guerra había terminado.

—Y ha terminado. Pero ahí fuera no encontrará usted a los grises civilizados. Los grises que se apoderarán de usted no han firmado tratado alguno. No atacan las ciudades, pero se apoderan del imprudente que se atreve a salir solo al exterior.

Ella se volvió al armario que contenía los trajes del espacio.

—Me voy. No perdamos tiempo hablando.

Warren contempló como ella sacaba el envoltorio de plástico y trataba de ponérselo. Saltaba a la vista que no estaba acostumbrada a su manejo. Él se acercó a Virginia y le puso la mano en el brazo.

—No puedo permitir que se vaya sin decirle con toda exactitud por qué no debe hacerlo.

Ella se desasíó y continuó debatiéndose para ponerse el traje.

—En primer lugar debo decirle, aunque sólo se trata de un detalle —prosiguió Warren—, que debajo de esos trajes no suele llevarse ropa alguna. Sudaría usted a mares antes de haber recorrido un centenar de metros. Nosotros no solíamos llevar nada debajo del traje, pero si eso a usted no le gusta, póngase únicamente algo ligero y elástico.

Ella empezó a quitarse el traje, que se había puesto a medias.

—No tendrá la menor dificultad en encontrar la ciudad —dijo Warren—. Está en lo alto del monte, lo cual quiere decir que usted debe limitarse a ascender constantemente. Si tiene que dar un rodeo, vuelva a ascender así que pueda. Siempre cuesta arriba.

Hizo una pausa.

—Aún tendrá menos dificultad en descubrir a los grises.

Ella esperó a que prosiguiese, detestándole en su fuero interno, pero obligada a escucharle, por el conocimiento que Warren tenía de Venus.

—Los venusianos no poseen el sentido del olfato —prosiguió Blackwell—. Pero sustituyen al olfato en la caza por una especie de sexto sentido, que localiza el pensamiento ajeno.

Al ver su sorpresa, él sonrió.

—Pueden localizar cualquier ser pensante. Pero alto: no son telépatas. No leen los pensamientos ajenos, del mismo modo como los perros, cuando oyen voces, no entienden lo que se dice. Saben únicamente que en tal y tal dirección alguien piensa, y por la clase de pensamientos identifican al ser que lo produce. No importa lo que piense usted: de todos modos caerá en sus manos.

Sonrió de nuevo, con una expresión que a Virginia le pareció cruel.

—Cuando la descubran, no la matarán en seguida. La seguirán y de vez en cuando permitirán que usted vea por unos momentos a uno de ellos, para desmoralizarla y crear en usted un pánico cerval. Pero la dejarán sana y salva hasta las mismas puertas de Cicuarta. ¿No ha visto a un gato jugando con un ratón? Pues eso es lo que harán los grises con usted. En el último momento, cuando usted ya se crea a salvo, la arrastrarán al interior de la selva y la torturarán hasta la muerte. Antes, es posible que la dejen escapar dos o tres veces, hasta que se cansen de este juego.

Ella se apartó de Warren enojada, segura de haberse enterado ya de todo lo que podría serle útil. Salió de la sala para dirigirse a su camarote y cambiarse de ropa. Pero él la siguió silenciosamente como un felino.

—Escúcheme bien lo que sucederá entonces —le dijo—, porque es de la mayor importancia.

Ella trató de adelantarse, pero Warren le cerró el paso con un brazo alzado, apoyando el otro en la pared y aprisionándola entre ambos.

—No la matarán inmediatamente. La mutilarán con sus cuchillos produciéndole tales heridas, que usted morirá irremediabilmente de ellas y ni los mejores médicos

de la Tierra, Venus y Marte reunidos podrán salvarla. Usted seguirá viva y agonizante durante un tiempo. En ese estado la llevarán a la ciudad más próxima... Cicuarta, en este caso. Y allí la dejarán. Les causa gran sorpresa y regocijo que nosotros, los humanos, no matemos a nuestros semejantes, ni siquiera cuando éstos quieren morir. Por último, morirá usted en la cama de un hospital, atiborrada de drogas calmantes, que de todos modos no bastarán para evitarle atroces sufrimientos.

Entonces la soltó, viendo que ella le escuchaba de nuevo, horrorizada y fascinada a la vez.

—Pero eso no importa —añadió con despreocupación—. Lo que importa es que usted podrá comunicar nuestra situación a los de la ciudad. Todos le estaremos agradecidos por eso. Quizá le erijamos un monumento. Usted morirá, pero con su muerte nos salvará a todos.

Volviéndose, la dejó. Virginia vio cómo se alejaba horrorizada, y el horror que sentía al pensar en los grises era casi comparable al que él le inspiraba.

Warren estaba esperándola en la esclusa neumática. Al verla, le dirigió una sonrisa. Ella casi sentía náuseas. Y lo peor de todo era que Warren debía de tener razón. Ella tenía que intentarlo, pues si no lo hacía ella, nadie lo intentaría. Y Warren también lo sabía. Y dejaba que lo hiciese. Y se salvaría. Ella comunicaría la situación de la astronave cuando llegase a Cicuarta. No se trataba únicamente de él. Tenía que salvar a los otros supervivientes.

Warren pasó revista a su equipo e hizo un gesto de aprobación.

—Perfectamente. ¿Sabe usted manejar una pistola?

Ella asintió involuntariamente.

—Llévese otra además de ésta. No le darán tiempo a cargarla de nuevo.

Le tendió otra pistola, que ella se metió en el cinto. Virginia se había puesto un pijama que le cubría todo el cuerpo pero que era tan fino, que con él sólo, temblaba a la temperatura normal que reinaba en la nave. Sobre el pijama, el traje de plástico la cubría de pies a cabeza sin apretarla demasiado, sujeto firmemente por el cinto, del que pendían sus armas.

A regañadientes, ella le dirigió la palabra:

—¿No hay manera de ocultar los propios pensamientos a los grises?

—Sí, únicamente pensando como un gris. Existen en todo el universo media docena de personas capaces de hacerlo... y aún no por mucho tiempo.

Ella dominó su imperioso deseo de pedirle que fuese en su lugar. Creía a pies juntillas todo cuanto Warren le había contado... estaba dispuesta a morir.

Pero sabía también que, si seguía en la nave, igualmente moriría, porque nadie iría en su lugar.

—Buena suerte —le deseó Warren.

En un gesto de ciega ira, ella le asestó un golpe. Pero él lo esquivó y la ayudó a meterse en la esclusa.

Cuando Virginia salió al exterior, una cálida vaharada vino a su encuentro, como

si se hubiese abierto la puerta de un horno. El casco de la astronave estaba aislado contra el frío y el calor. Por lo general defendía a sus tripulantes contra el frío del espacio interplanetario, pero en Venus los defendía de un calor húmedo y pegajoso. El traje de Virginia debía proporcionar un relativo aislamiento, pero antes de haber perdido de vista a la nave ya estaba bañada en sudor de pies a cabeza.

Dirigió una última mirada a la nave mientras ascendía por la ladera. Sólo había recorrido cincuenta metros. Aún podía dar media vuelta y regresar. Empezaba a darse cuenta de algo que era una consecuencia natural de todo cuanto había dicho Warren. Podría llegar hasta Cicuarta... pero no podría encontrar de nuevo la nave cuando la hubiese perdido de vista. Yendo cuesta abajo después de perder toda orientación, podía desembocar en cualquier punto del perímetro... y no tardaría en estar completamente desorientada.

Trató de pensar con calma en Warren. Desde el primer momento éste debió de creer que ella iría a Cicuarta si él se negaba a hacerlo, pues sabía que ella no era capaz de estarse esperando la muerte sentada.

Y las salvajes e inhumanas costumbres de los grises no permitían que fuese más que uno. Odió a Warren con toda su alma. Y lo peor de todo era el convencimiento que tenía de que Warren era capaz de llegar sano y salvo a la ciudad. Seguía creyendo en sus dotes. Estaba segura que, de haberse visto obligado a hacerlo, hubiera llegado incólume a Cicuarta.

Pero no era necesario que se arriesgase. Alguien se arriesgaría por él. Una mujer; pero eso no le importaba a un hombre que había perdido todo orgullo y dignidad.

Anduvo durante lo que le parecieron horas, hasta que estuvo tan empapada como si acabase de salir de un baño de vapor. Según su reloj, hacía sesenta y tres minutos que había abandonado la astronave. Había andado muy de prisa. Supuso que había recorrido más de tres kilómetros. Siempre había sido una buena andarina, y aquella gravedad, menor que la terrestre, hacía la marcha más fácil.

Penetró en la selva, que se iniciaba de nuevo en la ladera. Los árboles venusianos eran semejantes en su aspecto a los de la Tierra, pues consistían principalmente en un grueso tronco, pero ahí terminaba todo el parecido. Se podía introducir un brazo en ellos, y el árbol se cerraba alrededor del brazo. Pero no eran peligrosos. Un hombre fuerte incluso podía atravesarlos de parte a parte, y salir por el lado opuesto, como el fantasma del Comendador.

A pesar del temor que la atenazaba, Virginia empezó a concebir la leve esperanza de no encontrarse con los grises. Su marcha adoptó un ritmo seguido y se puso a andar como un autómata. Era una joven robusta y resistente, capaz de recorrer treinta kilómetros sin cansancio apreciable. Lo que resultaba más molesto era aquella cuesta continuada. Pero incluso eso se acostumbró.

Había recorrido aproximadamente dieciséis kilómetros, según sus cálculos, cuando frente a ella, en mitad del camino que seguía, surgió un gris. La estaba mirando sólo a veinte metros de distancia. Virginia sacó rápidamente la pistola y

disparó, pero no le sorprendió ver desvanecerse al gris entre la niebla y desaparecer ileso.

De modo que el acoso ya había empezado. Según Warren, tendría muchas sorpresas como ésta. Los grises eran humanoides; parecían hombres a medio acabar. No tenían cabello, pero poseían brazos, piernas, pies, un tronco y una cabeza. Todo en ellos era redondeado... hombros, manos, pies. Eran de un color gris uniforme, y en el propio planeta resultaban invisibles a una distancia superior a veinte metros. A esa distancia aún podía vérselos, pero les bastaba volverse o dar un paso atrás para esfumarse por completo.

Ella empezó a trazar su plan. Sabiendo lo que Warren le había referido, quizá podría burlarlos. Por lo visto, no correría peligro hasta que se encontrase a las puertas de Cicuarta. Tendría que ahorrar sus fuerzas para ese momento. Los grises eran ligeramente superiores en la carrera que los seres humanos, pero no mucho. Y Virginia había hecho los cien metros lisos en menos de doce segundos. Los grises civilizados tenían armas igualmente civilizadas, pero éstos probablemente estaban desarmados, con excepción de sus cuchillos. Si ella podía calcular bien el momento de iniciar la última carrera hacia la ciudad, quizá conseguiría salvarse.

Empezó a dar algunos traspies y aminoró la marcha, sabiendo que la observaban. Quizá conseguiría engañarles y hacer que pospusiesen el ataque final para cuando ya fuese demasiado tarde. Más valía que se tomase un descanso. Lo que de veras importaban eran los últimos mil quinientos metros.

Se tambaleó y cayó al suelo. Luego se levantó lentamente, en estudiados movimientos de fatiga. Pero casi echó a correr voluntariamente, cuando vio a cuatro grises observándola tranquilamente desde diez metros de distancia.

Disparó con rapidez y abatió a uno de ellos. Los tres restantes no parecieron preocuparse mucho. Pero desaparecieron, al menos de su campo visual.

Entonces Virginia corrió un poco, presa de un miedo que era muy poco fingido. Pero recuperando el dominio de sí misma, siguió avanzando fatigosamente con paso muy poco superior al normal.

Empezaba a concebir nuevas esperanzas. Le faltaban apenas veinte kilómetros y estaba todavía fresca. Los grises, por su parte, debían de creer que casi no se tenía en pie. Pero tenían que dejarla llegar hasta la vista de Cicuarta, o de lo contrario su diabólica tortura no sería completa. Y si la dejaban llegar hasta esa distancia de la ciudad, no podrían impedirle que echase a correr como un rayo hacia las puertas y desde allí los mantuviese a raya, hasta que llegasen los hombres de la ciudad, atraídos por sus disparos.

Pensó si no sería mejor disparar antes, para dar la alarma. Pero esto precipitaría con toda seguridad el ataque de los grises, y ella quería engañarles y hacer que lo aplazasen hasta el último instante.

De pronto algo chocó contra sus piernas, haciéndola caer de bruces. No estaba herida, pero al incorporarse fingió que cojeaba. Le seguían el juego. Se dijo que

Warren había hecho lo mismo que ella. Y consiguió escapar dos veces de las garras de los grises. Posiblemente, entonces él no sabía tanto como ella en este momento.

La dejaron en paz durante bastante rato. Llevaba tanto tiempo sin ver el menor rastro de sus perseguidores, que Virginia casi empezó a suponer que se habían cansado y habían renunciado a su acoso. Pero siguió avanzando despacio. Quizá se trataba de una treta para comprobar si estaba realmente fatigada.

Cuando menos lo esperaba, la derribaron saltando sobre ella por la espalda y notó el contacto de una piel cálida y viscosa. El terror se apoderó de ella y se dijo que su última hora había llegado. Pero sus atacantes se limitaron a zarandearla sin demasiada rudeza, jugaron con ella y le echaron la zancadilla cada vez que se levantaba. Eran por lo menos una docena. Virginia no se atrevió a disparar contra ellos. Sus pistolas estaban seguras mientras siguiesen en el cinto, pero si las sacaba podían arrebatárselas de la mano.

Finalmente los grises se marcharon. Le habían rasgado el traje, pero sólo los pantalones. Esto la sorprendió, pero inmediatamente comprendió la causa. Sin oxígeno, moriría en ocho horas, y a las seis horas ya no tendría salvación posible. Ellos lo sabían, y deseaban tenerla viva por más tiempo.

Se arrancó los restos del traje por debajo de la cintura. Así tenía las piernas más libres. Los delgados pantalones del pijama estaban tan pegados a su piel, que casi parecían formar parte de ella. Se preguntó qué harían los grises si ella tirase el resto del traje. ¿Volverían a ponérselo a la fuerza?

Sabía que había recorrido más de treinta kilómetros, y deseó que Warren hubiese calculado con exceso la distancia. El había dicho que la ciudad estaba entre treinta y cincuenta kilómetros, y ella no había podido evitar el pensar que debía de ser la distancia más corta de las dos. O así lo había deseado que fuese. Pero todavía no se veía la menor traza de Cicuarta.

Dos hubieran tenido mayores probabilidades de éxito que uno, se dijo con enojo. Hubieran podido observar a su alrededor, haciendo que los grises se mantuviesen más a la defensiva. Al ir ella sola, nada impedía a los grises seguirla en apretado grupo a pocos metros de distancia. Resistió la tentación de volverse antes de estar dispuesta a disparar rápidamente contra lo primero que viese.

Cuando se volvió deseó no haberlo hecho. Al menos una docena de oscuras siluetas se esfumaron rápidamente por entre la niebla. Supo entonces que la seguirían de esta manera hasta el final, y que le bastaría con volver la cabeza para verlos. Había para volverse loca.

Los grises sólo podían ver hasta treinta o cuarenta metros... menos que ella. Si la niebla se alzase un poco, Virginia sabía que podría verlos mucho antes de que ellos la viesen. Pero la niebla no se alzaba. No podía alzarse, porque era la propia atmósfera del planeta. Era muy rica en oxígeno, pero también contenía otros gases deletéreos.

De pronto distinguió un débil resplandor frente a ella. Se esforzó por mantenerse fría y serena. Las brillantes luces de la ciudad cubierta por una inmensa cúpula, se

debían distinguir desde muy lejos, incluso a través de la niebla. Tal vez estuviesen a kilómetro y medio de distancia, pero probablemente no estaban a más de un kilómetro. Este era el momento más peligroso, según le había advertido Warren. El momento en que ella empezaría a creer que se hallaba a salvo. Se obligó a seguir caminando penosamente. Abrigaba la débil esperanza de que, como los grises probablemente aún no veían la ciudad, a pesar de que conocían su existencia y situación, quizás la dejarían tranquila durante algunos momentos más.

Siguió avanzando tambaleándose, repitiéndose constantemente: «¡Todavía no! ¡Todavía no!», mientras su cuerpo se rebelaba y trataba de echar a correr hacia la ciudad.

Entonces vio como los grises se abalanzaban sobre ella. Instantáneamente emprendió veloz carrera, disparando hacia atrás al propio tiempo, sin preocuparse de apuntar. Pero comprendió, con suma contrariedad, que la niebla amortiguaba tanto el sonido como la luz, y aún estaba demasiado lejos de Cicuarta para que oyesen desde allí sus disparos.

¡Pero conservaba la delantera! El júbilo la trastornó y, sin dejar de correr, tiró su pistola vacía e inútil, pues incluso su peso la frenaba. Mientras corría hacia la luz, se dijo que había triunfado. Los grises se habían equivocado al juzgarla débil, y se habían tragado el anzuelo que ella les ofreció durante horas.

De repente oyó un grito a sus espaldas. Un grito de mujer. Fue algo tan inesperado, que de momento aminoró su carrera, para reemprenderla al instante. Aquel grito podía ser una estratagema de los grises.

Lo escuchó de nuevo, y también algunas palabras. No eran los grises los que gritaban. A sus espaldas, una mujer se debatía mientras la arrastraban. Virginia detuvo de nuevo su marcha, involuntariamente. Pero entonces, furiosa consigo misma, redobló sus esfuerzos y siguió corriendo. Debía de ser Yvonne Yonge la que gritaba. Del modo que fuese, la menuda artista de variedades había salido en su seguimiento. Peor para ella. El deber de Virginia, el deber que tenía consigo misma y para sus compañeros, incluso para la propia Yvonne, era llegar a Cicuarta. Virginia corría como una exhalación, superando aún la velocidad inicial de su carrera.

Pero los grises le pisaban ya los talones. Nunca supo si hubiera conseguido escapar si el grito de Yvonne no la hubiese distraído, o si los grises la hubieran alcanzado de todos modos. Sea como fuese, había caído en sus manos.

Luchó como nunca se hubiera imaginado que fuese capaz de luchar. Como nunca hubiera supuesto que nadie pudiese luchar. Si sólo hubiesen sido diez, incluso veinte, quizás se hubiera liberado de ellos hasta conseguir llegar a Cicuarta. Pero caían sobre ella a docenas, tal vez a centenares. Cuando se desasía de un grupo, caía en manos de otro.

Por último dejó de luchar, convencida de que ya no tenía fuerzas para ello. Pero cuando se la llevaron a rastras, separándola de las luces de Cicuarta, descubrió en ella una reserva de fuerzas cuya existencia ignoraba. Pero todo fue inútil.

No vio a Yvonne, si es que se trataba de ésta. La arrastraron durante lo que le parecieron varios kilómetros. Los grises, a pesar de todo, se mostraban amables con ella. La despojaron de todo cuanto llevaba sin causarle un rasguño. Por último la sentaron al pie de un árbol, atándola sin apretar demasiado las cuerdas, para que permaneciese en una postura cómoda y natural. Por último le ataron unas lianas al cuello.

Por un momento Virginia deseó y temió a medias que la estrangulasen. Pero se limitaron a pasarle la cuerda por el cuello, para que ésta apretase su traje de plástico firmemente. Luego cortaron el traje cuidadosamente por debajo de la cuerda, pegaron el borde del plástico a su piel con una tira adhesiva, y entonces le quitaron la cuerda, y las demás ataduras.

Era evidente que ellos querían que Virginia siguiese respirando a través del filtro de su casco, pero querían tener fácil acceso al resto de su persona. Se inclinaron sobre ella y Virginia se contrajo, suponiendo que iban a desnudarla, pero se limitaron a atarle las manos y tobillos y a cachearla, para asegurarse de que no llevaba armas ocultas.

Entonces la dejaron en paz. Al instante siguiente, todos los grises habían desaparecido de su vista.

Virginia se hallaba tan desvalida, que ni siquiera podía infligirse daño a sí misma. Podía tumbarse de costado y frotar el casco de plástico con el suelo, en un esfuerzo por romperlo y permitir que el aire envenenado penetrase en sus pulmones... pero esto requeriría horas enteras, y no quería que la dejaran sola durante tanto tiempo.

—No diga que no la advertí —dijo la voz de Warren.

Virginia volvió la cabeza todo cuanto pudo, pero no le vio.

Entonces, de la manera más fantasmagórica, la cabeza de Warren brotó del árbol que tenía a su lado. ¡Estaba oculto en su interior!

—¡Warren Blackwell! —articuló— ¡Usted aquí!

—Nunca me ha tenido a más de cien metros de distancia desde que abandonó la astronave —dijo él—. Lo siento, Virginia, no podía hacerse de otro modo. Yo soy uno de los pocos capaces de pensar como un gris. Pero a pesar de ello, no conseguiría engañarles por mucho tiempo. Notarían los pensamientos humanos... a menos que hubiese otro ser humano por los alrededores, pensando como un ser humano.

Le sonrió alentadoramente.

—Le dije que no eran capaces de leer nuestros pensamientos. Esto no es exactamente así. Pueden leer nuestras emociones... como el temor. Y hubieran sabido que usted estaba segura de llegar a la ciudad. Entonces se hubieran preguntado con qué contaba usted... Y así es como me habrían descubierto.

—Pero...

—Confían en ese sentido suyo... del mismo modo como los perros confían más en el olfato que en la vista. No era probable que me vieses, y en efecto no me vieron. Y de no haber sido por la intromisión de esa estúpida actriz, ambos nos habiéramos

salvado. Yo tenía la intención de mantenerme algo por delante de usted. Entonces, cuando los grises decidiesen apoderarse de usted, yo la hubiera ayudado a abrirse paso entre ellos.

»Pero esa chica lo echó todo a perder. Dios sabe lo que se proponía hacer. Ordené a todos que se quedasen donde estaban, que nosotros pasaríamos. Quizás ella pensó que era muy fácil y quiso compartir la gloria con nosotros. Sea como fuere, no me enteré de su presencia hasta hace muy poco. Estaba detrás de nosotros. Y había tantos grises entre usted y ella, que tuve que ocultarme.

—Bueno, no perdamos tiempo —dijo Virginia—. Suélteme y...

—Es inútil. Nos atraparían de nuevo mucho antes de que llegásemos a Cicuarta... tanto si buscásemos a esa chica como si la dejásemos aquí. Y entonces se enterarían de mi existencia. No, sólo podemos hacer una cosa. Yo tendré que esperar hasta que el número de grises entre aquí y Cicuarta decrezca, y entonces trataré de pasar, para regresar con ayuda.

—¿Podrá pasar solo?

—Creo que sí. Mientras esté cerca de usted, estaré seguro. Cuando noten mi presencia ya será demasiado tarde. Pero escúcheme, Virginia: si notan que regresamos —es decir, los hombres de Cicuarta y yo— se las llevarán a rastras a usted y a la artista, y esto será el final de ambas. Tiene usted que mantenerlos aquí.

—¿Quién, yo? —Indicó sus ligaduras con un ademán de cabeza—. ¿Qué espera usted que pueda hacer yo?

—Eso es asunto suyo. —Tras una pausa, prosiguió con tono concentrado—: Pronto empezarán a torturarla. Eso les mantendrá ocupados. Estarán demasiado excitados para darse cuenta de nuestra llegada. No se las dé usted de humanitaria y generosa. Déjeles que empiecen por esa cabeza de chorlito. No trate de escapar. Podría ser que cuando la capturasen de nuevo, no volviesen a traerla aquí. —Sonrió nuevamente—. Creo que ha llegado el momento de irme. Le deseo buena suerte... otra vez.

Y se esfumó entre la niebla. Virginia miró por donde había desaparecido, aunque no podía ver nada. Si él se lo hubiese dicho... Pero comprendió que probablemente decía la verdad cuando afirmó que no se atrevía a hacerlo. Sabiendo que él estaba en las proximidades, ella hubiera estado segura de pasar fácilmente —aunque Virginia le había detestado, ni por un momento se le había ocurrido dudar de su competencia— y entonces los grises los hubieran capturado a ambos.

Oyó nuevamente ruido entre el silencio de la niebla. Traían a Yvonne... la cabeza de chorlito, como le había llamado Warren. La pobre chica gritaba, pataleaba y arañaba a sus raptos y los grises no la trataban con tanto miramiento como a Virginia. Es posible que el valor les inspirase cierto respeto, se dijo Virginia. Ella nunca había demostrado el miedo cervical que demostraba Yvonne. Quizá se debiese a esto la amabilidad con que la trataron.

Y quizás empezarían por Yvonne... No pudo evitar semejante pensamiento.

Todo aquello parecía un sueño... que aún no se había convertido en una pesadilla, porque los grises tenían un aspecto antes ridículo que peligroso. Había cientos de ellos. Llenaban el claro del bosque; aunque Yvonne sólo estaba a veinte metros de ella, lo mismo pudiera haber estado a un millón de kilómetros, pues le era totalmente invisible. Virginia fue puesta en pie por lo que le parecieron ser un centenar de cálidos y húmedos grises, y mientras éstos la llevaban, aún atada, al sitio donde ella había visto a Yvonne por última vez, todo aquello le pareció más una broma de mal gusto que otra cosa.

Hasta que de pronto dejó de ser una broma.

Habían rasgado el traje de Yvonne como hicieron con el suyo, dejándole únicamente el casco sujeto al cuello. Yvonne llevaba una blusa y pantalones cortos y parecía la heroína de una película de la selva. Cuando vio a Virginia, trató de levantarse para ir a su encuentro.

Pero los grises se lo impidieron clavándola al suelo mediante dos cuchillos que le atravesaron las palmas de las manos. El grito agudísimo que lanzó se clavó en la cabeza de Virginia como un alfiler.

Entre cuatro grises sujetaron a Virginia, obligándola a contemplar la escena. Ella cerró los ojos, pero cuando Yvonne chilló de nuevo tuvo que abrirlos.

Si los grises hubiesen gritado y bailado al son de los tambores, aquello hubiera sido menos horrible, pero lo único que se oía eran los gritos que arrancaban a la pobre Yvonne, y ésta no dejaba de gritar. Para no volverse loca, Virginia concentró desesperadamente sus pensamientos en Warren, tratando de imaginárselo mientras se dirigía a Cicuarta. Blackwell necesitaba tiempo. De pronto, tras un buen rato de estarse quieta y tranquila, en un rápido movimiento se desasíó de sus raptores y se abalanzó hacia Yvonne, la cual sólo estaba herida superficialmente, a pesar de todo, teniendo en cuenta lo que la esperaba.

—Warren ha ido a buscar ayuda —le susurró—. Aguanta un poco más hasta que él venga.

Cuando los grises se apoderaron nuevamente de Virginia, Yvonne gritó como una demente:

—¿Por qué la dejáis en paz? ¿Por qué sólo me torturáis a mí? Ya no puedo más. Ella lo soportará. Ella es fuerte. Dejadme, os lo ruego. Por Dios... ¡aahhhhh!

Gritó de nuevo cuando un gris se inclinó sobre ella empuñando un cuchillo. Esta vez tenía razón de gritar...

Transcurrió casi una hora antes de que Warren regresase. A Virginia le parecieron días y probablemente siglos a la pobre Yvonne. Cuando vio que le hacían penetrar en el calvero a viva fuerza entre una masa de grises que se debatían, Virginia le miró horrorizada. Ni por un momento había dudado que conseguiría pasar. La única cuestión había sido saber si llegaría a tiempo. El no la miró. En cambio, contempló impávido a Yvonne.

Los grises aún no habían tocado a Virginia, limitándose a sujetarla firmemente...

pero su hora debía de aproximarse. Si no querían que Yvonne muriese, poco más podían hacerle ya. De las heridas de la joven apenas manaba sangre. Los grises conocían una hierba que parecía cerrar la piel, aunque dejaba una fea mancha violeta. Yvonne era violeta de pies a cabeza. Por algún tiempo no tuvo ni fuerzas para gritar. Los grises empezaron a perder interés por ella, en vista de que las torturas ya no producían efectos apreciables sobre su cuerpo. Conservaba la lucidez, pero no parecía sentir las nuevas heridas.

Aquellos seres debían de poseer algún medio de comunicación invisible entre ellos. De pronto, como obedeciendo a una señal, se volvieron todos hacia Virginia y ésta sintió que se le hacía un nudo en el estómago, comprendiendo que su hora había sonado.

—Desde el primer momento que la vi —dijo Warren con curiosidad— me pregunté qué clase de figura tendría.

Pero al no ser humanos, los grises no la desnudaron. Se limitaron a tenderla en el suelo y a cortar sus ataduras, esperando que ella echaría a correr. Aquello formaba parte del espectáculo.

De pronto Warren rompió sus ligaduras. Mas en lugar de huir a escape del calvero, se abalanzó sobre Virginia.

—Siga mi juego —le dijo, jadeando—. No sabrán qué hacer y esperarán a ver qué pasa. Les divertirá vernos peleando.

—¿Así, consiguió llegar a la ciudad?

—Naturalmente. Le aseguré que iría, ¿no recuerda? Pero tenemos que entretenerlos con algo, para que no se den cuenta de la llegada de los hombres. ¡Vamos a pelearnos! Aún no hemos salido del bosque. Si les damos tiempo para pensar...

Su frase y su aliento quedaron cortados por un tremendo puñetazo de Virginia en mitad del estómago.

Entretanto, los grises miraban como luchaban por sus vidas. Pero la lucha era simulada, aunque no ponían el menor cuidado en no lastimarse. Si la lucha no conseguía enardecer por su ferocidad a los grises, el daño que éstos les infligirían serían mucho mayor. Nada les decía a los grises el hecho de que los combatientes fuesen un hombre y una mujer. Los grises eran homosexuales y nunca habían conseguido comprender lo que significaba la diferencia de sexos.

El casco de Virginia quedó hecho trizas a consecuencia de un golpe, y se preguntó si los grises interrumpirían entonces la lucha, al pensar que a partir de aquel momento ella respiraba un aire envenenado. Pero ellos hicieron caso omiso del incidente. Dentro de seis horas, estaría a salvo o muerta. Así es que se arrancó los restos de casco y los tiró lejos de sí, apartándose después el cabello que le tapaba los ojos.

Warren lanzaba exagerados gemidos de dolor, que no correspondían al daño real causado por los golpes de la joven. Una vez que él la golpeó como una fiera, a Virginia se le ocurrió pensar que Blackwell tal vez se pasaba de la raya; pero

inmediatamente se dijo que los grises debían de sentir el miedo lo mismo que el dolor, y que esto constituía la raíz de su sadismo inhumano. Después de esto, ella tampoco regateó sus golpes.

Hasta que Warren, que acababa de asentarle un tremendo puñetazo en las costillas, se volvió de pronto hacia el gris más próximo, al que derribó cuan largo era de un directo. El calvero no tardó en estar lleno de hombres vestidos con elásticos trajes de plástico. En lugar de pistolas utilizaban largos machetes. Aquello fue una verdadera matanza, porque los cuchillos de los grises no podían atravesar los trajes humanos, elásticos pero de una resistencia increíble.

Fue una verdadera matanza, a la que Virginia aportó una considerable ayuda, no regateando esfuerzos ni golpes. El húmedo suelo negro estaba empapado de sangre, pero de una sangre que no era roja. Los grises no huyeron. Enardecidos por la sed de sangre, fueron incapaces de pensar fría y serenamente. Se defendieron hasta el último hombre y fueron destrozados.

—Bien, ahora ya conoce usted a los grises —dijo Warren al terminar.

Poco después ambos se hallaban en una habitación, una habitación civilizada de la ciudad. El piso estaba cubierto de mullidas alfombras, y en la pieza había blandos divanes y sillones. Virginia se dejó caer en uno de ellos; llevaba aún su pijama negro. La chaqueta del mismo había quedado reducida a un simple collar, apenas quedaba nada de los pantalones, y Warren por último pudo satisfacer su curiosidad, con gran contento por su parte, pero a ella no parecía importarle en lo más mínimo su falta de atavío.

—El marido de Yvonne estaba en Cicuarta —murmuró Warren—. Vino con el grupo de rescate. Esa chica no deja de ser una loca, pero...

—Le comprendo. ¿Ha muerto?

—Todavía no. Le dije que gracias a ella nos habíamos salvado todos, lo cual es una mentira y de poco le sirve a ella y a su marido, pero quizás la consoló algo.

—En realidad, no es una mentira. Gracias a ella dispuso usted de una hora. —Virginia se estremeció—. Aunque si no hubiese sido por ella, de nada nos hubiera servido ese tiempo. ¿Por qué permitió usted que le apresaran?

—Para dar tiempo a los demás. Y tal vez para ver lo valiente que era usted, y la fuerza que tiene. —Se palpó las costillas delicadamente—. Pero ya estoy cansado de hacer el héroe. La próxima vez que suceda algo parecido, dejaré que otro corra el riesgo. Todo el riesgo, no una parte de él.

Dirigió una sonrisa a Virginia, mientras se balanceaba ligeramente.

—Apenas hace nueve horas que nos conocemos, que nos hemos hablado. Y durante todo ese tiempo, usted se ha dedicado principalmente a odiarme. ¿Cree que nos conocemos lo suficiente para pedirle que me dé un beso?

—Nada conseguiría hacerme levantar en estos momentos.

—¿Conque nada? ¿Quiere que nos peleemos otra vez?

Ella se levantó de un salto.

—Cualquier cosa menos eso —dijo.

IGNATZ EL GAFFE

Lester del Rey

Quizás no fuese más que una simple superstición, pero Ignatz estaba convencido de que él era el culpable de todo. Durante los tres últimos días, Jerry Lord no se había movido del mismo sillón, evocando sobre la pared, con los ojos de la imaginación, la visión de una pelirroja con un delicioso hoyuelo, y el pobre Ignatz no podía hacer nada por evitarlo.

Gruñó y gimoteó sintiéndose muy desdichado, clavó la cola en la alfombra y se impelió hacia adelante, resbalando sobre su placa ventral, hasta tocar con sus antenas el tobillo de su amo. Por centésima vez trató de articular palabras humanas, sin conseguirlo. Pero Jerry le comprendió y con su mano derecha rascó distraídamente el cuerno de su hocico.

—Ignatz —murmuró su amo—. ¿Ya te dije que Ana se embarca esta noche en el **Burgundy**, que partirá con dirección a Venus del Sur? —Chupó su pipa apagada, y luego la tiró a un lado con disgusto—. Pete Durnall la acompañará por las ciénagas de Hellonfire.

Aquello no era nada nuevo para Ignatz, que llevaba oyendo lo mismo durante los tres últimos días, pero lanzó un gruñido de simpatía con su voz de sirena para la niebla. En el infierno cenagoso que se extendía al norte de Hellas, cualquier *quídam* que conociese aquellos lodazales podía alcanzar proporciones de héroe a los ojos de un novato. Incluso los más veteranos hombres del espacio solían comportarse como unos novatos en Venus, y en cuando a Ana, hasta aquel momento no se había movido de la Tierra.

Ignatz conocía aquellas ciénagas mejor que nadie... Lo cual no era raro teniendo en cuenta que había vivido en ellas durante varios centenares de años, hasta que Jerry lo convirtió en su mascota. Los animales que poblaban las ciénagas eran inofensivos en su mayoría, pero Ana no sería de esta opinión cuando los viese por primera vez. Había chillado aterrorizada la primera vez que le vio a él... Incluso un sencillo *zloath*, o un caracol-lagarto venusiano, resultaba horrible a los ojos de un terrestre; y en cuanto a los restantes componentes de aquella fauna, aún eran de aspecto más repelente.

Pero el recuerdo de las ciénagas evocaba en Ignatz la idea del calor. Así es que, trepando por la estufa portátil, se hundió de cabeza en una olla de agua hirviendo; a los pocos minutos, cuando el calor se hubo esparcido por su cuerpo, se instaló cómodamente en el fondo, disponiéndose a dormir. Allí se las compusiera Jerry con sus problemas, ya que era incapaz de aprender la lengua de los *zloaths*. ¿De qué servía resolver problemas si no podía darle la solución de los mismos?

Se escuchó un gran estrépito y un coro de imprecaciones rasgó el aire. Mientras Ignatz terminaba de despabilarse, alguien aporreaba la puerta, entre una lluvia de

denuestos. Jerry la abrió de par en par, y el gerente del hotel entró como una tromba, con el semblante congestionado y echando espumarajos de cólera.

—¿Sabe lo que ha sido? —vociferó—. Se ha roto el cable del ascensor número dos... a pesar de que era nuevo y flamante. El ascensor se ha quedado parado entre dos pisos, y hemos tenido que hacerle un agujero con un soplete para sacar a los pasajeros. ¿Qué le parece?

—¿Y a mí que me explica? Yo no lo he hecho.

El tono de cansancio de la voz de Jerry era más que familiar a los oídos de Ignatz. Sabía lo que se avecinaba.

—No, usted no lo ha hecho, ya lo sabemos. Pero ha sucedido estando usted aquí. —El rostro congestionado del gerente se puso lívido, y su rollizo pecho jadeó convulsivamente. Acercando su puño a las narices de Jerry, lo blandió mientras gritaba con temblorosa voz de falsete: —¿Se imagina acaso que no sabía quién era? Me dio usted lástima, lo acepté cobrándole tan sólo el doble, y mire lo que pasa. Estoy hasta la coronilla de usted y ese bicho. Fuera, ¿me oye? Fuera inmediatamente.

Jerry se encogió de hombros.

—Muy bien.

Observó con distraído interés cómo Ignatz salía de la olla para dejarse caer a lo largo de la pierna del gerente. Lanzando un espantoso alarido, el pobre sujeto dio un salto y salió como una exhalación, para bajar las escaleras de dos en dos hasta el vestíbulo, donde empezó a frotarse sus quemaduras en sus manos gordezuelas.

—No debieras haber hecho eso, Ignatz —le amonestó benévolamente Jerry—. Probablemente se le formarán ampollas allí donde tú le has tocado. Pero ahora ya no tiene remedio, así es que enfríate y ayúdame a hacer el equipaje.

Después de poner una cacerola con agua fría en el fuego, empezó a sacar ropas y efectos de los armarios, Ignatz se metió en el agua y dejó que su temperatura descendiese hasta un límite prudente, mientras pensaba con tristeza en lo que acababa de suceder.

Aunque aquello no era nada nuevo; lo que sí era verdaderamente extraño era que hubiesen podido vivir en el hotel casi una semana sin que ocurriese nada. Y todo era por su culpa; él nunca hacía nada, pero con su presencia bastaba para que sucediesen toda suerte de desdichas y calamidades. Jerry Lord, pobrecillo, se equivocó de medio a medio al llevarse consigo un caracol-lagarto, pero después de haberlo hecho, la cosa ya no tenía remedio.

Jerry había sido el hombre más afortunado de toda la flota estelar, en su cargo de jefe de pruebas de los nuevos modelos de cohetes, hasta que su jefe opinó que necesitaba tomarse un descanso y en consecuencia lo envió a Venus. Un hombre normal hubiera muerto cuando la astronave estalló sobre las ciénagas, pero Jerry se presentó por su pie en Hellas, llevando doscientas onzas de oro bajo un brazo y a Ignatz bajo el otro.

Por supuesto, los venusianos ya se lo advirtieron. Durante generaciones habían sabido por triste experiencia propia que si un *zloath* traía mala suerte en las ciénagas, fuera de ellas se convertía en una verdadera calamidad para su amo. Los animales de la especie de Ignatz eran gafes de nacimiento. Ignatz también lo sabía, y como lo sabía trató de escaparse; pero cuando salieron de las ciénagas ya le había cobrado demasiado afecto a su amo para dejarlo.

A cualquier otro hombre, Ignatz le hubiera traído la suerte más negra, con calamidades secundarias para los demás por añadidura. Pero la buena suerte personal de Jerry se mantuvo; en lugar de convertirse en la víctima de innúmeras desgracias, estas cayeron sobre los que le rodeaban. Las astronaves de prueba estallaban en el aire una tras otra, mientras Jerry salía siempre indemne de aquellas catástrofes. Tras una serie de estos desastres, su jefe decidió darle a Jerry otra vacaciones, esta vez con carácter permanente.

Su reputación quedó muy mal parada a consecuencia de ello y se fueron cerrando ante él una serie de puertas, suave pero firmemente.

—Lo siento, señor Lord, pero este año no pensamos tomar personal nuevo.

No había que censurar a los que así hablaban, pues no era raro que al salir él de la oficina, sucediese alguna calamidad... a veces con proporciones de verdadera catástrofe. Hasta tal punto llegaron las cosas, que terminó por seguirles discretamente a él y a Ignatz una ambulancia, y generalmente cualquier viandante desprevenido terminaba necesitando sus servicios.

Fue por entonces cuando Jerry conoció a Ana Barclay, y lo inevitable sucedió. Ana era nada menos que la hija de su jefe, y una de las chicas más listas que jamás habían pisado los campos de adiestramiento del astropuerto de los Seis Mundos. Jerry la miró, dijo «Ah», e inmediatamente experimentó una fiebre elevadísima. Aún le quedaban algunos ahorrillos, y sabía bailar, a pesar de que la orquesta siempre desafinaba cuando él pisaba la pista. Cuando sólo hacía tres semanas que la conocía, ella ya estaba dispuesta a darle el sí; es decir, lo estaba hasta el momento en que su padre la hizo entrar en razón. Entonces ella se acordó que había perdido el anillo que, le regaló su madre, que le dolían las muelas, tenía sinusitis y le había salido un golondrino en el hombro izquierdo, y todo ello desde que conocía al pobre Jerry. Con la ayuda de su padre, que estimuló su imaginación, pensó en lo que sería la vida de casada; entonces ambos decidieron que la solución consistía en un viajecito a Venus en compañía de Peter Durnall, que era preferido del jefe. Jerry, que se fuera al cuerno.

—No quiere decir eso que fuesen supersticiosos; no lo eran más que cualquier astronauta normal y sus hijas; Ignatz lo comprendía perfectamente. Pero cuando empiezan a surgir demasiadas coincidencias, las cosas adquieren mal cariz. Ella se había ido, o se iba, y Jerry se iba también de la vida de ella y del hotel. Ignatz soltó unos cuantos tacos en el idioma de los lagartos y salió de la cacerola. Después de revolcarse sobre una toalla, ayudó a Jerry a hacer el equipaje... lo cual era muy sencillo, teniendo en cuenta que casi todo el guardarropa de Jerry estaba a buen

recaudo en casa de Ike, el prestamista.

—Nos iremos al muelle —decidió Jerry—. Estoy casi sin blanca, amigo, así es que dormiremos en un tinglado o bajo un cobertizo si podemos burlar al guardia. Mañana me pondré de nuevo en busca de trabajo.

Hacía meses que buscaba trabajo, el que fuese, pero la única profesión que conocía era la de manejar astronaves; y éstas ya tenían bastante mala suerte de natural para que a ella añadiesen la que les podía proporcionar Jerry. Ignatz se preguntó qué posibilidades habría de encontrar cubos de basura abiertos en el muelle, pero siguió a su amo sin rechistar.

Una tubería de vapor pasaba por detrás del cobertizo, y el grifo de atrás estaba bastante flojo. El vapor que salía era ardiente, y gracias a ello el sueño de Ignatz era profundo y beatífico, y la luz diurna surgió y desapareció sin que él se diese cuenta. De lo primero que se dio cuenta fue de que Jerry lo hacía caer de golpe en un charco de agua fría, para despertarlo. Al menos, aquel hombre olía como Jerry, aunque ni su cara ni sus ropas eran las de su amo.

Jerry sonrió a Ignatz mientras el agua siseaba y hervía. De la noche a la mañana le había salido barba, y sus cabellos lisos se habían convertido en una masa de bucles ensortijados. Una cicatriz le corría del ojo a la boca, haciéndole fruncir los labios en la grotesca caricatura de una sonrisa; y sus facciones eran toscas y morenas. En cuanto a sus ropas, eran simples harapos que ni un ropavejero hubiera querido.

—¿Qué te parece mi astuta idea, Ignatz? —le preguntó—. El viejo Ike me ha disfrazado así, a cambio de mi anillo y el reloj. —Tomando el *zloath*, lo metió en un zurrón—. No podemos dejar que te vean, así es que permanecerás oculto hasta que ocupe mi puesto.

Ignatz trompeteó con tono interrogador, y Jerry rió.

—Sí, ya tenemos trabajo... tengo que mantener engrasados los cojinetes de una astronave. ¿Recuerdas ese vagabundo que dormía aquí anoche? Pues bien, antes de darse a la bebida había sido un astronauta. Y sus documentos aún están en regla. Me los dio casi por nada, hice que Ike me maquillase, y hoy he ido a ofrecerme. Nuestra suerte ha vuelto a cambiar. ¡Salimos esta misma noche con rumbo a Venus!

Ignatz volvió a gruñir. Ya podía haberse imaginado adonde se dirigirían.

—Sí, chico. —Jerry volvía a mostrarse satisfecho, y nuevamente se creía un hombre afortunado—. No quiero oír más gruñidos, Ignatz. Este viaje tiene que ir bien.

El *zloath* se acomodó en el fondo del zurrón y se puso a roer un pedazo de cuero que había encontrado en el suelo. A partir de aquel momento podía ocurrir cualquier cosa, pero él no tenía ni la más remota idea de lo que esta cosa podía ser. El zurrón bailaba y se zarandeaba mientras su amo se escurrió junto a los guardias y salió al campo de cohetes, donde el fragor de los mismos le dijo a Ignatz que alguna nave

estaba calentando los motores y comprobando sus toberas de eyección. Pegó un ojo a un desgarrón del zurrón para atisbar lo que sucedía a su alrededor.

Era una vieja nave de carga, pero de gran tamaño y evidentemente muy bien cuidada. En aquel momento apartaban las grúas y cerraban las escotillas, lo cual quería decir que la carga ya había sido embarcada. Por el olor, supuso que la nave transportaba uvas, cacahuetes y chocolate, golosinas altamente apreciadas por los buscadores de esporas de Venus. En aquel planeta apenas se cultivaba nada que pudiese competir con los productos de la vieja madre Tierra, y aquellos aventureros errantes sólo podían transportar raciones de alimentos altamente concentrados.

Continuando su observación, Ignatz vio como un gran coche aljibe avanzaba por los carriles hacia la nave. Mediante una larga manga, el peróxido de hidrógeno que transportaba el aljibe llenó los depósitos del carguero. Este combustible es el que los convertidores atómicos quemarían; para hacerlos salir bajo la forma de nubes de gases por las toberas de eyección; las planchas de isótopos ya habían sido cargadas, al parecer. Los mecánicos corrían de una parte a otra, inspeccionando los largos tubos de inyección, y sobre el campo revoloteaba un enjambre de remolcadores movidos por hélice, listos para elevar la enorme astronave hasta el punto desde donde pudiese poner en marcha sus motores sin causar daño a nadie, y elevarse con ayuda de sus aletas.

Aquellas enormes naves mercantes eran distintas de las esbeltas astronaves de pasajeros; los triángulos ya estaban cuidadosamente equilibrados sobre sus reactores, pero la nave no podía elevarse bajo la fuerza de gravedad de un planeta a menos que los remolcadores le hiciesen alcanzar una velocidad que la permitiese sostenerse por sí sola gracias a sus cortas aletas.

Era evidente que Jerry llegaba en el último momento, porque ya estaban sacando la pasarela de la tripulación. Subió corriendo por ella, presentó su documentación y le ordenaron que se dirigiese a su litera. Cuando se disponía a obedecer, se oyeron órdenes desde abajo y volvieron a colocar la pasarela. Blane, el capitán de la nave, se asomó lanzando juramentos.

—¡Condenado viejo! ¿Por qué no puede tomar una nave de línea? Muy bien, le esperaremos veinte minutos. —Trepó por la escalerilla que conducía a la torreta y desde allí se le oyó lanzar imprecaciones y denuestos—. En este viaje todo ha ido de mal en peor. Empiezo a creer que tenemos a un gafe entre la tripulación.

Sin querer oír más, Jerry se dirigió a su litera, un pequeño nicho en la pared con un duro camastro, un jarro de agua y una percha para sus ropas. Comprobó cuidadosamente el casco de oxígeno, asintió con gesto de satisfacción y se tendió sobre la litera.

—Tú quédate donde estás, Ignatz —le ordenó— y estate quieto, puede haber una inspección. Ya te avisaré cuando me vaya en el segundo turno. Además, en este cuchitril no hay tuberías de vapor, así es que te da lo mismo estar donde estás.

La escotilla de arriba se cerró con un fuerte golpe metálico.

—Ya debe de haber llegado el que esperaban. ¿Quién será? Debe de ser alguien muy importante para obligar a Blane a esperarlo..., tal vez un amigote del jefe.

La placentera sonrisa que plegaba sus labios desapareció, al oír que alguien gritaba por la escalera de caracol:

—¡Eh, ahí abajo! Suban algunas herramientas, pronto. La escotilla de la tripulación se ha agarrotado, y despegamos dentro de cinco minutos.

Jerry lanzó un juramento e Ignatz se agitó lanzando un gruñido de disgusto.

—Menos mal —se dijo Jerry—; esta vez no me echarán la culpa a mí. Pero de todos modos, no deja de ser curioso. ¡Muy curioso!

Ignatz estaba de acuerdo. El viaje se presentaba de lo más interesante, si es que conseguían llegar a Venus algún día. Si ayer le gustaba tener a un *zloath* por mascota, podía muy bien haberse quedado en tierra, donde no hubieran corrido el riesgo de romperse la crisma, en lugar de entregarse a la loca aventura de perseguir una chica. Por una vez se alegró de que Venus no conociese las diferencias de sexo... a menos que pudiesen llamarse hembras a las vacas incubadoras.

Jerry dejó salir a Ignatz cuando regresó de su turno. Venía cansado y gruñón, pero no podía decirse que nada hubiese ido mal, hasta el momento. Ocurrieron dos pequeños accidentes, y un ayudante resultó con el pie aplastado por un acoplamiento que se soltó, pero ya era de esperar que sucediesen algunas cosillas. Al menos nadie le acusó de ser el causante de las desgracias.

—Ya he averiguado quién es ese pasajero de postín —dijo al *zloath*—. Es el jefe en persona. Así es que tú estate aquí bien quietecito que en cuanto a mi, trataré de que no me descubran. Ese viejo zorro tiene ojos de lince, y más memoria que un elefante.

Ignatz desconocía las obras de Robert Burns, pero sabía lo que quería decir aquella frase: «Los planes mejor tramados de los ratones y los hombres muy pocas veces salen a derechas». Esperaba los resultados de aquél con cierta prevención, y lo que temía sucedió a la mitad del siguiente turno de Jerry. Fue el propio jefe quien abrió la puerta para volverse después hacia un par de membrudos tripulantes.

—Bueno, traédmelo aquí y cerrad la puerta. No sé quien es, ni me importa. Más tarde lo averiguaremos; pero de lo que sí estoy convencido es que no es quien dice su tarjeta de embarque. El sujeto a quien pertenece es un borracho perdido desde hace diez años.

Y dirigiéndose al primer oficial mientras sacaban a Jerry de la litera, añadió:

—En cuanto a usted, capitán Blane, de ahora en adelante inspeccione con más atención a sus hombres. Como usted puede suponer, yo no puedo dedicarme a girar visitas de inspección en todos los cargueros. Tal vez no haya nada que decir de él, pero no quiero tener a mi servicio hombres que utilizan documentación falsa.

Cuando cerraban la puerta y después, mientras se alejaban, se oía la voz del capitán apaciguadora, mientras el jefe daba suelta a su ira en frases suaves que no

engañaban a nadie. Ignatz se arrastró del lugar donde estaban oculto bajo la litera, trepó por ella y se restregó cariñosamente con Jerry.

Jerry escupió con asco.

—Sí, bajó, empezó a fisgonear por la sala de generadores y quiso ver mi tarjeta, diciendo que no conocía ningún engrasador que tuviese una cicatriz. Entonces se puso como una furia, y pidió a gritos que subiese Blane. Por suerte, no me reconoció. Gracias a Dios, tú tuviste la prudencia de ocultarte, o de lo contrario ya estábamos listos.

Ignatz siguió restregándose con Jerry, frotando el cuerno de su hocico contra el pecho de su amo. Jerry, sonrió tristemente.

—Si, ya lo sé. Todavía no nos hemos estrellado, ni nos estrellaremos. Ahora vete, Ignatz y déjame pensar. Tiene que haber algún medio de escapar de aquí cuando lleguemos a Venus.

Ignatz cambió mentalmente el «cuando lleguemos» por un «si llegamos», pero volvióse obedientemente a su refugio y trató de dormir, sin conseguirlo. A la media hora, el capitán Blane llamó a la puerta y entró, con una cara ceñuda de muy mal agüero. Miró a Jerry de una manera que no le hizo a este ninguna gracia. De pronto dijo con ira contenida:

—Si el jefe no ha formado ningún plan contigo, mozalbete, yo te descuartizaré y arrojaré tus pedazos a los cuatro rincones de este camarote. Vamos, di que salga este condenado *zloath* tuyo y quítate esa peluca, *Jerry Lord*.

Jerry gruñó como si le hubiesen pegado en el estómago.

—¿Qué le hace suponer que soy Lord?

—¿Qué me lo hace suponer? Sólo hay un gafe tan descomunal en toda la flota estelar. Desde que tú subiste a bordo, todo ha ido de mal en peor. El jefe se presenta de improviso, la escotilla se atranca, tres hombres sufren heridas al montar un nuevo inyector, yo encuentro gusanos marcianos de la arena en el chocolate, y el jefe me amenaza con arrancarme las estrellas de capitán. ¡No me digas que eres otro! —Empezó a hurgar debajo de la litera—. ¡Sal de aquí, condenado *zloath*!

Ignatz salió lanzando un triste zumbido y mirando a Jerry, que se mesaba desolado su falsa barba.

—¿Y qué si lo soy, capitán? ¿Lo sabe acaso el jefe?

—Desde luego que no, y mejor que no lo sepa. Si descubriese que te he tomado como tripulante, ya podría despedirme de mi carrera. Cuando lleguemos a Venus, te tiraré en paracaídas cuando estemos al límite de una milla. ¿O prefieres acaso quedarte y que el jefe se las entienda contigo?

Jerry movió negativamente la cabeza.

—Profiero tirarme en paracaídas —se apresuró a responder—. Lo único que quiero es llegar en libertad a Venus, del modo que sea.

Blane asintió.

—Sé que me espera una bronca mayúscula, pero prefiero que no estés a bordo

cuando aterricemos. Nunca he confiado demasiado en mi suerte para el caso de un aterrizaje forzoso. —Señaló a Ignatz—. Que nadie vea ese bicho. Si el jefe descubre quien eres, te echará de la nave en un traje de plomo... y sin paracaídas. Con que ojo, amigo.

No hacía falta que se lo dijeren a Jerry. Ordenó a Ignatz que volviese a ocultarse bajo la litera y se dirigió al estante donde tenía su comida. Cuando Blane se volvía para irse, parecieron soltarse de repente todas las dificultades infernales por la nave.

Se notó una siniestra trepidación y el espantoso alarido de una sirena demoníaca perforó sus oídos. El estante atravesó volando el camarote; Jerry cayó de cabeza sobre el capitán. Durante medio segundo reinó un silencio total, seguido por un espantoso desbarajuste, mientras la nave se bamboleaba locamente bajo sus pies. En un impulso instintivo, el capitán y Jerry se abalanzaron sobre el casco de oxígeno, y empezaron a disputárselo antes de comprender lo que pasaba.

Jerry fue el primero en incorporarse.

—Ha sido el motor de control —gritó al oído de Blane. Este no le oyó, pero comprendió lo que quería decir—. Salgamos de aquí a ver lo que ha pasado.

Ninguno de los dos se acordó de que Jerry era un prisionero. El muchacho avanzó en seguimiento del capitán, e Ignatz sólo tuvo tiempo de dar un salto convulsivo y penetrar por el cuello de Jerry para ocultarse bajo su chaqueta. Por la escalera de caracol bajaba un tropel de hombres, y más tripulantes subían de las salas principales de motores. En la nave reinaba una algarabía y un tumulto indescriptibles, incrementado por el ulular de las sirenas de alarma y el rumor de las pisadas sobre las cubiertas de cuproberilo.

En la sala de máquinas encontraron al jefe, dominando el tumulto.

—¡Blane, Blane! ¡A ver si alguien encuentra a ese zoquete antes de que estos imbéciles terminen de destrozarse la nave!

Blane esbozó un saludo, con la boca abierta y mirando desesperado lo que quedaba del motor del gobierno.

—¿Qué... qué ha pasado?

A Jerry le bastó con una mirada para saberlo.

Dirigiéndose a los engrasadores, les increpó.

—¿Quién de vosotros se ha olvidado de engrasar los cojinetes principales?

Un tripulante señaló en silencio a un informe montón de huesos y carne hecha papilla. Mientras todos miraban hacia allí, Ignatz se deslizó fuera de su escondrijo y se ocultó a la vista de los presentes entre un poste y un mamparo que aún estaba entero a medias.

La expresión de Jerry Lord era enérgica cuando se volvió hacia Blane.

—¿Tiene un motor de recambio? No, ¿verdad? Pues no hay más remedio que desmontar uno de los motores giro-estabilizadores e instalarlo aquí. Envíe a algunos hombres a reconocer los daños causados a los mandos. Haga venir al médico para

atender a los hombres que aún no están hechos pedazos. ¡Dese prisa, hombre!

Blane cerró la boca lentamente, giró sobre sus talones y empezó a dar órdenes a voz en cuello, hasta que se restableció cierta apariencia de orden entre la multitud de tripulantes asustados. En la confusión reinante, el jefe no se había apercebido de la presencia de Jerry, pero entonces se volvió hacia él.

—¿Quién le dejó salir? No importa, ya está aquí. Menos mal que alguien tiene juicio, o si no esto seguiría aún siendo un manicomio. Capitán Blane, saque el motor averiado y ponga el prisionero a trabajar. En estos momentos no podemos perder tiempo ni hombres. Regreso a los coordinadores de rumbo para inspeccionar los daños.

Dominada ya la impresión causada por aquella catástrofe, Blane puso activamente manos a la obra. Dirigió una furibunda mirada a Jerry, pero aplazó de momento su venganza. Ignatz sabía que de lo sucedido se echaría la culpa a su amo, así como de todo cuanto ocurriese a partir de entonces, y gruñó con desasosiego.

El trabajo de desmontar el motor resultaba sencillo, pues éste había saltado en mil pedazos. Los tripulantes limpiaron la sala de trozos de metal, cortando los pernos que quedaban en la base del motor, y preparando el lugar que debía recibir al nuevo. El motor estabilizador empezó a ser montado por piezas, y Jerry dirigió la colocación de las mismas, instaló los mandos y los unió al mismo a medida que los hombres iban quitando las varillas dobladas, que sustituían con otras nuevas, que soldaban en lugar de las antiguas. En momentos de apuro, ningún grupo de hombres de la Tierra es capaz de hacer el trabajo realizado por una tripulación de hombres del espacio en apenas media hora. Aquellos, además, eran astronautas veteranos, para los que la falta de gravedad era una ayuda más que un inconveniente para realizar con rapidez su trabajo.

Cuando el jefe volvió, los mamparos ya estaban soldados, el nuevo motor instalado, los mandos acoplados a él y el capitán sudaba a raudales y lanzaba un gran repertorio de tacos, pero no podía ocultar su satisfacción ante la perfección del trabajo realizado. Jerry subió de la sala de estabilizadores para informar que los motores habían sido adaptados a la carga suplementaria que representaría la pérdida de uno de los cinco motores, y que el combustible los alimentaba de una manera igualada.

El jefe hizo un gesto en silencio, con cara impávida e inexpresiva, y Blane tragó saliva cuando se dispuso a seguirlo. Jerry se fue tras ellos sin que se lo hubiesen ordenado, ocultando a Ignatz cuidadosamente entre sus ropas.

De regreso al centro neurálgico de la astronave, vio que los integradores de gobierno estaban hechos cisco. Las varillas de impulso principales que unían la torreta de mando al motor estaban aún intactas, pero los cables y los complicados juegos de engranaje y estabilizadores que constituían el cerebro casi humano de la nave, hallábanse tan destrozados, que toda reparación era imposible.

La voz del jefe era melosa e insinuante, pero entornó de manera aviesa la mirada.

—¿Tiene piezas de recambio, capitán?

—Algunas. Podríamos montar algunas de ellas, pero no las suficientes para unir los cohetes principales al cuadro de mandos. Me parece que esto es un billete de ida sin vuelta para el infierno.

Bajo la amenaza del peligro, un tétrica desesperanza volvió a apoderarse del capitán.

—¿Cuántas horas nos faltan para llegar a Venus y dónde está el punto peligroso?

—Sesenta horas. Si no conseguimos hacernos con el mando antes de diez, nos iremos de cabeza hacia el sol. Ahora seguimos la órbita C-3, y pasaremos totalmente de largo ante Venus.

—No hay la menor posibilidad de que nos envíen recambios a tiempo —murmuró el jefe—. Sí, creo que tiene usted razón. La situación es gravísima.

Jerry, que había estado oculto hasta entonces tras el capitán, se adelantó y saludó tranquilamente al jefe.

—Discúlpeme, señor, pero yo creo que es posible gobernar manualmente a la nave desde aquí, si de la torre de mando envían las observaciones necesarias.

Momentáneamente los ojos de los dos hombres se iluminaron, pero sólo por una décima de segundo.

—Ni un hombre entre mil conoce la disposición de los cables, que forman una verdadera maraña. Además, sería una tarea abrumadora, físicamente imposible. En cuanto a mí, no sabría si hay que empujar esa varilla o hay que tirar de esa otra. Cuando aún estaban instalados aquí los mandos manuales, los teníamos dispuestos en hileras lógicas, pero no hay quien se entienda en esta confusión actual.

—Yo conozco la distribución —dijo Jerry con la mayor flema—. Se trata únicamente de poder moverse de un lado a otro con suficiente rapidez para coordinar las varillas de tracción.

A pesar de ello, contempló la maraña de varillas, palancas y cables, sintiendo grandes dudas en el fondo de su corazón. Se trataba de cubrir toda una pared de dos metros y medio, y no olvidarse ni por un segundo de la disposición de todos los mandos estabilizadores. Sin embargo, podía hacerse.

Blane lanzó un bufido de desdén, pero el jefe le hizo callar.

—Estamos en una situación en que sólo podemos creer en milagros. Es nuestra única posibilidad de salvación. ¿Estás seguro de poder hacerlo, amigo?

—Bastante seguro.

—¿Cuántos ayudantes necesitas?

Jerry sonrió tristemente.

—Ninguno; es más fácil y seguro hacerlo personalmente que decir a los demás como lo tienen que hacer, para que quizá lo enredasen todo. Este trabajo sólo puede hacerlo una sola persona.

—De acuerdo. —El rostro ceñudo del jefe expresó una huraña aprobación—.

Blane, usted recibirá órdenes de este hombre; saque las partes averiadas y desconecte los automáticos que aún quedan. Usted y los navegantes se relevarán para suministrar a esta sala los datos de la carta... y procuren no equivocarse. Que instalen inmediatamente un teléfono aquí, y pongan a este hombre a trabajar. Si conseguimos llegar a Venus, será libre, nadie le hará preguntas y tendrá un buen empleo aguardándole. Si no llegamos, ya no le hará falta empleo alguno.

Cuando el jefe se hubo ido, el capitán blandió su puño cerrado bajo las narices de Jerry.

—¡Gafe! Si no hubieses estado aquí, esto no hubiera ocurrido. Trata de portarte bien, *señor* Lord. —Se interrumpió de pronto, al ocurrírsele otra idea— ¿Ya te das cuenta de lo que son sesenta horas de trabajo fatigoso e ininterrumpido en esta sala?

—Naturalmente, puesto que sus navegantes solo han aprendido lo suficiente para aprobar —dijo Jerry, encogiéndose de hombros con un optimismo que estaba muy lejos de sentir. No olvide usted, señor, que a partir de ahora hasta el último hombre de esta nave tiene que obedecer mis órdenes. Exijo una absoluta cooperación.

—La tendrás, tanto si eres gafe como si no —Blane le tendió la mano—. Tienes muy mala fama, Lord, pero me gusta tu coraje. ¡Buena suerte!

Al salir majestuosamente, el capitán se olvidó del aceite extendido por el suelo; antes de caer ruidosamente de espaldas sobre cubierta, ejecutó una fantástica pirueta en el aire. Ignatz deseó que se lo tragase la tierra y se preparó para lo peor.

—¡Gafe! —gritó Blane, y con esta sola palabra, cargada de significado, expresó todo cuanto quería decir sin necesidad de malgastar sílabas.

Después que se hubieron llevado las piezas averiadas, subió el técnico de comunicaciones para instalar un teléfono, que unió por un hilo enrollado en una bobina a unos auriculares recubiertos de espuma de goma. Entregó a Jerry una carta en la que estaba marcada la posición actual y la órbita probable, y desapareció.

Jerry se puso los auriculares.

—¿Se me oye bien?

—Perfectamente señor. A sus órdenes. El cohete siete de popa tiene un chorro deficitario de 0,06 que usted tendrá que compensar, y los estabilizadores sólo trabajan a tres cinco. Tenemos a Venus en posición...

El navegante le dio las coordenadas, y Jerry las conservó en la memoria mientras se dirigía a las varillas principales de impulso.

—Muy bien. Ordenen que no me moleste nadie con excepción del pinche. —Sacó a Ignatz, le dio unas palmadas en el lomo y sonrió—. La sala es tuya, amigo. ¡Dispuestos a dar gas!

—Damos gas, señor. ¡Todas las posiciones 1-1 a punto! ¡Nave en rumbo!

El timbre resonó por la escalera de caracol mientras Jerry accionaba los mandos manuales y se disponía a soportar la nueva gravedad.

La nave tembló como un gato al salir de una bañera, gimió y osciló de una manera que daba espanto, a medida que los mandos entraban en acción. Como a

regañadientes, enderezó su rumbo. A pesar de ser una nave provista de anticuados motores de cohete, era dócil como un autobús, si se la gobernaba con la suficiente destreza, y ésta no les faltaba a aquel puñado de hombres cuya vida eran las estrellas. Además, había sido construida por otros hombres que combatían su añoranza de los astros construyendo naves para que otros las tripulasen. A pesar de los estabilizadores sobrecargados y del ligero déficit en la profusión, la astronave respondía al timón mejor que muchos de los nuevos triángulos. Jerry golpeaba las palancas con verdadera furia, al principio, y luego más suavemente, a medida que la nave se fue convirtiendo en una parte de sí, difícil de manejar, pero mansa y leal.

El navegante le gritaba coordenadas, factores de deriva y otros datos, mezclados con innecesario chismorreo, y de vez en cuando le llegaba también la voz del jefe, que le resultaba casi agradable. El curtido y viejo bribón sabía estar a la altura de las circunstancias, tuvo que reconocer Jerry; no daba en absoluto muestras de histerismo ni de chochez. Bajo tal ejemplo, el capitán y primer navegante tuvieron que hacer de tripas corazón, y en cuanto al segundo navegante, no podía ocultar la esperanza que le embargaba cuando relevó al primero. En aquellos momentos la confianza iba muy barata en la torreta; a Jerry le hubiera hecho falta un poco de ella, pero tenía cuidado en no demostrarlo en su voz.

Las primeras diez horas no fueron malas de pasar, a pesar de la tensión constante que requería aquel trabajo sostenido, y Jerry se sentía ya casi totalmente identificado con la nave. Su espíritu se armonizó con los crujidos de los baos, con el balanceo del puente, con la extraña armonía que une a la carne con el metal bien construido. La combinación de los mandos se grabó de manera indeleble en su cerebro, aprendió a simplificar y a realizar las combinaciones con menos tiempo y esfuerzo, hasta que se convirtió en una máquina integrada con las partes que manejaba.

Cuando le bajaron la comida, dirigió una sonrisa alentadora al pinche de cocina y fue comiendo a bocados, entre coordenada y coordenada que le enviaban desde arriba, mientras bailaba de un lado a otro de la sala para accionar los mandos. Al ver su confianza, el pinche le sonrió a su vez, e hizo chasquear alegremente los dedos. ¿A Venus con los mandos averiados? ¡Una bagatela!

Ignatz, sin embargo, tenía sus dudas, pero de momento nada parecía suceder que empeorase las cosas.

Así es que, esperanzado, dio un bocinazo... que fue respondido por un ladrido que salió de los tubos de la ventilación. El ventilador de salida seguía funcionando ruidosamente, pero la corriente de fresco aire acondicionado cesó.

Jerry preguntó por el teléfono:

—¿Qué ha sucedido?

—Una explosión de polvo en la Cámara de filtros, señor. Mucho me temo que hará falta algún tiempo para repararla.

Así fue, en efecto. A medida que transcurrían las horas, el calor procedente del motor se fue acumulando en la sala. La transpiración normal aumentó; Jerry sudaba a

mares, y el sudor se le metía en los ojos y hacía sus manos húmedas y resbaladizas.

El hielo y el agua que le traían a intervalos le aliviaron algo, pero no hicieron disminuir la temperatura. Los mecánicos trabajaban ya en las tuberías de aire, pero el trabajo prometía ser muy largo. Ignatz se escurrió sin que nadie le viese por debajo de las tuberías tratando de descubrir la obstrucción, estuvo a punto de extraviarse y volvió sin haberlo conseguido.

Cuando el turno de veinticuatro horas tocó a su fin, Jerry se tambaleaba y maldecía el espantoso calor a cada segundo. Llevaba bolsas de hielo en distintos lugares del cuerpo, pero ni con eso conseguía combatir el calor. Los ventiladores funcionaban sin cesar, manteniendo una constante corriente de aire, pero este aire era abrasador. Jerry tuvo que ponerse gruesas plantillas de espuma de goma en los zapatos, y llevaba espesas manoplas de astronauta, pero aun así el calor procedente del piso recalentado y de las palancas de mando se filtraba hasta él. Unos cuantos grados más y sería ya insoportable.

De pronto la temperatura alcanzó un límite y no pasó de él. El calor que se irradiaba en la sala y el aire que expulsaban los ventiladores alcanzaron un equilibrio, y Jerry casi se acostumbró al calor y al rutinario cambio de bolsas de hielo; incluso el aire que respiraba pasaba antes por un filtro helado.

El teléfono zumbó y le llevó la voz del jefe.

—Una de las cámaras frigoríficas se ha recalentado a consecuencia de haberse fundido un cojinete. Tendrás que acostumbrarte a media ración de hielo.

—Muy bien —Jerry miró pensativo a Ignatz, y luego lo tomó y se lo echó al hombro—. Nos reducen el hielo, amigo. Ya sé que te gusta el calor, pero ahora tendrás que refrescarte. Vamos, muchacho, demuestra de lo que eres capaz.

Ignatz trató de excederse a sí mismo. Poseía el mejor sistema regulador de calor de nueve planetas, y lo puso en acción, tomando el calor que irradiaba el sudoroso cuerpo de Jerry y disipándolo en el aire. Jerry nunca comprendió cómo funcionaba aquel termostato viviente, pero sabía que Ignatz podía absorber el calor o irradiarlo con gran eficacia; a la sazón el *zloath* absorbía el calor por su placa ventral flexible y lo irradiaba por el lomo.

Jerry dejó escapar un suspiro de alivio.

—Estupendo, chico. Ya no nos hacen falta las bolsas de hielo.

Cerró un momento los ojos y se apoyó en las palancas de mando. Ignatz lo pinchó con el extremo agudo de su cola, para obligarle a volver al trabajo.

—No formamos un mal equipo tú y yo, amiguito —murmuró su amo—. Quizá saldremos de esta gracias a ti.

La barba postiza se le estaba cayendo en aquella atmósfera húmeda y calurosa, y él terminó de arrancársela, junto con la falsa cicatriz. El maquillaje había desaparecido hacía horas.

Pero las cosas empezaban a ir un poco mejor. El carguero seguía la órbita calculada, estaba bien equilibrado y requería muy poca atención hasta que llegasen a

Venus. Jerry se hizo instalar un sillón aislado y se dejaba caer en él cuando el trabajo se lo permitía, mientras Ignatz esperaba a que sonase el zumbido indicador del teléfono u observaba atentamente los indicadores de alimentación, en espera de que estos se iluminasen. Ora quince minutos, ora veinte, después incluso una hora entera; el extenuado organismo de Jerry aprovechaba ansiosamente hasta el último minuto, empapándose de descanso y alivio como una esponja seca. Lo que más deseaba era que disminuyese aquel calor exasperante, que lo amodorraba.

Y de pronto, milagrosamente, una ráfaga de aire fresco susurró al salir por la rejilla del acondicionamiento, sacando a Jerry de su modorra.

—¡Lo han conseguido, Ignatz; ya lo han reparado!

Se estremeció lleno de contento bajo el chorro de aire frío, separándose inmediatamente de él, a pesar de lo delicioso que resultaba, pues temía los efectos de un cambio tan brutal de temperatura.

—Ahora no pienses mas en el calor, amigo; únicamente despiértame cuando haga falta.

La temperatura descendía regularmente, un grado cada cinco minutos, y la vida parecía volver a Jerry. Ignatz lanzó unos gruñidos de satisfacción y se dispuso a descansar. La regulación calórica que había ejercido representó un gran esfuerzo nervioso para él, obligándole a una agotadora disciplina mental; se alegraba de volver a la normalidad.

Le comunicaron a Jerry que habían recorrido ya tres cuartas partes de la ruta, y sólo faltaban quince horas para llegar... Pero aún les esperaba la parte más difícil de la tarea. En voz baja, Jerry hablaba consigo mismo, dándole órdenes a sus músculos como lo hubiera hecho con una tripulación de hombres, tratando de olvidar las intensas agujetas que experimentaba en todos los músculos del cuerpo, el fortísimo dolor de cabeza y la sensación de que un globo se inflaba dentro de su cerebro. Cinco horas más, y descenderían a través de la zona de mayor gravedad, en la cual habría que utilizar hasta el último eyector, debidamente equilibrado, en espera de que viniesen los remolcadores a hacerse cargo de la astronave.

Barclay, el jefe, bajó esta vez en lugar del pinche. Venía con semblante serio y preocupado, a pesar de que sonreía ligeramente... hasta que vio a Ignatz y la cara normal de Jerry. Entonces su mirada volvióse dura y lanzó un silbido.

—Ya lo presentía —dijo quedamente. Pero su voz era tranquila y su semblante no denotaba ira—. Eres un loco sin remedio, Jerry, aunque seas el mejor astronauta que jamás ha pisado la cubierta de una nave. Lo que has hecho aquí, junto con nuestra increíble mala suerte, tendría que haberme abierto los ojos. ¿Por qué lo has hecho... por Ana?

Jerry asintió y evitó que Ignatz huyese, al advertir la mirada que le dirigió el jefe.

—Por Ana —asintió.

Se abalanzó de nuevo hacia los mandos cuando el navegante le envió nuevos

datos. Luego volvió y se enfrentó serenamente con el jefe.

—Bien, ¿y qué?

—No, nada. —Ni un músculo se contrajo en la cara del jefe—. Lo que no comprendo es como tu mala suerte puede llegar hasta diez millones de millas y alcanzar otra nave. Bueno, quizás te lo explique más tarde...

Jerry se dejó caer inerte en el sillón, mientras el jefe le tendía una bebida. Observando sus manos temblorosas al levantar el vaso, la expresión del jefe se suavizó.

—Demasiado trabajo para un solo hombre, hijo Yo conozco bastante bien este sistema de mando. Quizá pueda ayudarte.

—Es posible. Ahora el trabajo es rutinario, señor Barclay. Lo único que tiene usted que hacer es equilibrar los mandos de alimentación y los estabilizadores giroscópicos. Esos de ahí.

Jerry se los indicó uno por uno, mientras Barclay hacía gestos de asentimiento.

—Dentro de cuatro o cinco horas tendré que encargarme yo nuevamente de los mandos. ¿Está usted seguro de poder hacerlo hasta entonces?

—Sí son sólo cuatro o cinco horas, sí. —El jefe arrojó con una manta al extenuado joven y luego se dirigió hacia las palancas de alimentación—. ¿No te ha parecido extraño que viniese en este viaje?

—No he tenido tiempo de pensarlo —repuso Jerry.

Barclay se puso en cuclillas sobre el bao, con los ojos fijos en los mandos.

—Yo no hago nada porque sí, Lord. Venus necesita minerales radiactivos... los necesita con gran urgencia. Pagan el doble por una carga de tres millones, precio de la Tierra, puesta en Hellas. Pero como te digo, la necesitan con urgencia, así es que hay que enviarla en un solo viaje. Ninguna compañía quiere asegurar semejante carga; el riesgo es demasiado grande. Y ninguna empresa particular la embarcaría sin estar asegurada.

—¿Y entonces usted qué hizo?

—Compré el mineral de radio en el mercado, lo hice introducir en secreto en el chocolate —no hubo un motín, pero pudiera haberlo habido— y vine en persona para inspeccionarlo. Tengo invertida en este cargamento toda mi fortuna. Si consigo arribar a Venus, la duplicaré; de lo contrario, no viviré para preocuparme por ello.

Se interrumpió, para proseguir después con la misma voz tranquila:

—Por esto podría matarte alegremente por haber obstaculizado este viaje. Pero no lo haré. Tengo mis razones para desear llegar a Venus lo antes posible. Si consigues que esta nave aterrice intacta o sin demasiados desperfectos sobre la superficie de Venus, una tercera parte de las ganancias será tuya... un millón de dólares, en dinero contante y sonante, a tu nombre en el banco que tú mismo elijas.

Ignatz lanzó un leve mugido y Jerry parpadeó. Pero se salió por la tangente.

—Antes se ha referido usted a mi mala suerte, diciendo que era capaz de alcanzar

otra nave a diez millones de millas de distancia; y ahora me dice que tiene sus razones para desear llegar a Hellas cuanto antes. ¿Se trata de Ana?

El jefe asintió.

—Sí, se trata de Ana. Vi lo que sucedió desde la torreta. Al *Burgundy* se le averió una tobera de gobierno y tuvo que realizar un aterrizaje forzoso. Recibimos el comienzo de un SOS, pero cesó en seguida... probablemente la radio se averió a consecuencia del choque.

—¿Dónde fue?

—En latitud 78° 43' 28" sur, longitud 24° 18' 27" oeste. El SOS consiguió indicar algo acerca de dos montañas gemelas. ¿Sabes cuáles son?

—Los Senos de Minerva, en el centro de Desesperación. Yo acampé cerca del Seno norte. Es uno de los peores lugares de Venus, donde, a pesar del calor, la vida aún es posible.

—Exactamente. Hemos llamado a Hellas, por radio, pero en esa jungla tardarán semanas en encontrarle. Así es que si llegamos te espera un millón... y mi casa de New Hampshire, donde tu condenada mala suerte no perjudicará a nadie más que a ti... ¡Pero en cuanto a Ana, ni hablar!

Pero Jerry ya no era de este mundo, e Ignatz, acurrucado sobre sus rodillas, resolvió que lo mejor era dormir, pues todo parecía arreglado de momento.

Estaban tan sólo a ocho horas de Hellas cuando Ignatz se agitó y levantó la mirada. El jefe se movía con frenesí, con la frente fruncida por una arruga que denotaba su concentración, pero seguía tercamente a los mandos. El *zloath* volvió a despertar a su amo y Jerry se incorporó, sintiéndose algo más descansado. Ingirió una cápsula de cafeína y otra de estrignina, para mantenerse despierto, y dio una palmada en el hombro de Barclay.

—Debiera usted haberme despertado hace horas, señor. Permita que le reemplace; me siento fresco como una rosa. —Esto era mentira y Barclay lo sabía—. Lo ha hecho usted muy bien, pero yo conozco mejor los mandos.

El jefe consiguió sonreír y trató de mostrarse despreocupado, dando incluso unas palmaditas a Ignatz, pero no se hizo rogar mucho para dejar el trabajo.

—No hubiera podido aguantar por mucho tiempo más —dijo—. Estos mandos son demasiado complicados para mi. Ya veo que tendré que ampliar mis conocimientos de navegación.

Jerry le dio las gracias.

—Usted ya sabe que yo no esperaba que nadie me relevase. ¡Pero no se crea que me preocupa lo que usted dijo sobre Ana!

—¿De modo que lo oíste? Mira, hijo, yo no tengo nada contra ti... siempre me has sido simpático. Pero si no te decides a librarte de ese animal y terminar con tu mala suerte...

Jerry se irguió, muy rígido.

—¿Librarme de Ignatz? ¡Ni hablar!

—Ya me figuraba que responderías eso. Así, no quiero saber nada contigo. Te repito que más bien me inspiras simpatía y que no tengo nada contra ti, pero no quiero correr riesgos innecesarios.

—Sí, ya se que no tiene usted nada contra mi, señor.

La puerta se cerró suavemente cuando hubo salido el jefe, y Jerry sonrió. Por un segundo brilló una chispa en sus ojos antes de que el dolor y los calambres que sentía en todo su cuerpo maltrecho la apagasen.

—¿Te das cuenta de cómo me ha relevado, eh, amigo? ¡Ni un amantísimo padre político lo hubiera hecho mejor!

«Aún no hemos aterrizado —pensó Ignatz—, y es posible que Ana tenga algo que objetar.» Su gruñido, que Jerry interpretó correctamente, expresaba grandes dudas. Pero su amo hallábase sumido en sus propios pensamientos.

Cuando los dedos de la gravedad venusiana se tendieron hacia ellos para aprisionarlos, el funcionamiento defectuoso de los estabilizadores se hizo notar más que nunca. Debido a la larga forma ahusada de la astronave, el centro de gravedad de la misma quedaba por encima de los cohetes y el viejo carguero parecía querer indicar que sería mucho mejor dar la vuelta y ponerse enteramente en manos de la gravedad; ésta apenas se notaba al principio, pero a cada milla que avanzaba su influjo se fue haciendo mayor, y la nave empezó a ladearse hacia el planeta de manera alarmante.

—Calma, amiguita —le suplicó Jerry—. Tenemos que hacerte girar hasta que estés de acuerdo con la rotación de Venus. Entonces te haremos bajar suavemente.

Consiguió dominar la nave hasta situarla en la nueva órbita, y realizó verdaderos milagros matemáticos en su cabeza a medida que le llegaban las nuevas correcciones de rumbo. Los navegantes se relevaban entonces cada media hora, mientras el capitán vigilaba su trabajo. Era necesario suministrar los datos muy de prisa y sin ningún error hasta que llegasen los remolcadores.

La nave descendió suavemente, siguiendo un gran arco que la llevaba hacia el polo sur, manteniendo Jerry su rumbo gracias únicamente al esfuerzo nervioso y a los estimulantes. A mil seiscientos kilómetros de altura, su velocidad relativa era de casi quince kilómetros por segundo, y su promedio de descenso de cinco. A ochocientos kilómetros de altura, la velocidad frontal se redujo para mantenerla en órbita, y el promedio de caída descendió hasta ser el de una elipse normal de aterrizaje. Por último penetraron en la zona crítica donde comenzaba el cojín de aire, donde la atmósfera era lo suficientemente densa para permitir que la astronave se sostuviese sobre sus alerones, y los estabilizadores emitieron nuevamente un agradable zumbido. A partir de entonces seguirían en órbita hasta hallarse sobre Hellas, donde los remolcadores se harían cargo de la nave.

—¡Tu condenada mala suerte! —dijo la voz furiosa del jefe por el auricular—.

Acabamos de recibir un radio comunicándonos que los remolcadores se han declarado en huelga en Hellas. Tendremos que seguir en órbita hasta Perdición, al norte de Venus, en lugar de Hellas. ¿Podrás mantener la nave en rumbo?

—Creo que podré. Navegante, deme las coordenadas para la latitud 78° 43' 28" sur, longitud 24° 18' 27" Oeste.

—Pero, Perdición...

El navegante fue interrumpido por un estallido de cólera de Barclay.

Jerry gritó cansadamente:

—¡Cállense! No vamos a Perdición... ni a Hellas. Navegante, ya ha oído usted mis órdenes. Deme los datos que le pido, y procure no equivocarse. Si se asusta y se pone nervioso, nos perderemos todos.

—Pero los remolcadores están en Perdición.

—¡Que se vayan al infierno los remolcadores! ¡La haré aterrizar de cola!

Se oyeron sonos inarticulados por el auricular, e incluso Ignatz escuchó cómo castañeteaban los dientes del navegante. El jefe vociferaba, diciendo que Jerry estaba loco, pero contuvo su ira y los tres hombres celebraron una consulta en voz baja, demasiado baja para oírse lo que decían. Luego resonó la voz de Barclay.

—Estamos en manos de un demente, pero nuestra única probabilidad de salvación consiste en darle los datos que pide. Estaremos todos muertos antes de que consigamos sacarle de sus trece. ¡Mira que recibir órdenes de Lord! —Entonces tomó el micrófono para hablar con Jerry—. Jerry, si vivo te haré trizas. Ni un solo aterrizaje sobre la cola entre tres sale bien con los mandos intactos. ¡Escucha la voz de la razón, hombre! Muertos, no seremos de ninguna ayuda para mi hija.

El joven navegante tomó el micrófono, con manó firme a causa de la desesperación, y empezó a suministrar datos con voz ronca y tensa. La astronave fue variando lentamente de rumbo, hendiendo las espesas capas atmosféricas. Finalmente el navegante comunicó el punto de destino, y Jerry enderezó cautelosamente la nave. Esta protestó ante aquel trato tan poco ortodoxo, pero a regañadientes respondió a los mandos.

—¡Cinco mil cuatrocientos metros, exactamente, sobre nuestro punto de destino! Reina buen tiempo, no hay viento... ¡Gracias a Dios, señor! Cuatro mil doscientos. ¡Tendrá usted que frenar la caída!

Ignatz rezaba con fervor a sus dioses de la selva y la ciénaga, pero éstos parecían estar muy lejos. Y el suelo subía con alarmante velocidad hacia ellos, mientras la nave se balanceaba ora hacia un costado ora hacia el otro. Jerry saltaba como un loco ante los mandos; tenía los ojos vidriosos, le temblaban las manos al empuñar las palancas, pero conseguía hacer descender la nave, metro a metro, mientras su aterradora velocidad disminuía.

—Ciento veinte metros, terreno llano. Los chorros funcionan ahora, no podemos ver nada. Los instrumentos señalan 90-60. ¡Más despacio!

La nave pareció quejarse, gimiendo y crujiendo y se inclinó peligrosamente hacia

un costado. Jerry cortó el gas para la caída libre, y la nave se enderezó. El chorro de gases surgió de nuevo con un ruido atronador.

—¡Doce metros... que Dios nos asista!

La pérdida de energía, aunque pequeña, fue de graves consecuencias. La nave estaba derecha, pero caía con demasiada rapidez. Parecía que frenaba de nuevo. Pero se balanceó de nuevo. Ignatz gruñó, al ver que Jerry la había puesto deliberadamente de costado para aterrizar horizontalmente... ¡a doce metros de altura! Los laterales no tenían bastante fuerza para sostenerla. La velocidad adquirida mientras giraba sobre su eje disminuyó, y la nave se enderezó. Jerry cortó el gas, se sujetó a un bao y se desmoronó. Ignatz se hizo un ovillo.

Todos tuvieron la sensación de que resultaban aplastados. Resonaron gritos de dolor. La nave osciló ligeramente antes de quedarse inmóvil. Y entonces reinó el silencio. Habían aterrizado. Jerry se levantó y palpó a Ignatz cuidadosamente.

—Eres un tipo resistente; no tienes ni un rasguño. Si yo no hubiese estado medio muerto de cansancio, esta caída desde tres metros de altura apenas me hubiera hecho daño; pero los demás deben de estar bien. Esta sección es la que ha soportado casi todo el choque.

Medio minuto después se oyeron gemidos y gritos por toda la nave. Jerry recogió a Ignatz del suelo.

—Vamos, amiguito, tenemos que ir a recoger algunas provisiones de boca.

La bodega de popa estaba abarrotada de un heterogéneo surtido de cosas para la comodidad y bienestar de los cazadores de esporas, y consiguió localizar una mochila preparada con toda suerte de provisiones, que podrían mantener a su portador durante tres meses si éste podía soportar su peso. Se la ajustó cuidadosamente, comprobó que contenía el frasco de veverina, y se apoderó también de tres pares de calzados para el fango, una especie de cruce entre esquíes y canoas; la ligera armazón de berilio era capaz de sostener el peso de un hombre sobre el limo resbaladizo o el agua, permitiéndole avanzar a través de los lodazales sin hundirse en ellos.

—Durnall es lo bastante loco como para haberse metido en las ciénagas —dijo Jerry a Ignatz—. Ese tipo ha sido siempre un cabeza de chorlito, así es que me llevaré tres pares de zapatos para el fango.

Se dirigió a la salida de emergencia, rompió el sello y la abrió. Asomando la cabeza, vio que se hallaba... ¡sobre el arenoso y llano campo de aterrizaje de Hellas!

La vieja nave mercante se había posado con limpieza en el centro de la dársena de cohetes, y la gente que la había visto u oído aterrizar, acudía en tropel. Los mecánicos trabajaban en la escotilla de la tripulación, que parecía haberse atascado nuevamente.

Unas fuertes manos se tendieron de pronto hacia él, arrastrando a Jerry hasta el suelo.

—Por aquí, amigo.

Tres cargadores del muelle le tenía bien sujeto, y sonreían mientras lo cacheaban en busca de un arma oculta. El que parecía mandarlos ordenó que lo llevaran hacia un

helicóptero que esperaba.

—Te crees muy listo, ¿eh? —y dirigió una mirada despreciativa a Jerry—. Hay que madrugar mucho para pegársela al viejo Barclay. Nos avisaron por radio que intentarías subir por la salida de emergencia, y entonces fuimos a esperarte. Como ves, hemos preparado un bonito comité de recepción para ti. Ahora te llevaremos a un hermoso alojamiento.

Jerry dejó de jurar para preguntarles adónde le conducían. Los tres sicarios sonrieron de nuevo, mientras le sujetaban firmemente para obligarle a sentarse en el helicóptero. Obedeciendo a una seña del jefe, el piloto puso el motor en marcha, y se levantaron para dirigirse hacia las afueras de Hellas... pero en dirección opuesta a aquella en que se encontraba la cárcel.

—No te faltarán comodidades ni lujos, a ti y a tu mascota —dijo el jefe que mandaba a los otros dos—. El jefe te instala en una de las residencias particulares pertenecientes a Herndon, el director de nuestra sucursal. Dice que tienes que tomarte un buen descanso, en un sitio donde nadie vaya a molestarte... ni tú puedas ir a molestar a los demás.

Era inútil interrogar a aquellos matones, que probablemente sabían mucho menos que él. Jerry se recostó en silencio en su asiento, e Ignatz se enroscó a sus pies en espera de que al helicóptero le sobreviniese un accidente; pero ni siquiera la desgracia quiso sonreírles en esta ocasión.

Aterrizaron suavemente en el tejado de uno de los edificios de pisos de la compañía, y los tres hombres arrastraron a Jerry hacia la entrada del terrado, haciéndole cruzar después un vestíbulo y metiéndolo por último en un piso lujosamente amueblado.

—Como si estuvieras en tu casa —le invitó generosamente el hombrón que hacía las veces de jefe—. Como no es probable que Herndon aparezca de momento por aquí, el piso es tuyo. Verás que las paredes y puertas son de acero, las ventanas de transplón y las cerraduras de las que no se abren. —Desenchufó el visifono y se puso el instrumento bajo el brazo—. ¿Deseas algo más?

Jerry se encogió de hombros, calculando las posibilidades que tenía. Pero aquellos tres matones eran jóvenes, fuertes y estaban ojo avizor. Desechó aquellas ideas disparatadas que cruzaban por su mente.

—Podéis enviarme una mina de diamantes, o una docena de coristas.

—Esa es la especialidad de Herndon... las coristas. Le veré para hablar de ello. —Los matones sonrieron y se dirigieron hacia la puerta—. El jefe dice que mañana vendrá, probablemente.

La puerta se cerró y la llave hizo un clic inequívoco y desagradable en la cerradura.

Disgustado, Jerry se volvió hacia el dormitorio.

—A veces, Ignatz —murmuró—, empiezo a pensar que... —Se interrumpió al

ver la expresión del *zloath*—. No he dicho nada, amigo. Calentaré un poco el fogón y tú podrás dormir en él esta noche. Ambos necesitamos un buen sueñecito.

El sol entraba a raudales por las translúcidas ventanas de transplón cuando Ignatz se despertó. Sus pesquisas le demostraron que su amo aún seguía dormido, y no sintió ningún deseo de despertarle. Murmurando con disgusto ante el mundo en general, se dirigió a la biblioteca para procurarse información acerca de la peculiar dolencia que parecía afligir a los humanos.

El diccionario definía el amor, y la enciclopedia daba una excelente versión médica y psicológica del mismo; pero ninguna de aquellas frases comedidas y racionales tenían ninguna relación con las idioteces que Ignatz asociaba con aquella emoción. Había otros libros con títulos llamativos que parecían indicar algo en ese sentido. Escogió tres al azar, los hojeó por encima, mugiendo y roncando fuertemente. Únicamente sirvieron para confirmar sus ideas preconcebidas sobre la cuestión, sin aclarársela mucho. Comparado con los personajes que aparecían en aquellos libros, Jerry era un hombre juicioso.

Sin embargo, los libros tenían otra utilidad. Ignatz los olfateó pensativo y comprobó que se había utilizado una cola muy fuerte para encuadernarlos. Como el diccionario y la enciclopedia le parecieron útiles, los volvió a poner en su sitio con cierta dificultad. Luego sacó de los estantes media docena de libros cuyos títulos indicaban que trataban de lo mismo y empezó a arrancarles las tapas metódicamente. Era una cola sabrosísima, que olía muy bien y era fuerte; era una lástima que el papel se empeñase en seguirla, pero Ignatz lo escupía sin comérselo. Por último, metió los restos del festín en el crematorio.

Con la panza llena y después de haber bien dormido, no le quedaba otra cosa que hacer sino explorar los alrededores. A veces aquellas habitaciones humanas resultaban interesantísimas. Probó un bote de vaselina, examinó el funcionamiento de una batidora eléctrica con cierto interés, y resolvió satisfacer su curiosidad sobre otra cuestión que le intrigaba desde hacía meses.

Jerry Lord se despertó con la dolorida barriga de Ignatz sobre su oreja, notando al propio tiempo varias sacudidas y rollos y el retintín de una extraña campanilla. Se frotó los ojos para despabilarse, con unas manos que ya volvían a ser seguras y firmes, y miro hacia abajo. No pudo contener la sonrisa:

—Ya te dije una vez que dejases en paz a los relojes despertadores, amigo. Este es de cuerda, y el hecho de que haga tictac en lugar de zumbar como los eléctricos, no te autoriza para ver lo que tienen dentro.

Ignatz había desmontado completamente el reloj. Jerry apartó la cola del *zloath* del resorte principal y de diversas ruedecillas dentadas, y desenroscó el muelle del despertador de su negro y luciente cuerpo. Realizada esta operación, ambos recorrieron sus dominios hasta convencerse de que era materialmente imposible huir

del piso.

Jerry conectó el estereovisor mientras desayunaba, pero no pudo escuchar noticias; solamente los seriales acostumbrados de la mañana y piezas de música. Tomó un libro sobre motores cohete para matar el tiempo, mientras Ignatz conseguía abrir la espita del agua caliente en el baño y meterse en la bañera. Si el jefe hacía honor a su palabra, podía aparecer de un momento a otro.

Alrededor del mediodía, Barclay abrió la puerta y entró, dejando apostados a la puerta un par de guardaespaldas.

—¡Jovenzuelo alocado!

—Bonita jugarreta la que usted me gastó con sus datos falsos; yo estaba convencido de que aterrizaba en los Senos de Minerva. Bueno, le he salvado su condenado carguero.

—Si; ni siquiera se averió la radio. Es el mejor aterrizaje sobre la cola que he visto en mi vida, a pesar de que yo he hecho un par de ellos. —Sonrió ante la estupefacción de Jerry—. Sí, yo solía pilotar astronaves, en una época en que eso sólo podían hacerlo los hombres de pelo en pecho. Pero nunca probé un horizontal, aunque había oído hablar de ellos.

Sacó un sobre del bolsillo.

—Aquí tienes. Lo prometido es deuda. Una cuenta a tu nombre en la Comercial de Prospectores, abierta con un millón de dólares. Y la escritura de propiedad de la casa de New Hampshire, si es que alguna vez vuelves a la Tierra... lo que no harás en ninguna de mis naves. Ahórrate las gracias.

Jerry se lo tomó con filosofía.

—No tenía la menor intención de darle las gracias, porque lo he ganado en buena lid. —Metió el sobre en la mochila de explorador que había traído consigo—. ¿Qué se sabe de Ana? ¿Y cuándo podré salir de aquí?

—Lo he dispuesto todo para que puedas irte hoy. —Viendo la expresión de Jerry, movió negativamente la cabeza—. No a la cárcel exactamente... sino a la nueva casa de detención que han erigido desde la última vez que estuviste aquí; la utilizan para los borrachos y los comedores de hierba. Te hemos inscrito en ella en calidad de polizón que espera ser deportado, y yo he refrendado la acusación. Después de lo de anoche, no te quiero tener cerca de ninguna de mis empresas; no deseo que éstas empiecen a tener una racha de mala suerte.

—¿Bueno, y qué?

—Herndon se ha casado y anoche me dejó en la estacada... cuando yo más lo necesitaba.

—El que ha tenido mala suerte es usted, no él. —señaló Jerry—. Aunque supongo que le habrá despedido.

—Se despidió él... se dedicará a darse buena vida. —El jefe sonrió malévolamente—. Su mala suerte consiste en haberse casado con esa chica que baila en el casino con una anguila marciana de las arenas.

Jerry asintió; la había visto actuar, y sobraban las palabras. Trató de dirigir la conversación hacia Ana.

—Ya sabe usted que yo podría localizar el *Burgundy* en un par de horas si usted me dejase salir. No pasé dos meses en Desesperación en balde. Y en cuanto a Ignatz, todos están conformes en que allí trae buena suerte.

Barclay se encogió de hombros.

—Buena suerte para ti; esto es lo que yo temo. Tienes que saber que ya hemos localizado el *Burgundy*, y sin tu ayuda. Hemos enviado ya partidas de rescate con calzado para el fango en busca de Ana y Pete; el capitán estaba a las órdenes de mi hija y tuvo que dejarles marchar. —Su rostro se ensombreció por un momento—. No creía que Durnall fuese tan estúpido como para llevarla a pasear por las ciénagas, donde incluso la brújula está loca.

—Ya me lo temía. Se equivocó usted, señor, al hacerme aterrizar en Hellas y no en los Senos.

Barclay gruñó, sin replicar. Todos sabían que había tantas probabilidades de encontrar a su hija en la húmeda jungla cenagosa como la proverbial aguja en un pajar.

—Si hubiese creído que tú podías encontrarla, probablemente hubiera cometido la estupidez de dejarte ir. Mas vale que hagas el equipaje. Esos hombres te acompañarán a la casa de detención.

La prisión adonde le condujeron reunía bastantes comodidades y Barclay ordenó que se atendiesen a todas las necesidades de Jerry. Pero estaba lejos de Ana, más lejos que nunca. Empezó a medir con nerviosas zancadas la celda, hasta que Slim, uno de los matones le trajo la cena. El soborno ya había fracasado una vez pero lo intentó nuevamente.

El cancerbero sonrió.

—Aquí tienes la cena. Siento que esté pasada. Desde que tú ingresaste aquí este mediodía, las provisiones se han estropeado. Y tu cheque no es válido; la Comercial de Prospectores ha cerrado en espera de que llegue de la Tierra una nueva remesa de oro.

Ignatz gruñó, pero su amo no quiso dar su brazo a torcer.

—Pero cuando vuelvan a abrir podrás hacer efectivo el cheque.

Slim alzó los hombros.

—Mientras tengas allí tu cuenta corriente, no abrirán.

—Vamos, no irás a decirme que crees en esa paparrucha —dijo Jerry con voz no muy convincente.

—¿Que no? Mira, amiguito; desde que tú llegaste aquí, entre otras cosas me han comunicado que mi mujer ha tenido trillizos... ¡Pasarme eso a mí que no tengo dónde caerme muerto! No quiero saber nada contigo ni con tus cosas.

Dejó la comida en la celda y giró sobre sus talones.

Jerry lanzó una imprecación y llamó al carcelero.

—¡Espera, hombre! ¿Puedes llevar un mensaje a Barclay? Dile que sé cómo dar con el paradero de su hija. ¡Dile también que quiero verle mañana por la mañana!

Slim asintió hoscamente y se fue. Jerry se sentó ante la comida, negándose a responder los inquisitivos gruñidos de Ignatz. El *zloath* contempló a su amo mientras comía y luego le vio reanudar sus interminables idas y venidas por la celda, mientras fumaba incesantemente los acres cigarrillos venusianos. Recogió una colilla y mugió con curiosidad.

—Estoy nervioso, chico —le dijo Jerry—. Dicen que esos cigarrillos son calmantes... producen el mismo efecto que la pipa que me dejé en la Tierra. ¿Quieres probar uno? —Colocó un cigarrillo entre los cortantes labios de Ignatz, y lo encendió—. Ahora aspira, métete el humo en los pulmones y después expúlsalo. Así, muy bien.

Ignatz se tragó el humo y empezó a toser y a lanzar roncós mugidos, colmando de improperios a su amo. Sin embargo, experimentó una extraña sensación, y contempló pensativo el cigarrillo; a veces había que probar las cosas dos o tres veces para hallarles el gusto. Con cierto vacilación, recogió el cigarrillo con sus antenas y lo probó de nuevo, con mejores resultados esta vez. El humo no le produjo náuseas como la primera. La tercera prueba fue aún más satisfactoria.

—No abuses, amigo —le advirtió Jerry—. No sé cómo afectará el fumar a tu metabolismo; el alcohol no te produjo ningún efecto, pero esto pudiera producírtelo.

Ignatz apenas le oía, pero no se molestó demasiado en interpretar el sentido de aquellas palabras. Un agradable calor se esparcía por sus nervios y descendía hacia su cola. Había sido un estúpido al pensar que la vida era dura... era una juerga, esto es lo que era. Y aquella celda era muy hermosa, cuando se estaba quieta. Precisamente en aquellos momentos giraba en círculos a su alrededor; él trató de perseguir a las paredes en su loca rotación, pero desistió... giraban demasiado aprisa.

Jerry se reía, sin que Ignatz pudiese comprender por qué.

—Ignatz, estás borracho perdido. Y esa colilla te quemará los labios si no la escupes.

—¡Buuuh! mugió Ignatz. Desde luego, estaba un poco caliente; laboriosamente se quitó del labio la colilla encendida y la tiró —¡Gulp!—. ¿Por qué la cola se movía sola de aquella manera? —¡Upa!— Sí este era su deseo, no sería él quien se lo impidiera. Levantó la mirada hacia la Luna, que de manera misteriosa había abandonado la Tierra y se deslizaba por el techo de la celda. ¡Qué noche tan encantadora! Haría una canción sobre aquella encantadora noche. Una canción encantadora.

Su voz de sirena para la niebla se convirtió en un tembloroso mugido, se elevó hasta convertirse en un atronador lamento, y cesó con un estallido semejante al que produce un cohete al partir. ¡Encantadora canción... encantadora! Jerry lo tapó con un almohadón tratando de hacerlo callar, pero sin conseguirlo. Si los demás detenidos querían dormir, él tenía que permitir que lo hiciesen. De todos modos, también

armaban un tumulto considerable.

¿Quién quería dormir? La noche era demasiado bonita para dormir. Ignatz ejecutó una notable imitación de una sierra de vapor. Jerry renunció a hacerlo callar y se tendió a su lado, rezongando. Ignatz mugió en son de reproche a su amo, dio media vuelta y empezó a roncar ruidosamente.

A la mañana siguiente se despertó para ver como el guardián introducía en la celda al jefe en persona. Trató de descender de la litera, pero experimentó un dolor atroz en la cabeza, y volvió a dejarse caer lanzando un mugido de dolor. La noche anterior no se había sentido de aquella manera.

Jerry le sonrió.

—Es la resaca... ¿Qué te suponías? —Se volvió hacia Barclay—. ¿Así, aquel tipo le pasó mi recado?

—Me lo pasó. —El jefe no había dormido mucho, según podía colegirse por la expresión de su rostro—. Si tu plan requiere que te pongamos en libertad, no te molestes en exponérmelo.

—No hace falta que me ponga en libertad. Por experiencia he podido comprobar que es inútil tratar de hacerle cambiar de idea. —Se apoderó con presteza del paquete de cigarrillos antes de que Ignatz tuviera tiempo de lanzarse sobre él—. Pero la inundación de fango semestral puede ocurrir de un momento a otro, y entonces Desesperación se convierte en un infierno. Tiene usted que sacarla de allí.

El jefe asintió; había estado pensando lo mismo. Prosiguió Jerry:

—Bueno. Un hombre es incapaz de localizar en esa región a cualquier objeto de menor tamaño que una astronave, pero un *zloath* sí puede hacerlo. Pues bien: a menos de cincuenta kilómetros al norte de los Senos de Minerva —en aquellos parajes el compás señala al sur sudeste, hay un poblado de semejantes de Ignatz a orillas de un pequeño lago. Han embalsado el Río Olvidado, construyendo sus casas sobre almadías, trabajando con sus antenas y sin disponer apenas de material en bruto. Cultivan algunas hierbas alimenticias en las orillas y disponen de una especie de molino para triturar el grano. Desde luego, no son humanos, pero estarán a nuestro lado si no nos presentamos allí como destructores. Actualmente están muy civilizados.

El jefe lanzó un bufido de desprecio y miró a Ignatz, que buscaba colillas afanosamente.

—¡Civilizados! Yo diría que son una especie de castores.

—Como usted quiera —Jerry estaba acostumbrado a la eterna posición del hombre elegido de los dioses... o tal vez los dioses eran los que habían sido elegidos por él—. De todos modos, han creado una especie de alfabeto y poseen animales domésticos. Lo que es más importante, yo les enseñé algunas nociones de inglés y harían lo que fuese a cambio de chocolate y cacahuetes.

Barclay pareció comprender la idea.

Quieres decir que envíe a alguien allí para que se ponga en contacto con ellos y les haga buscar a Ana, ¿no es eso? Parece bastante descabellado, pero estoy dispuesto a intentar lo que sea inmediatamente.

Jerry empezó a dibujar un tosco mapa.

—No pueden hablar con nosotros, pero cuando uno de ellos venga en busca de chocolate, eso querrá decir que la ha encontrado... Cumplen escrupulosamente los compromisos. Entonces, no habrá más que seguirlo.

El jefe tomó la nota y se dirigió a la puerta.

—Ya te comunicaré el resultado de esto —le prometió—. Si la encuentran, incluso estoy dispuesto a correr el riesgo de enviarte a la Tierra en una de mis naves.

Jerry gruñó y se volvió hacia Ignatz, que se retorció sobre el camastro, con su cuerpo de cuarenta centímetros de longitud hecho un manojo de nervios.

Transcurrieron tres días lentos y aburridos antes de que Slim le trajese otra nota.

—*Mr. Barclay* te envía esto —le dijo lacónicamente.

Slim quería los menos tratos posibles con el jefe. Jerry se apresuró a abrirla, para encontrar estas breves palabras:

«Tres helicópteros, tratando de alcanzar tu maldito lago, se estrellaron. Hemos enviado equipos de socorro en su busca. No quiero saber nada más de ti ni de tus estúpidos planes.»

Jerry pasó la nota a Ignatz, quien la leyó sombríamente. Luego observó esperanzado como Jerry sacaba un cigarrillo. Viendo que volvía a meterse el paquete en el bolsillo y que estaba fuera de su alcance, lanzó un resoplido de disgusto y se retiró a un rincón, donde permaneció hosco y callado.

El silencio fue roto por una explosión que retumbó en toda la casa y la zarandeo como una paja flotando al viento. El piso se plegó extrañamente y la ventana de transplón se hizo pedazos, con un alegre crujido. El ruido cesó y Jerry se levantó del suelo, tomando a Ignatz en sus brazos después de haberse echado la mochila a la espalda. Sin perder el tiempo en frases inútiles, saltó hacia la ventana abierta.

Slim venía corriendo por el pasillo.

—El motor del acondicionamiento de aire acaba de estallar en el sótano —vociferó—. ¿Estás bien, Lord?

Cuando le vio a horcajadas en el alféizar de la ventana, se llevó la mano al costado, donde pendía su pistola de agujas, que sacó a medias. Metiéndola de nuevo en la funda, dijo:

—No quiero correr el riesgo de que me estalle en las manos. Estando tú presente, esto sería lo más probable. ¡Cuánto más tierra pongáis de por medio, mas tranquilo estaré!

Hay ocasiones en que una mala reputación tiene sus ventajas. Jerry saltó al suelo desde tres metros de altura, localizó a un helicóptero vacío y con la portezuela abierta en la parte trasera del edificio, y echó a correr hacia él. Se precipitó de cabeza en su interior cerró la puerta de golpe y se puso en marcha el motor cuando los guardias

empezaban a salir en tropel. Ignatz miró el indicador de combustible y se quedó de una pieza al ver que estaba lleno el depósito.

Antes de que pudiesen apuntar la ametralladora del tejado, el helicóptero se elevó suavemente y empezó a adquirir velocidad. Jerry le hizo describir un semicírculo y se dirigió hacia el norte. La navecilla aérea atravesaba la atmósfera produciendo un tenue silbido. Lidias quedó a sus espaldas, a ocho kilómetros empezaba la ciénaga de Hellonfire, tras la cual se extendía Desesperación.

—Sólo quiero que me dejes llegar a las ciénagas, amiguito —explicó Jerry al *zloath*—. No me metas ahora en líos.

Ignatz tenía sus antenas unidas en un apretado nudo, esforzándose mediante la concentración mental en atender al ruego de su amo.

Poco más de tres kilómetros antes de las ciénagas, el motor empezó a ratear, parándose y arrancando de nuevo caprichosamente. Jerry movió los mandos, pero la navecilla disminuía su marcha, avanzando a una velocidad variable. La línea de verdor de Hellonfire surgió sobre la tenue niebla en el mismo instante en que el motor se paraba definitivamente. Jerry apretó fuertemente las mandíbulas, tratando de mantener al helicóptero en un descenso planeado que les llevaría al otro lado de la franja de verdor. Pero el suelo ascendía con regularidad mientras la navecilla caía hacia la ciénaga.

Por el grosor de un cabello no chocaron con la enmarañada espesura de la ciénaga, y pasaron sobre Hellonfire. Y entonces el pequeño motor se puso nuevamente en marcha, ronroneando suavemente y los rotores giraron con regularidad en el aire, levantándoles con facilidad. Ignatz lanzó un suspiro de alivio y Jerry tendió una mano hacia él para hacerle una caricia. A partir de entonces, si la leyenda no mentía, la suerte había de acompañarles.

Así fue, en efecto. Se deslizaron sobre Hellonfire con toda felicidad, pasaron sobre los restos del primer helicóptero que había enviado el jefe, y siguieron avanzando. El compás empezó a oscilar y a moverse locamente, y Jerry se vio obligado a confiar en el sentido de orientación de Ignatz. El *zloath* indicaba con sus antenas la dirección en que se hallaba su poblado natal, y Jerry siguió confiando en sus indicaciones.

Hellonfire pasó bajo ellos, para ser sustituido por la enmarañada espesura de Desesperación. Mirando hacia abajo, vieron como avanzaba lentamente la crecida de fango que dos veces por año hacía la ciénaga aún más impracticable. Jerry movió la cabeza. Si Ana se encontraba allí, sólo podría descubrirla si se había situado en una eminencia del terreno. Batieron la zona situada entre los Senos y distinguieron el campamento temporal, donde tenían su base los buscadores de esporas. En aquellos momentos un grupo de hombres se dedicaba a desmantelarlo, pues todos se irían antes de que lo alcanzase la avenida de cieno.

Y entonces Ignatz mugió, y Jerry, mirando hacia tierra, vio el pequeño lago brillando bajo el helicóptero. Lo cubrían varias balsas flotantes, cuidadosamente

dispuestas en hileras y cubiertas con una techumbre de ramaje dispuesta artísticamente. Entre las chozas y canales se veían moverse docenas de *zloaths* iguales que Ignatz. A orillas del lago, otros se dedicaban a apacentar a sus *zihis* domesticados, veinte veces más grandes que ellos. De vez en cuando, un mugido procedente de la orilla opuesta del lago era contestado desde la balsa mayor.

Jerry bajó los flotadores e hizo descender al helicóptero hasta que éste se posó suavemente sobre el lago. Ignatz se echó de cabeza al agua y se puso a nadar hacia la morada del jefe del poblado, llevándose consigo un paquete de chocolates herméticamente cerrado. Regresó cuando aún no habían transcurrido diez minutos, lanzando agudos mugidos, y con un pequeño envoltorio en la boca.

Jerry lo tomó. En el tosco papiro distinguió un dibujo de apariencia infantil que representaba a un hombre y una mujer sobre una estrecha balsa de la que tiraban dos *zihis*. Bajo el dibujo se veían un cuadrado blanco sobre dos cuadrados negros, y a un lado del dibujo aparecía una barra de chocolate de marca diferente a la que Jerry les había dado.

—Comprendo —dijo Jerry—. Eso quiere decir que se fueron un día y dos noches atrás, ella y Durnall. A cambio de chocolate les dieron *zihis* y una balsa. ¿Sabes qué dirección siguieron?

Ignatz mugió señalando al sudeste, hacia donde corría una lenta corriente secundaria que desembocaba en el Río del Olvido. Jerry elevó el helicóptero y se dirigió hacia allí, tratando de descubrir señales de ellos. Los *zihis* solían recorrer unos cincuenta kilómetros diarios, lo cual quería decir que debían de encontrarse a esa distancia. Aminoró la marcha después de haber recorrido unos ochenta kilómetros, al advertir que la corriente se estrechaba. Si esta terminaba antes de que hubiese conseguido descubrir a Ana, ello quería decir que entonces principiaría una búsqueda interminable, que probablemente no conduciría a nada. Después de salir del Pequeño Hades, ella podía haber tomado un centenar de caminos distintos.

Pero la vio antes de llegar al fin de la corriente y antes de que ésta se bifurcarse en docenas de pequeños tributarios. La joven se había detenido, probablemente para orientarse, y él vio como miraba hacía arriba al oír su motor y hacía frenéticas señas. Hizo descender al helicóptero en picado, deteniéndolo bruscamente a pocos metros de la balsa. Cuando ella dirigió los *zihis* hacía el aparato, Jerry abrió la puerta.

Durnall yacía sobre la balsa, cubierto por un poncho.

—¡Jerry Lord! —La voz de Ana era aguda, cansada; la joven tenía los ojos enrojecidos e hinchados por la falta de sueño—. ¡Gracias a Dios! Pete tiene las fiebres... las fiebres rojas... y no tenemos feberina en nuestro equipo. —Asió el frasco que él le tendió y obligó a Durnall a engullir tres tabletas—. Ayúdame a cargarlo a él y al equipo... ¡Y llévanos al hospital, pronto!

Jerry levantó a Durnall y lo colocó en la parte trasera del helicóptero con la mayor presteza. Ignatz, entre tanto, ordenaba a los *zihis* que volviesen al poblado con la

balsa, mientras Ana recogía el equipo y se encaramaba en el helicóptero. Luego se dejó caer al lado del enfermo, cuya cara mostraba el color de ladrillo cocido propio de un caso avanzado de fiebre de los pantanos.

—Tu padre está preocupadísimo... y yo también lo estaba.

—¿Tú también? —Su voz era inexpresiva—. ¿Cuánto tardaremos en llegar al hospital, Jerry?

El interpelado se encogió de hombros.

—Unas tres horas, supongo.

Ignatz miró la cara de su amo y gruñó imperceptiblemente. Desde luego, Ana había estado vagando por las ciénagas durante días enteros, sola con Durnall, y los enfermos siempre terminan por conquistarse las simpatías femeninas. Rozó con sus antenas los tobillos de su amo.

—¿Cómo encontrasteis ese poblado? —le preguntó Jerry—. He intentado ayudarte por todos los medios, pues temía que la avenida de cieno te sepultase.

Ella le miró, pero siguió atendiendo a Durnall.

—Cuando no pudimos encontrar al *Burgundy*, recordé lo que una vez nos contaste acerca del modo cómo conseguiste llegar a ese poblado cuando te extraviaste. Nos dirigimos hacia el lugar donde tú dijiste que señalaba la brújula y llegamos allí, donde permanecemos hasta que conseguí hacerme entender por ellos. Entonces les ofrecí algunos víveres a cambio de su balsa y sus animales. Gracias a lo que tú nos contaste, hubiéramos conseguido salir de aquí si Pete no hubiera contraído las fiebres; en cuanto a mi, tuve suerte de no pillarlas.

Durnall gemía y se agitaba incesantemente, y ella volvió a concentrar su atención en el enfermo. Jerry se inclinó sobre los mandos y siguieron volando en silencio hacia el sur, en dirección a Hellas, viendo como Desesperación se convertía en Hellonfire.

Acababan de salir de las ciénagas, y él se volvió hacia Ana para asegurarle que ya casi estaban llegando.

Pero tuvo que volver bruscamente la cabeza. El rotor, que hasta entonces había estado girando suave y regularmente sobre sus cabezas, daba extrañas sacudidas y alteraba el ritmo del motor. Ignatz se encogió gimiendo y tratando de evitar la mirada de su amo. Una de las palas del rotor se había roto, y las otras estaban desequilibradas y se movían desordenadamente. La navecilla bajaba con excesiva velocidad. Jerry paró el motor, y trató de aminorar la caída, sin conseguirlo. Accionó la palanca que hacía salir la almohadilla de choque, y un colchón de caucho surgió detrás suyo, destinado para salvar a los pasajeros en caso de una colisión en la niebla. Antes de que pudiese accionar la palanca que hacía surgir la almohadilla protectora del piloto, el helicóptero chocó de proa en el suelo.

Ignatz vio como su amo se precipitaba sobre los mandos, y entonces algo rasgó el cuerno que el *zloath* tenía en el hocico, y unas estrellitas brillaron a su alrededor. Luego cayó sobre él una cálida negrura.

Nadaba a través de una gris neblina, trató de mugir y no lo consiguió. Cuando abrió los ojos, vio que tenía el hocico envuelto en metros de gasa, y *Jerry* lo miraba sentado en la cama.

—Has sufrido una grave operación, amigo. El doctor dice que tuvo que extirparte la mitad del cuerno, pues lo tenías hecho astillas. Me has ganado por medio día, aunque el médico dice que he estado cuarenta y ocho horas sin sentido. —Se agitó en el lecho—. Aún estoy bastante entero, a pesar de un par de huesos rotos y un chichón regular en la cabeza.

Ignatz paseó lentamente la mirada en derredor, dándose cuenta, por sus tardías reacciones, de que le habían administrado drogas. Estaba en una pequeña estancia, en una cama que era una réplica en miniatura de la de *Jerry*. Pero aquello no parecía un hospital.

Jerry sonrió.

—Temieron que tu presencia originaría alguna catástrofe en la ciudad, y como yo no dejaba de llamarte a gritos, nos instalaron a los dos aquí, en una finca que posee el jefe en Hellonfire, casi junto al borde de esta región. Esperaba que te trajesen aquí para recibir las primeras visitas. —Levantó la voz— ¡Oiga, enfermera! Ya puede decirles que entren.

Al pronunciar estas palabras la puerta se abrió de golpe y el jefe entró como una tromba.

—Bueno, ya era hora. Te veo tan campante como siempre.

—Sí, ya estoy bien y a punto de volver a su preciosa cárcel.

El jefe se mostraba muy risueño.

—Esta vez, no. Tengo otros planes para ti. ¿Aún conservas la escritura de propiedad de la casa de New Hampshire? Muy bien. Pues verás, tendrás que devolvérmela y a cambio te daré otra por la que serás propietario de esta casa, situada en las ciénagas. Aquí tu mascota resulta inofensiva. Y te aconsejo que inviertas tu capital en acciones nuestras.

—¿Así, no quiere enviarme de nuevo a la Tierra? ¿Tiene miedo que su nave se estrelle?

Barclay movió negativamente la cabeza.

—No es la nave lo que me preocupa. Lo que me preocupa es la falta de director para esta sucursal. Tú lo serás... si el empleo te interesa.

Jerry se tomó esta declaración con la mayor flema.

—¿Qué se propone usted?

—Nada. Con buena o mala suerte, hay que reconocer que siempre sales con la tuya, y además, conoces los cohetes como nadie. Esto es precisamente lo que yo necesito, descarado cachorrillo. Límitate a tener aquí a tu mascota, y todo irá como una seda. —Se levantó de repente—. Tienes otra visita.

—No olvide usted lo que dije sobre... —empezó a gritar *Jerry*.

De pronto la vio a ella de pie en el umbral.

—Hola, Jerry. ¿Ya estáis los dos juntos otra vez? —Ignatz gruñó, mientras Jerry la miraba boquiabierto antes de decirle:

—¿Y Durnall?

—Está perfectamente. —Ana tomó una silla y se sentó junto a él, extendiendo ambas manos en actitud implorante—. Ahora que estás sano y salvo, no pensemos más en él. Pete no es mal chico, pero no me gustan los tipos temerarios capaces de meterme en atolladeros como este de que acabamos de salir, aunque la mitad de la culpa haya sido mía.

Jerry tardó un rato en asimilar aquellas palabras mientras Ignatz maldecía sus vendajes. Había llegado el momento de escabullirse hacia sus ciénagas, de donde Jerry no volvería a cometer la equivocación de sacarlo otra vez. Comprendía que su amo no podía causar más desastres, si asumía la enorme responsabilidad que representaba aquel nuevo cargo. Pero los vendajes lo mantenían completamente inmovilizado.

Ana acercó a sí la camita y acarició suavemente el lomo de Ignatz.

—Tú tendrás que vivir aquí, desde luego y trasladarte al trabajo en helicóptero, pero yo cuidaré de Ignatz en tu ausencia. Le debemos muchas cosas, y tenemos que pagárselas.

—Yo... —Jerry miró a Ignatz—. Ya sabes lo que piensa tu padre de él.

Ella sonrió con picardía.

—Papá ya lo ha previsto todo. Mira, he traído algo en mi mochila, y cuando supo que yo quería que se quedase con nosotros, se rindió.

Hurgó en el interior de un pequeño zurrón, por cuya boca no tardó en asomar la cabeza negra como la endrina de otro *zloath*.

—Os presento a Ichabod.

Jerry tragó saliva.

—Bueno, estaré...

Y de pronto sintió una urgente necesidad.

Ignatz se moría de ganas de fumar un cigarrillo, pero a pesar de ello lanzó un breve resoplido y apartó la cabeza para no mirar.

LOS LOTOFAGOS

Stanley G. Weinbaum

—¡Cáspita! —exclamó «Ham» Hammond, lanzando un silbido y mirando por la portilla de proa de estribor— ¡Vaya sitio para una luna de miel!

—Eso te ocurre por haberte casado con un biólogo —observó su media naranja dirigiéndole la palabra por encima del hombro, pero él vio bailar sus ojos grises reflejados en el vidrio de la portilla—. Y además, hija de un explorador por más señas —añadió.

Porque hay que saber que Pat Hammond, antes de casarse con Ham, cuatro semanas antes, se había llamado Patricia Burlingame, y era la hija de aquel gran inglés que conquistó gran parte de la zona crepuscular de Venus para la Corona británica, tal como Crowley había hecho para los Estados Unidos.

—Yo no me casé con un biólogo —repuso Ham— sino con una muchacha interesada por la biología, y nada más. Es una pena, pero éste es uno de los pocos defectos que posee.

Paró el chorro de gases, reduciéndolo a los reactores de popa, y el cohete descendió lentamente sobre una almohada de fuego hacia el negro paisaje inferior. Lenta y cuidadosamente él obligó a descender el aparato rebelde hasta que no se notó ni la más pequeña sacudida; entonces cortó totalmente el gas, el suelo osciló ligeramente bajo sus pies, y un extraño silencio cayó sobre ellos cuando cesó el rugido de los eyectores.

—Hemos llegado —declaró.

—Sí, hemos llegado —repitió Pat—. ¿Dónde estamos?

—En un lugar situado exactamente a ciento veinte kilómetros al este de la Barrera y frente a Venoble, en la Región Fría Británica. Hacia el norte se encuentra, supongo, la continuación de los Montes de la Eternidad, y hacia el sur sólo Dios sabe lo que hay. Lo mismo puede decirse del este.

—Lo cual es una buena descripción técnica de lo desconocido —dijo Pat, riendo—. Apaguemos las luces y echemos una mirada a lo desconocido, pues.

Uniéndolo a la acción a la palabra, las apagó, y en las tinieblas las portillas se destacaron como círculos débilmente luminosos.

La joven prosiguió:

—Sugiero que la Expedición Conjunta suba a la cúpula para dominar el panorama. Hemos venido aquí a investigar se ha dicho.

—La parte restante de la expedición manifiesta su conformidad —dijo Ham, sonriendo.

En las tinieblas, no podía por menos de sonreír ante la ligereza con que su esposa se tomaba aquella exploración. En realidad constituían la Expedición Conjunta enviada allí por la Real Sociedad y el Instituto Smithsonian para investigar las

condiciones existentes en el hemisferio oscuro de Venus, para decir las cosas por su nombre completo.

En cuanto a Ham, desde luego, si bien desde el punto de vista legal formaba la mitad norteamericana de la expedición, en realidad sólo era miembro de ella porque Pat no hubiera aceptado a nadie más; pero era a ella únicamente a quien los barbudos y sesudos miembros de la sociedad y el Instituto planteaban sus preguntas y ponían cláusulas y condiciones.

Lo cual, si bien se mira, era perfectamente justo, porque Pat era la primera autoridad mundial en fauna y flora de las Regiones Cálidas, además, la primera criatura humana que nació en Venus, mientras que Ham no era más que un ingeniero a quien sus sueños de riqueza atrajeron a la frontera venusiana, para realizar exportaciones de xixtchil a las Regiones Cálidas.

Fue allí donde conoció a Patricia Burlingame, y allí fue donde la conquistó, tras un azaroso viaje a las estribaciones de los Montes de la Eternidad. Se casaron en Erotia, la colonia norteamericana, hacía menos de un mes, y poco después llegó la proposición de realizar una expedición al lado oscuro del planeta.

Ham se oponía a ella. Deseaba pasar una feliz luna de miel terrestre en Nueva York o Londres, pero existían ciertas dificultades para ello. En primer lugar, las dificultades astronómicas: Venus había pasado ya por el perigeo, y tardaría ocho largos meses en describir su lenta rotación alrededor del sol y regresar a un punto desde donde el lanzamiento de un cohete a la Tierra podría efectuarse.

Ocho meses en la primitiva ciudad fronteriza de Erotia, o en Venoble, igualmente primitiva, caso de que prefiriesen quedarse en territorio británico, sin ninguna clase de diversión excepto la caza, sin radio, sin teatros, con pocos libros. Ya que tenían que cazar forzosamente, argüía Pat, ¿por qué no añadir a ello la emoción y peligro de lo desconocido?

Nadie sabía qué clase de vida, caso de existir ésta, ocultaba el lado oscuro del planeta; muy pocos eran los que habían visto este misterio, y aun estos pocos lo vieron desde naves-cohete que cruzaban a gran velocidad sobre enormes cordilleras o inmensos océanos helados. Aquella era una buena ocasión de rasgar el velo del misterio y explorar el hemisferio oculto, con todos los gastos pagados.

Sólo un multimillonario podía construir y equipar una astronave particular, pero la Real Sociedad y el Instituto Smithsonian, gracias a los créditos que les asignó el Gobierno de sus respectivos países, podían permitirse este lujo. Quizás los expedicionarios se enfrentarían con el peligro y con emociones sin cuento, pero... estarían solos.

Esto último fue lo que decidió a Ham. Pasaron dos atareadísimas semanas avituallando y equipando el cohete, se elevaron a gran altura sobre la barrera helada que constituye la frontera de la zona crepuscular, y atravesaron a loca velocidad la línea de las tormentas, donde las corrientes bajas de aire frío procedentes del lado oscuro, chocan con las corrientes altas de aire caliente procedentes de la cara desierta

del planeta.

Todo esto sucede porque Venus, naturalmente, no posee movimiento de rotación, y por lo tanto no existe allí la sucesión de días y noches que nosotros conocemos. Una de sus caras está bañada eternamente por la luz solar, mientras la otra está sumida en perennes tinieblas, y únicamente el lento movimiento de liberación da a la zona crepuscular algo parecido a las estaciones. Y esta zona, que es la única parte habitable del planeta, se confunde por un lado con el ardiente desierto a través de las Regiones Cálidas, para terminar por el lado opuesto en la barrera de hielo, donde los vientos altos se descargan de su humedad al recibir el beso helado de las corrientes de aire frío procedentes del hemisferio tenebroso.

Y allí estaban ellos, muy juntos en la minúscula cúpula transparente que dominaba el cuadro de mandos, muy apretados sobre el último barrote de la escalerilla, y con apenas lugar para sus dos cabezas juntos en la estrecha cúpula de observación. Ham rodeó el talle de su compañera con el brazo mientras ambos contemplaban el exterior.

Muy lejos, hacia el oeste, lucía la eterna aurora... o tal vez era un crepúsculo... donde la luz hacía brillar la barrera de hielo. Como inmensas columnas, los Montes de la Eternidad se erguían ante la luz, con sus altivas cumbres perdidas entre las nubes bajas que cruzaban la atmósfera a cuarenta kilómetros de altura. Un poco más hacia el sur se distinguían los contrafuertes de las Eternidades Menores, que limitaban la zona americana de Venus, y entre ambas cordilleras brillaba el relámpago perpetuo de la zona tormentosa.

Mas todo cuanto les rodeaba iluminado por el pálido reflejo de la luz solar, poseía un esplendor tenebroso y bravío. El hielo lo cubría todo, formando montañas, agujas, llanuras, peñascos y acantilados, brillando con un pálido resplandor al reflejar la mortecina luz procedente de más allá de la barrera. Un mundo inmóvil, helado y yermo, dominado por el ulular de las corrientes de aire frío, que corrían allí libres y sin trabas, pues la barrera de hielo se interponía entre ellos y la Región Fría.

—¡Es algo... espléndido! —murmuró Pat.

—Sí —convino él—, pero frío, sin vida, incluso amenazador. ¿Crees que hay vida aquí, Pat?

—Yo diría que sí. Si la vida puede existir en mundos como Titán y Japeto (1), también puede existir aquí. ¿Qué temperatura tiene la atmósfera? —Dirigió una mirada al termómetro colocado fuera de la cúpula y con cifras fosforescentes—. Sólo treinta y cuatro grados centígrados bajo cero. En la Tierra, la vida existe a esta temperatura.

—Más que existir, subsiste. Pero no hubiera podido surgir a una temperatura muy por debajo del punto de congelación. La vida se originó en aguas cálidas.

Pat le miró, risueña.

—Recuerda que hablas con un biólogo, Ham. No, la vida no hubiera podido *surgir* a treinta y cuatro grados bajo cero, pero sí podemos suponer, que se originó en

la zona crepuscular para emigrar luego aquí. Tampoco nadie nos impide pensar que la terrible lucha por la vida que se desarrollaba en las regiones más cálidas la obligó a refugiarse entre los hielos eternos. Tú sabes muy bien cuáles son las condiciones imperantes en las Regiones Cálidas, con los mohos, animales gelatinosos, y árboles de Jack Ketch, y los millones de pequeños parásitos que se entredevoran.

El reflexionó.

—¿Y qué clase de vida esperas encontrar?

Pat sonrió.

—¿Quieres que haga una predicción? Muy bien, la haré. En primer lugar, espero encontrar alguna especie de vegetación como base, pues la vida animal no puede subsistir sin algún alimento adicional, además del representado por sus congéneres u otros animales. Puede servirnos de ejemplo el cuento del hombre que criaba gatos, y para alimentar a éstos criaba también ratas. Luego, cuando despellejaba los gatos, tiraba los cadáveres de éstos a las ratas, con lo que éstas se reproducían abundantemente para servir de alimento a los gatos, y así sucesivamente. En teoría esto parece magnífico, pero en la práctica sería un fracaso.

—Así, tiene que haber vegetación. ¿Y después, qué?

—¿Qué? Sólo Dios lo sabe. Posiblemente la vida del lado oscuro, si es que existe, proviene en su origen de las especies más débiles que vivían en la zona crepuscular, pero sólo podemos hacer conjeturas acerca de la evolución que éstas pueden haber sufrido. Claro que tenemos al *Triops noctivivans* que yo descubrí en los Montes de la Eternidad.

—¡Que tú descubriste! —Ham sonrió—. Estabas convertida en un carámbano cuando te saqué de aquel nido de diablos. Ni siquiera viste a uno solo de ellos.

—Examiné el cadáver que los cazadores trajeron a Venoble —repuso ella, imperturbable—. Y no olvides que la Sociedad quiso ponerle mi nombre... *Triops Noctivivans Patriciae*. —Voluntariamente se estremeció al recordar aquellos diabólicos seres que estuvieron a punto de aniquilarlos a ambos—. Pero preferí dejarlos en *Triops noctivivans*, o sea los habitantes de la noche que tienen tres ojos.

—¡Qué nombre tan romántico para una bestia tan satánica!

—Sí, pero verás adonde quería ir a parar: es probable que existan triops —o triopses—, aunque dime, ¿cuál es el plural de triops?

—Trioptes —rezongó Ham— Es palabra latina.

—Gracias por la aclaración. Pues como decía, es probable que existan trioptes entre los seres que encontraremos en este lado nocturno, y que los feroces diablos que nos atacaron en aquel oscuro desfiladero de los Montes de la Eternidad no fuesen más que un puesto avanzado, formado por individuos que se desplazan hasta la zona crepuscular a través de los collados oscuros y sin sol de las montañas. No pueden soportar la luz; tuviste ocasión de comprobarlo tú mismo.

—¿Y qué, *baby*?

Pat se rió al escuchar aquel modismo americano.

—Pues esto. A juzgar por su morfología —seis miembros, tres ojos, y el resto— es evidente que los trioptes están relacionados con seres ordinarios nativos de las Regiones Cálidas. Esto quiere decir que se hallan desde hace relativamente poco tiempo en el lado oscuro; que no se originaron aquí, sino que llegaron a estas regiones en época muy tardía, geológicamente hablando. Aunque geológicamente no es la palabra adecuada, porque *gea* significa la Tierra. Debiera haber dicho *venusológicamente*.

—Nada de eso. Substituyes una raíz griega por otra latina. Lo que tú quieres decir es hablando afrodisiológicamente.

Ella no pudo contener la risa.

—Lo que yo quiero decir, y hubiera debido decirlo en seguida, para evitar discusiones, es, paleontológicamente hablando, lo cual suena mejor en nuestro idioma. Sea como fuere, quiero decir que los trioptes existen solamente en el lado oscuro desde hace unos veinte o cincuenta mil años terrestres, o quizás menos, porque apenas sabemos nada acerca del ritmo de la evolución en Venus. Es posible que sea más rápido que en la Tierra; quizás el triops sólo necesitó cinco mil años para adaptarse a la vida nocturna.

—Pues yo he tenido condiscípulos que se han adaptado a la vida nocturna en un semestre.

Ella hizo caso omiso de esta observación, con olímpico desprecio. Prosiguió:

—Por lo tanto, yo sostengo que debió de existir vida aquí antes de la llegada de los triops, puesto que éstos tenían que encontrar algo que comer, o de lo contrario no hubieran sobrevivido. Y puesto que el examen reveló que este animal es carnívoro en parte, eso quiere decir que no sólo debía de haber vida aquí, sino que esta vida era animal. No podemos llegar ya más lejos en nuestras deducciones.

—Así es que no sabes qué clase de vida animal. ¿Inteligente, tal vez?

—No lo sé. Pudiera ser. Pero a pesar del culto que vosotros los yanquis rendís a la inteligencia, desde el punto de vista biológico ésta es muy poco importante. Sirve de muy poco cuando se trata de sobrevivir.

—¿Cómo? ¿Y tú dices eso, Pat? ¿No ha sido precisamente la inteligencia humana lo que ha dado al hombre la supremacía en la Tierra... y también en Venus, si bien se mira?

—¿Pero tú crees que el hombre posee la supremacía en la Tierra? Trataré de hacerte comprender, Ham, lo que yo entiendo por inteligencia. El gorila posee un cerebro mucho mejor que el de la tortuga, ¿no es verdad? Y sin embargo, ¿cuál es el que se defiende más victoriosamente... el gorila, que es animal raro confinado en una pequeña región del África, o la tortuga, que abunda en todas partes y se encuentra del Ártico al Antártico? En cuanto al hombre... Vamos, si poseyeres ojos microscópicos y pudieses ver todos los seres viviente que pueblan la Tierra, llegarías a la conclusión de que el hombre es un ejemplar raro, y que nuestro planeta es en realidad un mundo de nemátodos —es decir, gusanos— porque los nemátodos superan enormemente en

número a todas las restantes especies vivas juntas.

—Pero eso nada tiene que ver con la supremacía, Pat.

—No he dicho que fuese supremacía. He dicho, simplemente, que la inteligencia no tiene gran valor cuando se trata de sobrevivir. Si lo tuviese, ¿por qué los insectos, que no tienen inteligencia sino únicamente instinto, dan tanta guerra al género humano? El hombre tiene un cerebro infinitamente más desarrollado que los gorgojos, las carcomas, las moscas, los escarabajos japoneses, la polilla y todos los demás flagelos que se enfrentan con nuestra inteligencia con una sola y única arma: su enorme fecundidad. ¿Ya te das cuenta que cada vez que nace un niño y hasta que este nacimiento se ve equilibrado por una defunción, sólo puede alimentarse de una manera? Y esta manera consiste en dar al niño una comida equivalente a su propio peso en insectos.

—Todo esto parece bastante razonable, pero... ¿qué tiene que ver con la posibilidad de que exista vida inteligente en este lado de Venus?

—No lo sé —replicó Pat, con voz que denotaba un extraño nerviosismo—. Quiero decir tan sólo que... a ver si así me explico, Ham. Un lagarto es más inteligente que un pez, pero no lo bastante para sacar de ello una ventaja. Entonces, ¿por qué el lagarto y sus descendientes siguen desarrollando la inteligencia? Pues porque hay que creer que la vida tiende hacia la inteligencia. Si admitimos esto, ello significa que podemos encontrar inteligencia incluso aquí... una inteligencia extraña, ajena a nosotros, incomprensible.

Ham notó que un estremecimiento recorría el cuerpo de su esposa en la oscuridad.

—No pensemos más en ello —dijo de pronto la joven, con voz súbitamente alterada—. Probablemente no son más que fantasías. El mundo que nos rodea es tan fantástico, tan sobrenatural... Estoy cansada, Ham. Ha sido un día muy fatigoso.

El la siguió al cuerpo principal de la nave. Cuando se encendieron las luces en su interior, el fantasmal paisaje de fuera se desvaneció, y él vio únicamente a Pat, encantadora con su escaso atavío propio de la Región Fría.

—Hasta mañana, pues —dijo—. Tenemos víveres para tres semanas.

Como es de suponer, la mañana siguiente *era* una pura falacia, pues no les aportó la luz del día. Solamente había transcurrido un lapso de tiempo. Cuando se levantaron vieron que les rodeaban las mismas tinieblas que habían cubierto eternamente el hemisferio sombrío de Venus. En el horizonte, sobre la barrera, lucía el mismo crepúsculo eterno, de color verde esmeralda. Pero estaba de mejor humor y se dedicó animadamente a realizar los preparativos para su primera salida fuera de la astronave. Sacó los trajes de lana cauchutada de un grosor de dos centímetros y medio, y Ham, en su calidad de ingeniero, inspeccionó cuidadosamente las caperuzas, dotada cada una de ellas de una corona de potentes lámparas.

Naturalmente, el uso principal de estas lámparas era facilitar la visión, pero tenían asimismo otra finalidad. Los ferocísimos trioptes no podían soportar la luz, y así, encendiendo los cuatro proyectores del casco, se podía avanzar impunemente rodeado

por una aureola protectora. A pesar de esto, incluyeron también en su equipo dos pequeñas pistolas automáticas azules y un par de lanzallamas, de una espantosa potencia destructora. Pat se colgó una bolsa al cinto, en la que se proponía recoger los ejemplares de flora nocturna que encontrase, y también de fauna, si ésta era pequeña e inofensiva.

Se sonrieron mirándose a través del casco.

—Este traje te engorda —observó Ham maliciosamente, gozando al observar el mohín de disgusto de la joven.

Pat se volvió, abrió la escotilla y saltó al exterior.

Este era distinto que visto a través de la portilla. En este último caso, la escena poseía la irrealidad, la inmovilidad y el silencio de un cuadro, pero en aquellos momentos les rodeaba por doquiera, y el frío aliento y voz gemebunda del viento helado demostraban con harta elocuencia que aquel mundo era real. Por un momento permanecieron bañados por el cono de luz que surgía de las portillas del cohete, mirando con temor hacia el horizonte, donde se alzaban los increíbles riscos de las Grandes Eternidades, recortándose como negras siluetas sobre aquella falsa aurora.

Más cerca, en cuanto abarcaba la visión sobre aquella región que jamás había recibido la caricia de la luz solar, del claro de luna o resplandor de las estrellas, extendíase una desolada y fragosa llanura sobre la que se alzaban en indescriptible confusión y con las formas más fantásticas, aristas; minaretes; agujas y murallas de hielo y piedra, esculpidas por el viento glacial con su mano de artista loco.

Ham pasó un brazo protector en torno a los hombros de Pat y le sorprendió notar que temblaba.

—¿Tienes frío? —le preguntó, mirando el termómetro de esfera que llevaba a la muñeca—. Sólo estamos a treinta y ocho grados bajo cero.

—No tengo frío —replicó Pat—. Es la impresión nada más. —Se apartó de él—. Me extraña que esta región conserve esta temperatura relativamente elevada. Al faltarle la luz solar, diríase que...

—Te equivocarías al suponerlo —la atajó Ham. Cualquier ingeniero te hablaría de la difusión de los gases: Las corrientes cálidas superiores pasan a ocho o diez kilómetros sobre nuestras cabezas, y como es natural, transportan mucho calor procedente del desierto que hay más allá de la zona crepuscular. Es inevitable que se produzca cierta difusión del aire caliente en el frío, y además de eso, ten en cuenta que al enfriarse, el viento cálido desciende. Y no olvides tampoco que el relieve de la región contribuye poderosamente a ello.

Hizo una pausa antes de proseguir con expresión pensativa:

—Oye, no me extrañaría encontrar parajes cerca de las Eternidades donde reinasen corrientes de arriba abajo, formadas por vientos cálidos que descendiesen por la ladera del monte, creando en algunos lugares un clima bastante soportable.

Siguió a Pat mientras ésta avanzaba con grandes precauciones, tratando de rodear las masas heladas más próximas al círculo de luz que irradiaba el cohete.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Aquí lo tenemos, Ham! Aquí está el ejemplar que buscábamos de la vida vegetal del lado oscuro.

Se inclinó sobre una masa bulbosa de color gris.

—Líquenes u hongos —prosiguió—. No tienen hojas, como es natural; la función clorofílica depende del sol, y por lo tanto esta planta no tiene clorofila. Es una planta de tipo muy primitivo y sencillo, y sin embargo... hasta cierto punto... no tan sencilla como parece. ¡Mira, Ham... tiene un sistema circulatorio muy desarrollado!

El se inclinó, juntando su cabeza con la de Pat, y a la débil luz amarillenta que les llegaba del cohete vio la fina redcilla de venas que ella le indicaba.

—Eso indica —continuó la joven— que posee algo así como un corazón y... ¡Vamos a ver! —Colocó de pronto su termómetro de esfera en contacto con la masa carnosa, lo mantuvo así un momento, y después lo consultó—. ¡Sí! ¡Mira cómo se ha movido la aguja, Ham! ¡Irradia calorías! Es una planta de sangre caliente. Y si bien se piensa, esto no deja de ser natural, pues es el único tipo de planta que puede vivir en una región que se halla constantemente por debajo del cero termométrico. El agua en estado líquido es condición indispensable para la vida.

Pat tiró de la planta, y con un *plop* sordo ésta se separó del hielo. Un líquido oscuro serpenteó saliendo de la raíz desgarrada.

—¡Puah! —exclamó Ham—. ¡Qué cosa tan asquerosa! «Y arrancó la mandrágora que sangraba», ¿eh? La única diferencia es que; según dicen, las mandrágoras gritan cuando las arrancan.

Se interrumpió, un leve y palpitante plañido, un gemido sobrenatural surgió de la temblorosa pulpa, y él miró a Pat estupefacto.

—¡Puah! —gruñó—. ¡Qué asco!

—¿Te da asco? ¡Yo lo encuentro un organismo bellísimo e interesante! Está perfectamente adaptado al medio ambiente.

—Ahora más que nunca me alegro de ser un simple ingeniero —gruñó él, mirando a Pat mientras ésta abría la puerta del cohete y dejaba la planta sobre un pedazo cuadrado de caucho—. Vamos. Echemos una mirada por los alrededores.

Pat cerró la puerta y se alejó del cohete en su seguimiento.

Instantáneamente aquella tenebrosa noche cayó sobre ellos como una niebla negra, y sólo al mirar hacia atrás, en dirección a las portillas iluminadas de la nave, Pat podía convencerse de que estaban en un mundo real.

—¿Encendemos las lámparas del casco? —preguntó Ham.

—Será mejor que lo hagamos, si no queremos partirnos la crisma.

Antes que ninguno de los dos pudiese dar un paso más, un sonido se sobrepuso al ulular del viento gélido, un grito salvaje, feroz, sobrenatural... Hubiérase dicho la risa del demonio, unas satánicas carcajadas, mezcladas con aullidos que helaban la sangre en las venas.

—¡Son los triopts! —dijo Pat con voz trémula, olvidando momentáneamente las reglas de la gramática sobre el plural.

Estaba asustada, a pesar de que generalmente era mujer tan valiente como Ham, e incluso más intrépida y atrevida que éste, pero aquellos gritos sobrenaturales le recordaban los espantosos momentos que pasaron en el barranco de los Montes de la Eternidad. Presa de un pánico incontenible, trató con manos temblorosas de encender el receptor del casco y de sacar el revólver, sin conseguir ninguna de ambas cosas.

Mientras media docena de pedruscos silbaban como balas a su alrededor, y uno de ellos golpeaba dolorosamente el brazo de Ham, éste consiguió encender sus luces. Cuatro rayos de luz dibujaron una larga cruz entre los resplandecientes riscos, y las salvajes risas aumentaron en un *crescendo* de dolor. Ham distinguió momentáneamente unas siluetas sombrías que saltaban desesperadamente de lo alto de los riscos próximos, para huir como espectros entre las tinieblas. Después reinó el silencio.

—¡Uf! —murmuró Pat—. Qué miedo he pasado, Ham —Acurrucándose junto a él continuó con voz más segura—: Pero ya tenemos la prueba que buscábamos de que el *Triops noctivivans* es un ser que habita en el lado nocturno, y los que vimos en las montañas son sus avanzadillas o simples grupos que han ido a parar allí después de recorrer los oscuros desfiladeros.

A lo lejos resonaron las diabólicas carcajadas.

—Me pregunto —musitó Ham— sí esos gritos que emiten constituyen un lenguaje.

—Muy probablemente, si piensas que los animales autóctonos de la Región Cálida son inteligentes, y que estos seres son parientes suyos. Además, arrojan piedras y saben utilizar esas enormes cápsulas que hicieron llover sobre nosotros en el barranco... y que sin duda deben de ser el fruto de alguna planta nocturna. Los trioptes son sin duda inteligentes a su manera bárbara, feroz y propia de criaturas sedientas de sangre, pero son animales tan intratables que no creo que los hombres consigan conocer jamás su mentalidad ni aprender su lenguaje.

Ham asintió muy serio, en el mismo momento en que una piedra arrojada con muy mala intención hacía saltar brillantes partículas de hielo de una aguja situada a una docena de pasos. Movi6 la cabeza, barriendo la llanura con la luz de sus proyectores, y una aguda risotada surgió de las tinieblas.

—Gracias a Dios que las luces les mantienen a una respetuosa distancia —murmuró.

Pat se había enfrascado de nuevo en la busca de ejemplares raros. Había encendido también sus lámparas, y trepaba ágilmente por los fantásticos monumentos de aquel extraño mundo. Ham la seguía, observándola mientras ella arrancaba muestras de aquella vegetación que sangraba y gemía. Descubrió una docena de variedades, y un pequeño ser en forma de cigarro que no cesaba de debatirse y que ella contempló perpleja, sin saber si se trataría de una planta, un animal, ambas cosas a la vez o ninguna de ellas. Cuando su bolsa de herborizar estuvo completamente llena, ambos regresaron por la llanura hacía el cohete, cuyas portillas brillaban a lo

lejos como una hilera de ojos.

Pero les esperaba una gran sorpresa cuando abrieron la escotilla para entrar. Ambos retrocedieron instintivamente al recibir en sus caras una bocanada de aire cálido, mohoso, pútrido e irrespirable, que transportaba un olor de carroña.

—Qué es eso... —articuló Ham, para echarse a reír en seguida—. ¡Tu mandrágora! ¡Ahí la tienes!

La planta que ella había dejado en el interior de la nave era una masa corrompida y putrefacta. El calor que reinaba en el interior de la nave la había descompuesto rápida y completamente, y no era más que un montón semilíquido sobre la pieza de caucho. Pat la arrastró fuera y la tiró con caucho y todo.

Penetraron en el interior del cohete, que aún apestaba, y Ham puso en marcha el ventilador. El aire que entró era frío, desde luego, pero puro, estéril y libre de partículas de polvo después de recorrer ocho mil kilómetros sobre océanos helados y montañas gélidas. Cerró la escotilla, conectó la calefacción y se quitó el casco para dirigir una sonrisa a Pat.

—¡Vaya con tu bellissimo organismo! —le dijo con sorna— Mira lo que ha hecho.

—Era bello, Ham, muy bello. No tiene la culpa de que lo sometiésemos a unas temperaturas para las que no ha sido creado. —Dejó suspirando la bolsa con las muestras sobre la mesa—. Tendré que preparar estos ejemplares en seguida, o si no se pasaran.

Ham lanzó un gruñido de satisfacción y se dispuso a preparar la comida, con sus expertas manos de auténtico hijo de las Regiones Cálidas. Miró de reojo a Pat, inclinada sobre sus ejemplares mientras les inyectaba una solución de bicloruro.

—¿Supones que los trioptes son la forma más elevada de vida del lado oscuro?

—Sin duda alguna —replicó Pat—. Si existiese alguna forma de vida más elevada, hubiera exterminado a estos feroces diablos, desde hace mucho tiempo.

Pero la joven se equivocaba de medio a medio.

En el espacio de cuatro días terrestres agotaron las posibilidades que ofrecía la accidentada llanura que rodeaba al cohete. Pat reunió una variada colección de especímenes, y Ham realizó una interminable serie de observaciones sobre la temperatura, las variaciones *magnéticas*, la dirección y la velocidad del viento helado.

Decidieron entonces trasladar su base de operaciones, y el cohete ascendió rugiendo para dirigirse hacia el sur, hacia la región donde, al parecer, las vastas y misteriosas Montañas de la Eternidad se alzaban al otro lado de la barrera de hielo, para extender sus estribaciones hacia el sombrío mundo del hemisferio nocturno. Volaban lentamente, ajustando la velocidad de los motores a la de unos modestos ochenta kilómetros por hora, pues hay que tener en cuenta que volaban en las tinieblas y solamente el faro de proa podía advertirles la presencia de peligrosas cumbres.

Hicieron alto en dos ocasiones, y en cada una de ellas les bastó un día o dos para percatarse de que la región explorada era similar a la de la primera base. Hallaron las mismas plantas bulbosas provistas de venas, el mismo viento glacial, las mismas risas emitidas por las gargantas sedientas de sangre de los trioptes.

Pero en la tercera ocasión, algo fue diferente. Descendieron para descansar en una llanura desolada y fragosa que se extendía al pie de las Grandes Eternidades. Muy lejos, hacia el oeste, la mitad del horizonte aún mostraba el verde resplandor del falso crepúsculo, pero todo cuanto se extendía al sur de aquella región era negro como la tinta, y quedaba oculto además a su vista por los enormes contrafuertes de la cordillera, que se alzaban hasta cuarenta kilómetros sobre sus cabezas hasta perderse en el negro firmamento. Las montañas eran invisibles, desde luego, en aquella región de noche eterna, pero los dos tripulantes del cohete sentían la proximidad de aquellas cumbres colosales.

Además, la poderosa presencia de los Montes de la Eternidad se hacía sentir de otra manera. Aquella región era cálida... No si se la comparaba con la zona crepuscular, desde luego, pero mucho más cálida que la llanura inferior. Sus termómetros indicaban dieciocho grados bajo cero a un lado del cohete y quince bajo cero en el otro. Los inmensos picachos, que ascendían hasta el nivel donde soplaban los altos vientos cálidos, hacían descender corrientes de aire caliente que elevaban la temperatura de la región, contrarrestando los efectos del gélido viento inferior.

Ham contempló ceñudo la parte de la llanura iluminada por sus reflectores.

—No me gusta —gruñó—. Nunca me gustaron estas montañas desde el día en que cometiste la estupidez de querer cruzarlas para regresar a la Región Fría.

—¡Quién habla de estupidez! —repuso Pat—. ¿Quién puso nombre a estas montañas? ¿Quién las cruzó? ¿Quién las descubrió? ¡Mi padre, por si lo habías olvidado!

—Y eso te hace creer que te corresponden en herencia —replicó Ham— y que no tienes que hacer más que silbar para que se tiendan a tus pies como perrito faldero, y para que el Paso del Loco se convierta en la avenida de un parque público. Con el resultado de que tú no serías ahora más que un montón de huesos mondos y lirondos en un barranco, si yo no hubiese estado allí para sacarte de él.

—¡Tú no eres más que un yanqui pusilánime! —le espetó ella—. Voy a salir un momento para echar *un vistazo* al exterior. —Se puso el traje de lana cauchutada y se dirigió a la puerta, donde se detuvo—. ¿Y tú... no vienes? —le preguntó con cierta vacilación.

El sonrió.

—¡Claro que sí! Sólo esperaba que me lo pidiesen.

Se puso su traje y la siguió al exterior.

Una vez allí, notaron algo diferente. En lo externo la meseta sobre la que se hallaban era una llanura yerma de piedra y hielo idéntica a lo que habían visto en las llanuras inferiores. Ante ellos se alzaban picachos erosionados por el viento de las

formas más fantásticas, y el tétrico paisaje que brillaba bajo la luz de sus reflectores del casco era exactamente el mismo que habían visto la primera vez.

Pero no hacía tanto frío allí; resultaba extraño que la altura, en aquel curioso planeta, significase aumento y no descenso de la temperatura, contrariamente a lo que sucedía en la Tierra. Ello era debido, según se ha dicho, a que aquella región estaba más próxima a la zona donde reinaban vientos cálidos, y además el viento helado ejercía un influjo menos importante en los Montes de la Eternidad, pues las altivas cumbres de éstas impedían su libre curso, desviándolo en ráfagas y ramalazos sueltos.

Además, la vegetación era menos escasa. Las masas bulbosas de plantas provistas de venas eran abundantísimas, y Ham tenía mucho cuidado en donde ponía los pies para no pisar a una de ellas y oír su gemido de dolor. Pat no tenía tales escrúpulos, pues afirmaba que aquel gemido era un simple reflejo; que los ejemplares que ella arrancaba y disecaba no sentían más dolor que el que sufre una manzana al comérsola; y que, de todos modos, aquello formaba parte del oficio de biólogo.

En un lugar lejano resonó la risa burlona de los trioptes entre los riscos, y entre las sombras movedizas que bailaban al extremo del haz luminoso de sus lámparas, Ham creyó ver más de una vez las siluetas de aquellos demonios de las tinieblas. Si eran ellos, al menos la luz los mantenía a saludable distancia, porque esta vez no les arrojaron piedras.

Sin embargo, producía una curiosa sensación avanzar siempre en el centro de un círculo de luz movedizo; Ham se imaginaba continuamente que más allá del límite visible se agazapaban extrañas y monstruosas criaturas, aunque la razón le decía que, caso de existir, la presencia de aquellos monstruos no podría haber pasado desapercibida.

Sus reflectores hicieron brillar ante ellos un farallón helado, una pared o acantilado que se extendía a derecha e izquierda cerrándoles el paso.

Pat le indicó algo con gesto excitado.

—¡Mira! —exclamó, iluminando un punto determinado con su proyector—. Cuevas abiertas en el hielo... parecen madrigueras. ¿Las ves?

Las vio... pequeñas aberturas negras, no mayores que la boca de un horno. Se extendían en hilera al pie del farallón de hielo. Algo negro se escabulló riendo hacia lo alto de la ladera brillante... un triops. ¿Serían aquellas las guaridas de las bestias? Ham bizqueó los ojos, en un esfuerzo por descubrir algo.

—¡Allí hay algo! —susurró a Pat—. ¡Mira! La mitad de las aberturas tienen algo delante... ¿O no son más que rocas para bloquear la entrada?

Cautelosamente y revólver en mano, ambos avanzaron. Nada más se movió, pero bajo la luz creciente de los haces luminosos, aquellos objetos fueron perdiendo su apariencia de rocas, y por último pudieran distinguir las venas y el aspecto carnoso y bulboso de aquellos seres.

Desde luego, pertenecían a una especie nueva. Ham pudo distinguir una hilera de manchas que parecían ojos, y múltiples patas bajo ellos. Aquellos seres parecían

cestos invertidos, recubiertos de una red de venas, de aspecto flácido y sin facciones determinadas, con excepción de un círculo completo de manchas ópticas. Y entonces pudo ver incluso las pestañas semitransparentes que se cerraban, posiblemente para proteger a los ojos del brillo doloroso de sus lámparas.

Se encontraban apenas a una docena de pasos de uno de aquellos seres. Tras una vacilación momentánea, Pat avanzó hacia el inmóvil y extraño animal.

—¡Vaya! —exclamó—. Aquí tenemos algo nuevo, Ham. ¡Hola, amigo!

Al instante siguiente ambos quedaron helados de espanto, completamente dominados por la estupefacción, el desconcierto y la confusión más profundas. Saliendo, al parecer, de una membrana situada en la parte superior de aquel organismo vivo, llegó hasta ellos una vocecita aguda y metálica que repetía:

—¡Hola, amigo!

Reinó un consternado silencio. Ham seguía empuñando el revólver, pero aunque hubiese tenido que utilizarlo, hubiera sido incapaz de hacerlo, pues ni siquiera se acordaba de él. Se hallaba paralizado; mudo de espanto.

Pero Pat consiguió articular unas palabras:

—No es... no es real —dijo débilmente—. Es un reflejo. Este ser repite como mi eco cualquier sonido. ¿No es verdad, Ham? ¿No es verdad?

—¡Pues... pues... claro! —Ham contemplaba fascinado aquellos ojos provistos de pestañas—. Tiene que serlo. ¡Probemos nuevamente! —Inclinándose hacia aquel ser, gritó—: ¡Hola! Responde.

El ser respondió:

—No es un reflejo.

La vocecita aguda hablaba un inglés perfecto.

—¡Esto no es eco! —dijo Pat con voz temblorosa, a tiempo que retrocedía—. Tengo miedo —gimoteó, tirando de la manga a Ham—. ¡Vámonos... en seguida!

El se colocó delante para protegerla.

—No soy más que un yanqui pusilánime —rezongó— pero voy a interrogar a este fonógrafo viviente hasta que consiga descubrir qué lo hace hablar... o quién.

—¡No, Ham! ¡No! ¡Tengo miedo!

—No parece peligroso —observó él.

—No soy peligroso —observó el ser colocado sobre el hielo.

Ham tragó saliva y Pat emitió un gemido de horror.

—¿Quién... quién eres? —consiguió tartamudear Ham.

No hubo respuesta. Los ojos cubiertos a medias por las pestañas le miraban fijamente.

—¿Qué eres? —intentó de nuevo.

El ser tampoco respondió.

—¿Cómo es que sabes inglés? —preguntó al acaso.

La vocecilla metálica repuso:

—Yo no sé inglés.

—Entonces... ejem... entonces, ¿por qué hablas inglés?

—Tú hablas inglés —aclaró aquel misterio viviente, con bastante lógica.

—No pregunto el por qué, sino el cómo. Pat, entretanto, había conseguido dominar parcialmente su espantosa impresión inicial, y su sagaz espíritu dio con la solución.

—Ham —le dijo en un agitado susurro—, utiliza las palabras que empleamos nosotros. ¡Nosotros le damos el significado de ellas!

—Vosotros me dais el significado de ellas —confirmó el ser casi como un eco.

Se hizo la luz en el cerebro de Ham.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó—. Entonces, eso quiere decir que podemos darle un vocabulario.

—Tú hablas, yo hablo —insinuó el extraño ser.

—¡Naturalmente! ¿Ves, Pat? Podemos decir lo que se nos antoje —Hizo una pausa—. Vamos a ver... «Cuando en el transcurso de los acontecimientos humanos...»

—¡Cállate! —barbotó Pat—. ¡So yanqui! Acuérdate que ahora estás en territorio británico. «Ser o no ser... esa es la cuestión...»

Ham hizo una mueca y guardó silencio. Cuando ella hubo agotado su repertorio, él la relevó:

—«Éranse una vez tres ositos...»

Y así siguieron por largo rato. De pronto aquella situación le pareció a Ham espantosamente ridícula... No era para menos. Allí estaba Pat relatando con el mayor cuidado el cuento de la Caperucita Roja a un monstruo desprovisto por completo del sentido del humor, en el lado nocturno de Venus. La joven le dirigió una mirada perpleja al oír que se desternillaba de risa.

—¡Cuéntale el chiste de Fritz y la bicicleta, a ver si se ríe! —dijo, medio ahogado por aquel ataque de hilaridad.

Ella unió sus carcajadas a las de Ham.

—No nos riamos, que este es un caso muy serio —concluyó—. ¡Imagínate, Ham! ¡Vida inteligente en el lado oscuro! ¿O es que no eres inteligente? —preguntó de pronto al ser que permanecía sobre el hielo.

—Soy inteligente —aseguró éste—. Soy inteligentemente inteligente.

—Cuando menos, eres un lingüista maravilloso —observó la joven—. ¿Te imaginabas, hace media hora, Ham, que alguien nos iba a dar lecciones de inglés? ¡Es extraordinario!

Al parecer, el temor que le inspiraba aquel ser habíase desvanecido.

—Pues vamos a sacar partido de ello —sugirió Ham—. ¿Cómo te llamas, amigo?

El «amigo» no replicó.

—Claro, hombre —intervino Pat—. No puede decirnos cómo se llama hasta que le pongamos un nombre en inglés, y eso no podemos hacerlo porque... bien, da lo mismo, llamémosle Oscar. Ese nombre nos servirá.

—Perfectamente. Dime, Oscar, ¿qué eres?

—Un ser humano. Soy un hombre.

—¿Eh? ¡Que me ahorquen si lo eres!

—Esas son las palabras que tú me has dado. Para mí yo soy un hombre para ti.

—Espera un momento. «Para mí yo soy...» Ya comprendo, Pat. Quiere decir que las únicas palabras que nosotros tenemos para designar lo que él se considera ser son palabras como hombre y ser humano. Bien... ¿Cómo son los de tu familia?

—Familia.

—Quiero decir tu raza. ¿A qué razas perteneces?

—A la raza humana.

—¡Vamos! —gruñó Ham—. Prueba tú, Pat.

—Oscar —dijo la joven—; tú dices que eres humano. ¿Eres un mamífero?

—Para mí el hombre es un mamífero para ti.

—¡Ohh, Dios mío! —Lo intentó de nuevo— Oscar: ¿cómo se reproduce tu raza?

—No tengo las palabras.

—¿Cómo has nacido?

La extraña cara o cuerpo sin facciones de aquel ser sufrió un ligero cambio. Unos párpados más gruesos cayeron sobre los párpados semitransparentes que protegían sus numerosos ojos; diríase que el extrañísimo ser... meditaba, frunciendo el ceño.

—Nosotros no nacemos —dijo con su vocecilla.

—Entonces... ¿semillas, esporas, partenogénesis? ¿O tal vez desdoblamiento?

—Esporas —respondió el misterio viviente— y desdoblamiento.

—Pero...

Pat hizo una pausa, Se rendía. En aquel momentáneo silencio les llegó el aullido burlón de un triops desde un punto muy lejano situado a su izquierda, y ambos se volvieron involuntariamente para mirar. Involuntariamente se hicieron atrás, aterrorizados. En el mismo límite del haz luminoso de sus lámparas uno de aquellos diablos hilarantes se había apoderado de lo que sin duda alguna era un semejante del ser que tenían frente a ellos, y se lo llevaba. Para mayor horror, los restantes permanecían agazapados con la mayor indiferencia frente a sus madrigueras.

—¡Oscar! —chilló Pat—. ¡Que se llevan a uno de los tuyos!

El disparo del revólver de Ham la interrumpió de pronto, pero el tiro no dio en el blanco.

—¡Esos diablos!... —articuló Pat—. ¡Se han llevado a uno! —El extraño ser no hizo el menor comentario—. ¿Es que eso no te importa, Oscar? ¡Han asesinado a uno de los tuyos! ¿No lo entiendes?

—Si.

—¿Pero... es que eso no te afecta en absoluto? —Pat empezaba a experimentar una cierta simpatía por aquellos seres, que le parecían casi humanos, por el hecho de poder hablar—. ¿Es que eso no te importa?

—No.

—¿Pero que son esos diablos para ti? ¿Cómo les dejáis que os asesinen?

—Nos comen —dijo Oscar con placidez.

—¡Oh! —exclamó Pat, horrorizada—. Pero... pero por qué vosotros no...

Se interrumpió, al ver que Oscar retrocedía con movimientos lentos y metódicos en dirección a su madriguera.

—¡Espera! —le gritó—. ¡Aquí no vendrán! Les asustan nuestras luces...

La vocecilla metálica observó:

—Hace frío. Me voy a causa del frío.

Reinó silencio.

En efecto, hacía más frío. El viento helado se había alzado en ráfagas que gemían entre las cumbres y al pasar su vista por el farallón, Pat vio que todos los semejantes de Oscar se retiraban a semejanza de éste al interior de sus madrigueras. Dirigió una mirada desvalida a Ham.

—¿No habremos... no habremos soñado? —susurró.

—Yo también lo he oído, Pat.

La tomó por el brazo y la condujo hacia el cohete, cuyas redondas portillas brillaban acogedoras en la oscuridad.

Cuando se hallaron en el caldeado interior, después de haberse quitado sus gruesas ropas protectoras, Pat cruzó sus lindas piernas, encendió un cigarrillo y trató de analizar de un modo racional aquel misterio.

—Hay en esto algo que no entiendo, Ham. ¿No notaste algo raro en Oscar?

—¡Es de una agilidad mental extraordinaria!

—Sí, es muy inteligente. Una inteligencia que puede compararse con la humana, o incluso... —vaciló— incluso superior. Pero no es una mente humana. Es diferente... cómo te diría... ajena a nosotros, extraña. No sé cómo expresarlo, pero... ¿no te diste cuenta que Oscar no nos hizo una sola pregunta? ¡Ni una sola!

—Pues si... es verdad. ¡Qué extraño!

—Muy extraño. Cualquier inteligencia humana haría multitud de preguntas al encontrarse ante otra forma de vida pensante. Es lo que hicimos nosotros. —Lanzó una pensativa bocanada de humo—. Y esto no es todo. La... la indiferencia que demostró cuando el triops atacó a su congénere... ¿es que era humano o siquiera terrenal? Yo observé una vez como una araña cazadora se apoderaba de una mosca sin molestar a las restantes que la rodeaban, pero, ¿puede suceder tal cosa tratándose de seres inteligentes? De ningún modo; ni siquiera tratándose de cerebros tan primarios como los de los ciervos o los gorriones. Si matas a uno de ellos, los demás huirán asustados.

—Esto es cierto, Pat. Oscar y sus congéneres son uno tipos extrañísimos. ¡Qué animales tan raros!

—¿Animales? ¡No me digas que no te diste cuenta, Ham!

—¿Cuenta de qué?

—Oscar no es un animal. Es una planta... un vegetal de sangre caliente y que

puede desplazarse. Durante todo el tiempo que conversamos con él permaneció arraigado con su... bueno, con su raíz. Y lo que te parecieron patas, Ham... no eran más que vainas o cápsulas. No las utiliza para andar; se arrastra sirviéndose de su raíz. Y aún hay más...

—¿Qué más?

—Pues que esas cápsulas, Ham, son iguales a las que los trioptes nos arrojaron en el desfiladero de los Montes de la Eternidad, y que estuvieron a punto de ahogarnos y aplastarnos...

—Si, las que por poco te mandan al otro barrio.

—¡De todos modos, recuerda que me di cuenta de ellas! —replicó Pat, enrojeciendo—. Pero forman parte del misterio, Ham. ¡Oscar posee un cerebro vegetal!

Hizo una pausa, fumando pensativamente, mientras Ham llenaba la pipa.

De pronto la joven preguntó:

—¿Y si la presencia de Oscar y sus semejantes representase un peligro, una amenaza para la ocupación humana de Venus? Estamos de acuerdo de que existen seres vivos en el lado oscuro, pero... ¿que ocurriría si se descubriesen minas aquí? ¿Qué pasaría si esto se convirtiese en un lugar adecuado para la explotación comercial? Ya sé que los seres humanos no pueden vivir indefinidamente privados de luz solar, pero podría surgir la necesidad de establecer colonias temporales aquí. ¿Qué sucedería entonces?

—¿Y qué iba a suceder?

—Eso es lo que yo me pregunto. ¿Habría sitio en el mismo planeta para dos razas inteligentes? ¿No surgiría tarde o temprano un conflicto entre intereses opuestos?

—¿Y qué si tal sucediese? —gruñó Ham—. Esos seres son primitivos, Pat. Viven en cuevas, sin cultura, sin armas. No significan un peligro para el hombre.

—Pero son extraordinariamente inteligentes. ¿Cómo sabes tú que los que hemos visto no son más que una tribu salvaje, y que en algún lugar del inmenso hemisferio oscuro no existe una civilización vegetal? Ya sabes que la civilización no constituye un privilegio exclusivo de la humanidad... Recuerda la civilización de Marte, antaño poderosa, y los restos muertos de una cultura que se hallaron en Titan. Ha sucedido únicamente que el hombre es el que ha desarrollado hasta el momento la cultura más extraña.

—Esto es cierto, Pat —asintió él—. Pero si los congéneres de Oscar no dan muestras de mayor agresividad que la que demostraron ante aquel cruel triops, en ese caso no constituyen ninguna amenaza.

Ella se encogió de hombros.

—No comprendo en absoluto lo que sucedió. Me pregunto si...

Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo.

—¿Si qué?

—No lo sé. Se me ha ocurrido una idea... una idea espantosa. —De pronto

levantó la mirada—. Oye, Ham: mañana pienso ir a averiguar el grado de inteligencia de Oscar. Quiero saber lo inteligente que es éste... ésta... sí puedo.

No obstante, surgieron ciertas dificultades. Cuando Ham y Pat se aproximaron al farallón de hielo, después de cruzar la fantasmagórica llanura, se detuvieron ante él profundamente perplejos, pues no sabían cuál era la cueva que ocupaba Oscar. Bajo la luz cegadora de sus lámparas, que arrancaba reflejos diamantinos al hielo, cada abertura parecía una réplica exacta de la contigua, y sus ocupantes, instalados ante la entrada de sus moradas, les miraban con sus ojos extrañísimos, en los que no se leía ninguna expresión.

—Bien —dijo Pat, desconcertada—, tendremos que probarlo. Oye, tú: ¿Eres Oscar?

La vocecilla replicó:

—Sí.

—No es posible —objetó Ham—. Estaba mucho más a la derecha. ¡Oye, tú! ¿Eres Oscar?

Otra vocecilla respondió.

—Sí.

—No podéis ser Oscar los dos simultáneamente.

El que había elegido Pat respondió:

—Todos somos Oscar.

—Bueno, dejémoslo —dijo Pat, atajando las protestas de Ham—. Al parecer cada uno de ellos participa de lo que saben los restantes, así es que no importa cual elijamos. Oscar, ayer dijiste que sois inteligentes. ¿Sois mucho más inteligentes que yo?

—Sí, mucho más inteligentes.

—¡Vaya! —se mofó Ham—. ¡Encaja ésta, Pat!

Ella lanzó un bufido.

—Eso quiere decir que está muy por encima de ti, yanqui. Oscar, ¿mientes alguna vez?

Los párpados opacos descendieron sobre los translúcidos.

—¿Mientes? —repitió la aguda vocecilla—. No. No hace falta.

—Bien, dime... —Pat se interrumpió de pronto al oír un golpe sordo—. ¿Qué es eso? ¡Oh! ¡Mira, Ham, una de sus cápsulas ha estallado!

La joven retrocedió.

Un olor acre y penetrante les asaltó, recordándoles los peligrosos momentos pasados en el desfiladero. Sin embargo, esta vez no era lo suficientemente fuerte para provocar síntomas de asfixia en Ham o hacer perder el conocimiento a Pat. Era penetrante y acre, y a pesar de ello no del todo desagradable.

—¿Para qué sirve eso, Oscar?

—Es para que podamos...

La vocecilla se calló.

—¿Reproduciros? —insinuó Pat.

—Sí. Reproducimos. El viento transporta las esporas de uno a otro de nosotros. Vivimos donde el viento no es seguido.

—Pero ayer dijiste que vuestro método de reproducción era el desdoblamiento.

—Sí. Las esporas se adhieren a nuestros cuerpos y hay una...

La vocecilla cesó de nuevo.

—¿Una fertilización? —apuntó la joven.

—No.

—Pues... ¡Ya lo sé! ¡Una irritación!

—Sí.

—¿Que produce una especie de tumor?

—Sí. Cuando éste termina de crecer, nos desdoblamos, nos separamos.

—¡Puah! —rezongó Ham—. ¡Un tumor!

—¡A callar, tú! —le ordenó la joven—. Un niño no es más que eso... un tumor normal.

—Un tumor... Vamos, me alegro de no ser biólogo. ¡Ni una mujer!

—Yo también —dijo Pat, muy seria—. ¿Sabes muchas cosas, Oscar?

—Lo sé todo.

—¿Sabes de dónde vinieron mis semejantes?

—De más allá de la luz.

—Sí, pero, ¿y antes?

—No.

—Venimos de otro planeta —dijo la joven con énfasis. Al observar el silencio de Oscar, le preguntó—: ¿Sabes lo que es un planeta?

—Sí.

—¿Lo sabías antes de que yo pronunciase esa palabra?

—Sí. Desde mucho antes.

—¿Pero cómo? ¿Sabes lo que es maquinaria? ¿Sabes lo que son armas? ¿Sabrías hacerlas?

—Sí.

—¿Entonces... por qué no las haces?

—No hace *falta*.

—¡No hace falta, no hace falta! Mediante la luz... aunque sólo fuese mediante el fuego... podríais alejar a los trioptes. ¡Los podríais mantener a raya y evitar que os devorasen!

—No hace falta.

Ella se volvió con gesto desvalido hacia Ham.

—Ese bicho miente —le susurró éste.

—No lo creo —murmuró ella—. Es otra cosa... algo que no comprendes. ¿Cómo sabes todas esas cosas, Oscar?

—Inteligencia.

En la cueva contigua estalló otra cápsula con una explosión sorda.

—¿Pero cómo? Dime cómo has averiguado estas cosas.

—A partir de cualquier cosa —dijo el extrañísimo ser— la inteligencia puede formarse una imagen del...

Silencio.

—¿Universo? —insinuó Pat.

—Sí. Del Universo. A partir de un hecho inicial construyo un razonamiento. Me formo una imagen del Universo. Tomo entonces otro hecho inicial. Construyo otro razonamiento. Descubro que el Universo que me represento es idéntico al primero. Entonces sé que esta imagen es verdadera.

Ambos contemplaron sobrecogidos al ser parlante.

—¡Oye! —dijo Ham, tragando saliva—. ¡De ser cierto eso, podríamos saberlo todo gracias a Oscar! Escucha, Oscar, ¿puedes decirnos secretos que nosotros no sepamos?

—No.

—¿Y por qué no?

—Primero vosotros tenéis que darme las palabras adecuadas. Yo no puedo hablaros de cosas para las que no tenéis palabras.

—¡Es cierto! —susurró Pat—. Pero escucha, Oscar, nosotros poseemos las palabras tiempo, espacio, energía, materia, ley y causalidad. ¿Puedes decirme la última ley del Universo?

—Es la ley de...

Silencio.

—¿Conservación de la energía o la materia? ¿De la gravitación?

—No.

—¿De... de Dios?

—No.

—¿De... de la vida?

—No. La vida no tiene ninguna importancia.

—¿De... de qué? No se me ocurre nada más. No tengo más palabras.

—Existe una posibilidad —dijo Ham con voz ronca—. ¡La de que no exista palabra para eso!

—Sí, existe —dijo Oscar—. Es la ley del azar. Todas las palabras que habéis dicho no son más que facetas diferentes de la ley del azar.

—¡Dios Todopoderoso! —dijo Pat, sin aliento Oscar, ¿sabes lo que significan estrellas, soles, constelaciones, planetas, nebulosas y átomos, protones y electrones?

—Sí.

—¿Pero... cómo? ¿Has visto alguna vez las estrellas que brillan sobre esas nubes eternas? ¿O el sol al otro lado de la barrera?

—No. Pero me basta con la razón, porque el Universo solamente puede existir de una manera. Sólo lo que es posible es real; lo que no es real, tampoco es posible.

—Eso... eso parece encerrar un significado oculto —murmuró Pat—. No alcanzo a comprenderlo exactamente. Pero Oscar, ¿por qué no utilizáis vuestra sabiduría para protegeros de vuestros enemigos?

—No hace falta. No hace falta hacer nada. Dentro de cien años estaremos...

Silencio.

—¿A salvo?

—Si... no.

—¿Cómo? —Una horrible idea cruzó por su cerebro—. ¿Quieres decir acaso... extinguidos?

—Sí.

—Pero... vamos, Oscar. ¿No queréis vivir? ¿No quiere sobrevivir tu pueblo?

—Quieres —chilló la vocecilla de Oscar—. Quieres, quieres, quieres. Esta palabra no significa nada.

—Significa... significa deseo, necesidad.

—El deseo no significa nada. ¿Necesidad? No. Mi pueblo no necesita sobrevivir.

Pat lanzó una débil exclamación.

—¿Entonces, por qué os reproducís?

Como en respuesta a esta pregunta, una cápsula estalló lanzando su acre polvillo hacia ellos.

—Porque debemos hacerlo —dijo la vocecilla de Oscar—. Cuando las esporas nos alcanzan, debemos hacerlo.

—Comprendo —murmuró Pat, lentamente— Ham, creo que ya he dado en el clavo. Me parece comprenderlo. Volvamos a la nave.

Sin despedirse dio media vuelta y él la siguió pensativo. Una extraña inquietud le dominaba.

Sólo les ocurrió un pequeño incidente. Una piedra tirada por un solitario trioptes oculto en un recodo del acantilado rompió la lámpara de la izquierda del casco de Pat. La joven apenas hizo caso; lanzó una breve mirada de soslayo y siguió andando. Pero durante todo el camino de regreso, en las tinieblas que reinaban a su izquierda, apenas rasgadas por la sola lámpara de Ham, les persiguieron aullidos, alaridos y risas burlonas.

En el interior del cohete, Pat dejó caer su bolso lleno de ejemplares sobre la mesa y se sentó sin quitarse su equipo contra el frío. Ham hizo lo propio; a pesar del calor opresor que le proporcionaba, él también se dejó caer exánime, medio tumbado sobre la litera.

—Estoy cansada —dijo la joven—, pero no tanto como para no comprender lo que significa este misterio.

—A ver, cuenta.

—Ham, ¿quieres decirme cuál es la diferencia principal que hay entre la vida vegetal y animal?

—Pues... las plantas sacan directamente su sustento del suelo y el aire. En

cambio, los animales se alimentan de plantas o de otros animales.

—Esto no es cierto del todo, Ham. Algunas plantas son parasitarias y viven a expensas de otros seres vivos. Piensa en lo que sucede en las Regiones Cálidas, o por ejemplo, en algunas plantas terrestres: los hongos, la sarracenia purpúrea, la *Dionaea* o planta carnívora que se alimenta de moscas.

—Pero los animales se mueven, se desplazan, y las plantas, no.

—Esto tampoco es cierto. Ahí tienes a los bacilos, por ejemplo; son vegetales, pero nadan en busca de sustento.

—¿Entonces, en qué existe la diferencia?

—Es difícil de expresar —murmuró Pat—, pero me parece que ya la veo. Es ésta: los animales sienten deseo y las plantas necesidad. ¿Me comprendes?

—Ni una sola palabra.

—Escucha, cabezota. Una planta, aunque tenga la facultad de desplazarse, actúa por que *debe hacerlo*, porque ha sido construida para hacerlo así. Un animal actúa porque *quiere hacerlo*, o porque ha sido construido de manera que así lo quiera.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Una muy importante. El animal posee voluntad, y la planta no. ¿Lo ves, ahora? Oscar posee la inteligencia magnífica de un dios, pero tiene la voluntad de un gusano. Tiene reacciones, pero no deseos. Cuando el viento es más cálido sale para alimentarse; cuando hace frío se arrastra al interior de la cueva que ha abierto en el hielo el calor de su cuerpo, pero eso no es voluntad: es una simple reacción. ¡Ese ser no tiene deseos!

Ham se levantó agitado, olvidando su laxitud.

—¡Que me cuelguen si eso no es cierto! —gritó—. Por esto ni él ni sus semejantes hacen preguntas. ¡Para hacer una pregunta hacen falta deseo o voluntad! ¡Y por esto nunca tendrán civilización ni sabrán lo que esta palabra significa!

—Por esto y por otras razones —observó Pat— Piensa, además, que Oscar no tiene sexo, y, a pesar de tu orgullo yanqui, la rivalidad de los sexos ha constituido un factor muy importante en el desarrollo de la civilización. Esta oposición es la base de la familia, y entre el pueblo de los Oscar —por llamarlos así— no existen padres ni hijos. Estos seres se reproducen por desdoblamiento, y cada una de las dos mitades es un individuo adulto. Probablemente posee toda la sabiduría y recuerdo de la raza.

»No tienen necesidad de amar, en realidad no hay lugar para el amor entre ellos y, por consiguiente, no existe la lucha por la posesión de la hembra y en defensa de la familia, y ningún motivo para que traten de hacer la vida más fácil de lo que es, y ninguna causa que les haga aplicar su inteligencia al desarrollo del arte, de la ciencia o de lo que sea. —Hizo una pausa—. ¿Oíste hablar alguna vez de la *Ley de Malthus*, Ham?

—No la recuerdo en este momento.

—Pues bien: la ley de Malthus dice que la población depende de las reservas alimenticias. A cuanto más comida, más población. El hombre se ha desarrollado bajo

esta ley; durante un par de siglos dejó de aplicarse, pero nuestra raza se convirtió en humana a su amparo.

—¿Quedó en suspenso? Eso sería como negar la ley de la gravitación universal o tratar de modificar el principio de Arquímedes.

—Nada de eso. Esa ley quedó en suspenso debido al gran progreso mecánico que tuvo lugar en los siglos diecinueve y veinte, que aumentó de tal modo las reservas alimenticias, que la población quedó retrasada respecto a ellas, y aún no nos ha puesto a su nivel. Pero las leyes malthusianas volverán a aplicarse.

—¿Eso qué tiene que ver con Oscar?

—Ahora lo verás, Ham. Su evolución no se realizó bajo esta ley. Los factores que mantenían el número de los individuos de su especie por debajo del límite de las reservas alimenticias, eran otros, y por lo tanto, estos seres no sintieron la necesidad de la lucha por la vida. Se hallan tan perfectamente adaptados al medio que no necesitan nada más. Para ellos, la civilización sería algo superfluo.

—Pero... ¿y los trioptes?

—Sí, hablemos de ellos. Tienes que pensar, Ham, tal como te decía hace unos días, que los trioptes llevan relativamente poco tiempo aquí, pues llegaron a estas regiones expulsados de la zona crepuscular. A la llegada de estos diablos, los congéneres de Oscar ya estaban plenamente evolucionados, y no podían cambiar para hacer frente a las nuevas condiciones, para adaptarse rápidamente a ellas. Así es que están condenados a la extinción. Como el propio Oscar afirma, ésta no tardará en producirse, lo cual... a ellos no les importa —Se estremeció—. Todo cuanto hacen, todo cuanto pueden hacer, es instalarse frente a sus cuevas y pensar. Probablemente sus pensamientos son elevadísimos, pero no tienen ni la voluntad de un ratón. ¡La inteligencia de un vegetal es esto y no puede ser otra cosa!

—Me parece... me parece que tienes razón —murmuró él—. Si bien se mira es horrible, ¿verdad?

Ella se estremeció a pesar de su grueso ropaje.

—Sí, es horrible. Es horrible ver condenadas a la inacción esas mentes amplias y magnificas. Me hacen pensar en un potente motor de explosión con el árbol impulsor roto, que a pesar de funcionar perfectamente no puede hacer girar la rueda. ¿Sabes qué nombre voy a ponerles, Ham? Los *Lotophagi veneris*... los lotófagos, los comedores de loto (2). Se contentan con permanecer inactivos, entregados a sus altas contemplaciones, dejando que espíritus inferiores —como nosotros y los trioptes— se disputen el planeta.

—Me parece un nombre muy adecuado, Pat Al ver que se levantaba le preguntó sorprendido ¿Y tus ejemplares? ¿No vas a prepararlos?

—Oh, mañana.

Patricia se dejó caer sin desvestirse sobre su litera.

—¡Pero se echarán a perder! Además, tengo que repararte algo del casco.

—Mañana —repitió ella cansadamente, y como el también se sentía molido, no

insistió.

Cuando el nauseabundo olor de materia en descomposición le despertó unas horas después, Pat dormía profundamente, envuelta en su pesado traje. Ham tiró la bolsa con los ejemplares por la escotilla, y a continuación quitó con el mayor cuidado el pesado traje a su esposa. Ella apenas se movió mientras él la acostaba cariñosamente en su litera.

Pat ni siquiera echó de menos la bolsa de ejemplares al día siguiente, si es que podía llamarse día a aquella noche interminable. Saliendo del cohete, ambos empezaron a recorrer la tétrica meseta. La lámpara rota de la joven no había sido reparada. A su izquierda, nuevamente, les siguió la salvaje y burlona risa de los habitantes de la noche, el viento glacial transportaba hasta ellos sus ecos sobrenaturales. Por dos veces unas piedras tiradas desde muy lejos hicieron saltar astillas brillantes de hielo de los riscos vecinos. Ellos seguían avanzando en silencio, imperturbables, como dominados por una fascinación extraña, pero sus mentes estaban claras, lúcidas.

Pat se dirigió al primer lotófago que vieron.

—Hemos vuelto, Oscar —le dijo con un débil destello de su peculiar petulancia—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Pensando —dijo la vocecilla del pequeño ser.

—¿Y en qué piensas?

La voz se quebró.

Una cápsula estalló, y ambos notaron aquel curioso y agradable olor acre.

—¿En... nosotros?

—No.

—¿En... el mundo?

—No.

—¿En... a qué seguir? —dijo ella, cansada—. Así no acabaremos nunca. Quizás nunca te haríamos la pregunta acertada.

—Si es que esa pregunta existe —añadió Ham ¿Cómo sabes si hay palabras que puedan expresarla? ¿Quién te dice que nuestras mentes son capaces de concebir ese pensamiento? Debe haber pensamientos inconcebibles para nosotros.

A su izquierda una cápsula estalló con un sordo *pop*. Ham vio pasar el polvillo como una sombra bajo la luz de sus reflectores, impelido por el viento helado, y vio también como Pat aspiraba profundamente el aire acre cuando el polvillo la envolvió flotando. Resultaba muy curioso que aquel perfume fuese tan agradable, y más teniendo en cuenta que fue el mismo que, en cantidades mayores, estuvo a punto de costarles la vida. Sintió una vaga preocupación ante esta idea, pero comprendió que no había motivo de preocuparse.

De pronto se dio cuenta de que ambos permanecían en completo silencio ante el lotófago, a pesar de que habían ido allí para interrogarle.

—Oscar —le preguntó—. ¿Cuál es el significado de la vida?

—Ninguno. No tiene significado.

—Entonces, ¿por qué luchamos por ella?

—Nosotros no luchamos por ella. La vida no tiene importancia.

—Y cuando hayáis desaparecido, el mundo seguirá como antes ¿no es verdad?

—Nuestra desaparición no importará a nadie, con excepción de los trioptes que nos comen.

—Que os comen —repitió Ham como un eco.

Había algo en aquella idea que conseguía atravesar la niebla de indiferencia que cubría su mente. Miró a Pat con el rabillo del ojo y la vio inmóvil y silenciosa a su lado. Al resplandor de la propia lámpara de su casco vio brillar sus claros ojos grises tras los gruesos lentes, mientras miraba frente a ella, abstraída o sumida en profundos pensamientos. Más allá del acantilado resonaron de pronto los aullidos y las carcajadas demoníacas de los moradores de las tinieblas.

La llamó:

—Pat.

Ella no respondió.

—¡Pat! —repitió, sujetándola por el brazo—. Tenemos que volvernos. —A su derecha estalló otra cápsula—. Tenemos que volvernos —repitió.

Una repentina lluvia de pedruscos cayó por el acantilado. Una piedra le alcanzó en el casco, y su lámpara delantera se rompió con una explosión sorda. Otra, le dio en el brazo, causándole un vivo dolor, aunque esto no le importó lo más mínimo en aquellos momentos.

—Tenemos que volvernos —repitió con obstinación.

Patricia habló por último, sin moverse:

—¿Para qué? —se preguntó sombría.

El frunció el ceño, estupefacto. ¿Para qué? ¿Para qué volver a la zona crepuscular? Surgió en su mente la imagen de Erotia, y luego la visión de aquella luna de miel que ambos habían pensado ir a pasar a la Tierra, y después una serie de escenas terrestres... Nueva York, el patio de una universidad rodeada de árboles, la soleada granja donde transcurrió su infancia. Pero todo ello parecía lejanísimo e irreal.

El golpe violento que recibió en el hombro le arrancó a este ensueño. Vio volar una piedra en dirección al casco de Patricia. Sólo dos de las cuatro lámparas de la joven, la posterior y la de la derecha, seguían encendidas, y él se dio cuenta a medias de que en su propio casco sólo brillaban la posterior y la de la izquierda. En lo alto del acantilado, que ahora permanecía a oscuras al hallarse iluminado por el rayo de sus lámparas delanteras, danzaban oscuras sombras, y las piedras silbaban y rebotaban a su alrededor.

Haciendo un supremo esfuerzo, la zarandó por el brazo.

—¡Tenemos que volvernos! —murmuró.

—¿Por qué? ¿Por qué debemos volver?

—Porque nos matarán si nos quedamos.

—Sí, ya lo sé pero...

El dejó de escucharla y la sacudió desesperadamente. Pat giró en redondo y lo siguió con paso vacilante, mientras él emprendía el regreso hacia el cohete.

Tremendos alaridos resonaron cuando sus lámparas posteriores barrieron el acantilado con su luz, y mientras Ham tiraba de su esposa con lentitud desesperante, los aullidos se desparramaron a derecha e izquierda. Ham comprendió lo que aquello significaba; los diabólicos seres describían un círculo a su alrededor, un movimiento envolvente que les pondría frente a ellos, en un lugar donde no podrían ahuyentarlos al faltarles la luz protectora de sus lámparas delanteras.

Pat le seguía con indiferencia, sin poner el menor empeño por su parte. La llevaba casi a rastras, y el esfuerzo se le hacía intolerable. Y cerrándole el paso danzaban las sombras aulladoras de los diablos sedientos de su sangre.

Ham volvió la cabeza para barrer las tinieblas con el haz luminoso de su proyector derecho. Resonaron chillidos cuando los trioptes se refugiaron en la sombra protectora que les ofrecían rocas y agujas, pero Ham, al avanzar con la cabeza vuelta de lado, tropezó y cayó frecuentemente.

Pat no quería alzarse a pesar de todos sus esfuerzos.

—No hace falta —murmuró, pero no ofreció la menor resistencia cuando él la levantó del suelo.

De pronto se le ocurrió una idea. La tomó en sus brazos, colocándola de manera que su lámpara de la derecha iluminase hacia delante, y así consiguió llegar por fin tambaleándose hasta el círculo de luz que rodeaba el cohete. Abriendo la escotilla, dejó caer a su preciosa carga en el interior de la nave.

Se llevó esta última impresión de aquel mundo tenebroso... vio las sombras de los trioptes alejarse saltando y brincando, entre horrísonas carcajadas, hacia el acantilado donde Oscar y su pueblo esperaban con una plácida aceptación el desenvolvimiento de su destino.

El cohete avanzaba rugiendo a sesenta y cinco mil metros de altura, porque las innúmeras observaciones y fotografías realizadas desde el espacio demostraron que más allá de sesenta y cinco kilómetros de altura, ni siquiera las altivas cumbres de los Montes de la Eternidad alzaban la cabeza. Detrás se extendían negros nubarrones, pero ante ellos se alzaban nubes brillantes y blancas, pues acababan de penetrar en la zona crepuscular. A aquella altura incluso era apreciable la amplia curvatura del planeta.

—Un huevo medio cocido, medio crudo —dijo Ham, mirando hacia abajo—. Prefiero el huevo cocido.

—Fueron las esporas —prosiguió Pat, sin hacerle caso—. Ya sabíamos que producían efectos narcóticos pero, ¿quién iba a suponer que introducirían, en mi,

droga tan sutil... dejándome sin voluntad y sin fuerzas? Oscar y los suyos son los lotófagos y el loto, todo de una pieza. Pero no puedo dejar de sentir compasión por ellos. ¡Qué colosales, magníficas e inútiles son sus mentes! —Hizo una pausa—. Oye, Ham, ¿qué te advirtió de lo que estaba pasando? ¿Cómo conseguiste arrancarte a aquel hechizo?

—Oh, se debió a una observación de Oscar... cuando dijo que todos terminarían comidos por los trioptes.

—Bien, ¿y qué?

—Pues verás: ¿ya sabías que se nos han terminado las provisiones? ¡Sencillamente, esa observación me recordó que llevaba dos días sin comer!

TERROR EN EL ESPACIO

Leigh Brackett

Lundy conducía con sus propias manos el convertible aero-espacial. Lo había estado haciendo durante mucho tiempo. Tanto tiempo, que la mitad inferior de su cuerpo estaba dormida e insensible hasta las puntas de los pies y la mitad superior aun mas insensible, con excepción de dos dolores separados peores que los que produce un flemón: uno alojado en su espalda y el otro en la cabeza.

Los jirones de nubes desgarradas y arrancadas de la espesa atmósfera venusiana color gris perla, pasaban rápidamente junto a la veloz aeronave. Los reactores palpitaban y zumbaban, mientras los instrumentos se movían desordenadamente bajo el influjo de las corrientes magnéticas que hacen de la atmósfera venusiana la pesadilla de los pilotos.

Jackie Smith seguía frío y envarado en el asiento del copiloto. A través de la portezuela cerrada que tenía a sus espaldas y que comunicaba con la minúscula cabina interior, Lundy oía gritar y debatirse a Farrell.

Hacía rato que gritaba. Desde que la inyección de avertina que le puso Lundy cuando lo subieron a bordo dejó de surtir efecto. Se debatía chillando e intentando librarse de las correas, profiriendo roncas exclamaciones que nada significaban.

Luchaba y se debatía a causa de *aquello*.

En algún lugar dentro de Lundy, dentro del arrugado y sudoroso uniforme negro de la Sección Especial de la Policía de los Tres Mundos, dentro del metro sesenta y cinco de gruesos y acerados músculos que este uniforme recubría, había un nudo. Un nudo muy grande, y muy frío también a pesar del sofocante calor que reinaba en la cabina, y además tenía la mala costumbre de contraerse de vez en cuando, haciendo que Lundy se estremeciese y sudase copiosamente, como si le hubiesen pinchado.

A Lundy no le gustaba tener aquel nudo frío en el estómago, pues eso significaba que tenía miedo. Había tenido miedo muchas otras veces, y no se avergonzaba de ello. Pero en aquellos momentos necesitaba apelar a toda su inteligencia y valor para devolver *aquella* a su cuartel general de Vhia, y no deseaba tener que luchar también consigo mismo.

El miedo puede hacer las cosas muy difíciles. Puede debilitarnos cuando necesitamos ser más fuertes, si queremos salvar nuestra vida. Y en este caso se trataba de su vida y la de sus dos compañeros.

Lundy confiaba en poder dominar su miedo, y también su cansancio... porque *aquello* permanecía agazapado en la pequeña arquita guardada en la caja fuerte, esperando que alguien se desmoronase.

Farrell se había desmoronado completamente, desde luego, pero estaba firmemente sujeto. Jackie Smith había empezado a mostrar signos de desmoralización antes de desvanecerse, y por ello Lundy tenía una mano puesta sobre la jeringuilla

hipodérmica cargada con anestésico que pendía a un lado de su asiento. Y Lundy pensaba:

«Lo peor de todo es que no se sabe cuando empieza a actuar en nosotros. No existen precedentes, o si existen nosotros los desconocemos. Quizás ahora mismo, las indicaciones que veo en estas esferas sean completamente falsas...»

Por debajo de ellos, podía atisbar de vez en cuando pequeñas extensiones de océano entre los jirones de niebla gris. Las aguas negras, inmóviles, sin mareas ni oleajes del planeta Venus, que ocultan innúmeros secretos de su vida pretérita.

Lo que veía no era de ninguna utilidad para Lundy. Le era imposible calcular su rumbo... podía hallarse sobre un punto cualquiera del océano. Esperaba que los motores seguirían funcionando con regularidad, o de lo contrario todos se darían un buen baño, en la inmensa extensión de aguas negras y tranquilas.

Farrell seguía gritando. Parecía tener la garganta blindada. Chillaba y se debatía para libertarse de sus ligaduras, porque *aquello* estaba encerrado y pedía socorro.

—Tengo frío —dijo—. Oye, enanito.

Lundy volvió la cabeza. Por lo general mostraba una cara redonda, fresca y vivaracha, en la que brillaban unos ojos oscuros y una sonrisa juvenil que dejaba al descubierto sus dientes blanquísimos. En aquellos momentos, su aspecto era más bien el de una basura que el camarero hubiese sacado con la escoba de debajo una mesa a las cuatro de la madrugada, del día de año nuevo.

—Tienes frío, ¿eh? —dijo con voz ronca, pasándose la lengua por los labios empapados de sudor—. ¡Tanto mejor! Eso es lo que necesitamos.

Jackie Smith se movió un poco, gruñó y trató de incorporarse. Su guerrera negra estaba entreabierta, mostrando los vendajes blancos que le cruzaban el pecho, y tenía la mano izquierda sobre el extremo roto de la cremallera que cerraba la guerrera. Era un hombre corpulento y no mayor que Lundy, de facciones prominentes y feas, unos cabellos ásperos y claros y una tez que parecía cuero reseco.

—En Mercurio, donde nací —dijo— el clima es adecuado para los seres humanos. Vosotros, los pisaverdes del Viejo Mundo... —Se interrumpía, palideciendo bajo su piel curtida, y dijo con los dientes muy apretados—: ¡Vaya! Veo que Farrell se ha ocupado a conciencia de mí.

—Te salvarás —le dijo Lundy, tratando de no pensar en lo cerca que él y Smith estuvieron de la muerte. Farrell había luchado como un demonio cuando lo descubrieron en una aldea indígena, situada en lo más alto de los Montes de la Nube Blanca.

Lundy aún recordaba con horror lo sucedido.

A Lundy no le importaba entendedérselas con matones o andar a tortas con los peores rufianes. Pero Farrell no era de éstos. Sólo era un buen muchacho que cayó en las redes de alguien mucho más fuerte que él.

Un buen muchacho, enamorado con locura de alguien inexistente. Un muchacho decente y trabajador, con esposa y dos hijos, que perdió la chaveta, el alma y el

corazón por un ser del espacio, hasta el punto que estaba dispuesto a matar para protegerlo.

«¡Qué diablo!», pensó Lundy, cansado y furioso. «¿No dejará nunca de chillar?»

Los reactores rugían poderosos. Los grises jirones de niebla pasaban con rapidez junto a la nave. Jackie Smith permanecía sentado, muy rígido, con los ojos cerrados, los labios pálidos y respirando entrecortadamente. Y aún faltaba mucho para llegar a Vhia.

Tal vez más de lo que él suponía. Quizás ni siquiera se dirigía hacia Vhia. Quizá *aquello* ejercía su influjo sobre él, y nunca lo sabría hasta que su aparato se estrellase.

El frío nudo se apretó aún más en su estómago, como la helada hoja de un cuchillo clavado en su carne.

Lundy lanzó una maldición. Sí se dejaba llevar por aquella clase de pensamientos, se iría de cabeza al infierno.

Pero no podía dejar de pensar en *aquello*. En el ser que había apresado gracias a una red especial de apretadas mallas metálicas. Echó aquella red sin mirar sobre algo que Farrell estaba contemplando. El ser que había metido a la fuerza en el cofre de glasita, cubriéndolo con una tela negra porque le habían advertido que no lo mirase.

A Lundy le cosquilleaban y le ardían aún las manos, de una manera que no era desagradable. Todavía le parecía notar aquel pequeño ser debatiéndose desesperadamente para escapar, cubierto por la red. Le pareció de una forma vagamente cilíndrica y terriblemente vivo.

Aquello era vida. Vida del espacio interplanetario, que salió de una nube de polvo cósmico atraída por la fuerza de gravedad de Venus. Desde que Venus atravesó aquella nube, se desencadenó una extraña oleada de locura en todo el planeta. Una locura como la que hizo su víctima de Farrell, que causó muertes y cosas aún peores.

Los hombres de ciencia tenían algunas teorías acerca de lo que podía ser aquella vida del espacio. Tuvieron la suerte de descubrir el cadáver de uno de aquellos seres, y circulaban varios rumores acerca de una substancia de apariencia cristalina que en realidad no era cristal, de unos ocho centímetros de longitud y magníficamente cincelada y estriada, provista además de unos pequeños y extrañísimos instrumentos cuyo uso nadie supo discernir.

Pero el cadáver de aquel ser no les sirvió de gran cosa. Tenían que apresar a uno vivo, si querían descubrir el secreto de su existencia y hallar el medio de terminar con lo que los telecomentadores habían denominado «La locura del más allá», o «El hechizo del vampiro».

Sin embargo, una cosa acerca de estos seres era del dominio general. Sus víctimas enloquecían de pronto, y en su demencia afirmaban que habían encontrado a la mujer soñada o el ideal último de la feminidad. Sólo podían verla ellos, pero esto les dejaba sin cuidado. Ellos la veían, y para ellos les bastaba con ver a... *Ella*. Y los ojos de ésta aparecían siempre velados.

Ella constituía un verdadero rompecabezas, y estaba mucho más allá de la hipnosis y del dominio de las fuerzas de la mente. Por esta razón no se había conseguido nunca apresar con vida a *Ella*, o a *Aquello*. Esto solamente se consiguió cuando Lundy y Smith, contando con todo el asesoramiento científico de la Policía Espacial, consiguieron localizar a Farrell y apoderarse del misterioso ser que lo tenía hechizado.

Desde luego, lo consiguieron por pura casualidad, por una suerte increíble. Lundy movió su dolorida cabeza tratando de librarse de la tortícolis, parpadeó para librarse del sudor que penetraba en sus ojos inyectados en sangre, y deseó ardientemente encontrarse en su casa y acostado.

Jackie Smith observó de pronto:

—Enanito, tengo frío. Dame una manta.

Lundy le miró. Sus claros ojos verdes estaban entreabiertos, pero su mirada estaba perdida en el vacío. Temblaba como un azogado.

—No puedo dejar los mandos, Jackie.

—Tonterías. Aún tengo una mano útil. Todavía puedo pilotar esta lata de conservas durante unos momentos.

Lundy refunfuñó. Sabía que Smith no bromeaba al afirmar que tenía frío. Las temperaturas que reinaban en Mercurio hacían que los hombres pertenecientes a la primera generación de colonizadores, fuesen sensibles a todas las temperaturas inferiores a la de un horno eléctrico. Además de la herida, Smith podía contraer una pulmonía si no le abrigaban convenientemente.

—Muy bien —Lundy tendió la mano para cerrar el interruptor señalado con una A—. Pero dejaré que Miguelito se encargue de dirigir el vuelo. Probablemente no durará más de cinco minutos antes de estallar.

Miguelito, el piloto automático, se convertía en una verdadera nulidad cuando se trataba de volar por la atmósfera de Venus. La constante compensación magnética calentaba las bobinas del robot hasta tal punto, que era cuestión de minutos que éstas se fundiesen.

Lundy se dijo que después de todo era agradable saber que aún había un par de cosas que los hombres podían hacer mejor que las máquinas.

Se levantó, y le pareció como si hubiese estado enmoheciéndose al aire libre durante cuatrocientos años. Smith no volvió la cabeza. Lundy le gruñó:

—¡La próxima vez, hijito, ponte ropa interior de lana y déjame tranquilo!

Tras decir estas palabras notó que el nudo se apretaba en su estómago. Un sudor frío cubrió su cuerpo y una oleada de fuego recorrió sus nervios.

Farrell había dejado de gritar.

Reinó silencio en la nave. Nada lo rasgó. El fragor de los cohetes era ajeno a aquel silencio. Incluso la respiración jadeante de Jackie Smith cesó. Lundy se dirigió lentamente hacia la portezuela.

Apenas había dado dos pasos, cuando ésta se abrió. Lundy se detuvo, presa de súbita inmovilidad.

En el umbral se erguía Farrell. Farrell, un hombre bueno y honrado a carta cabal, con mujer y dos hijos. Su rostro era el mismo de siempre, pero los ojos que brillaban en él aparecían enajenados. No eran ni siquiera humanos.

Lundy le había atado por el pecho, la cintura, las piernas y los pies a la litera con cuatro fuertes correas. El cuerpo de Farrell mostraba las señales de las mismas. Se le habían clavado en su carne, en sus músculos y tendones, hasta mostrar sus desnudas costillas. Estaba cubierto de sangre, pero esto a él no parecía importarle.

—He roto las correas —dijo, dirigiendo una sonrisa a Lundy—. Ella me llamó y rompí las correas.

Hizo ademán de dirigirse hacia el cofre que se hallaba en un ángulo de la cabina. Lundy se esforzó por salir de la nube negra y fría que lo atenazaba y consiguió mover los pies.

Jackie Smith le dijo con voz queda:

—Quieto, enanito. A ella no le gusta estar encerrada en el cofre. Tiene frío y quiere salir.

Lundy le miró por encima del hombro. Smith se había vuelto a medias en su asiento y empuñaba la pistola hipodérmica, que había tomado de la funda colgada en el respaldo del asiento del piloto. Sus claros ojos verdes tenían un brillo distante y soñador, pero Lundy no se fiaba en absoluto de ello.

Sin la menor inflexión en su voz, dijo:

—Tú la has visto.

—No. La he... oído.

Los gruesos labios de Smith se plegaron en un extraño rictus. Su respiración se hizo ronca y sibilante.

Farrell se arrodilló junto al cofre. Poniendo sus manos sobre su superficie lisa y brillante, se volvió hacia Lundy. Éste vio que estaba llorando.

—Ábrelo. Tienes que abrirlo. Ella quiere salir. Está asustada la pobrecita.

Jackie Smith levantó imperceptiblemente la pistola.

—Ábrelo, enanito —susurró—. Ella tiene frío, ahí dentro.

Lundy no se movió. El sudor corría a raudales por su cuerpo y a pesar de ello tenía frío. Sin más, respondió con lengua estropajosa.

—No. Tiene calor. Allí dentro no puede respirar. Tiene calor.

Entonces levantó la cabeza con gesto convulsivo y gritó. Si volvió para enfrentarse con Smith, y con paso inseguro pero rápido se dirigió hacia él.

Las feas facciones de Smith se contrajeron como si fuese a llorar.

—¡Vamos, enanito! Mira que no quiero disparar contra ti. Abre el cofre.

Lundy, con un hilo de voz, dijo:

—Eres un pobre estúpido.

Y siguió avanzando.

Smith oprimió el gatillo.

Las agujas hipodérmicas cargadas de anestésico se clavaron en el pecho de Lundy. No dolían mucho. Sólo un pequeño pinchazo. Él siguió avanzando, llevado por su impulso inicial.

A sus espaldas, Farrell gimió como un cachorro y se tendió sobre el cofrecito. Ya no volvió a moverse. Lundy cayó de rodillas y siguió avanzando a gatas y como en sueños hacia los mandos. Jackie Smith le contemplaba con mirada turbia.

Súbitamente, el piloto automático estalló.

Del cuadro de mandos surgió una llamarada azul. Su brillo cegador y el calor intenso hicieron caer a Lundy de espaldas. La cabina se llenó de silbidos, aullidos y empezó a girar locamente, mientras el convertible bailaba como una hoja en brazos del huracán. El mecanismo automático de seguridad apagó los cohetes.

La aeronave empezó a caer.

Smith balbuceaba palabras incoherentes, entre las que sólo se entendía *Ella* y plegó su asiento. Lundy se frotó la cara con la mano. Sus facciones eran borrosas y estúpidas. Sus ojos negros no tenían ninguna expresión.

Empezó a arrastrarse sobre el suelo bamboleante en dirección al cofre.

La proa de la nave rasgaba las nubes, y de pronto apareció una gran extensión líquida. Un mar negro y tranquilo, sin oleaje, sembrada de islitas flotantes de sargazos que se movían y agitaban con vida propia.

Unas aguas negras que ascendían a su encuentro.

Lundy no las miró. Se arrastró sobre la sangre de Farrell empujándolo hacia la pared de la cabina, y empezó a rascar la brillante puerta, gimiendo como un perro al que no dejan entrar en casa.

La nave chocó con el agua a terrible velocidad. El impacto levantó oleadas de espuma, que brilló con una blancura cegadora sobre aquel negro mar.

El agua levantada por el impacto cayó, y los círculos concéntricos se fueron alejando y terminaron por borrarse.

Las islas verdinegras de sargazos se desplazaron lentamente sobre el lugar de la caída. Una bandada de pequeñas dragones marinas agitó sus alas de pedrería para abatirse sobre las peces, y ninguno de aquellos seres demostró el menor interés por la suerte de la nave voladora que se hundía hasta las profundidades.

Ni siquiera el propio Lundy, tendido y frío en la cabina estanca, oprimiendo con su cuerpo el cofrecillo, mientras las lágrimas y el sudor se secaban en sus mejillas recubiertas de una barba incipiente.

II

La primera sensación que tuvo Lundy fue la de silencio e inmovilidad. Una sensación mortal, como si todos los seres creados hubiesen dejado de respirar.

Lo segunda que notó fue la presencia de su cuerpo. Le dolía espantosamente, tenía calor y además le repugnaba el aire espeso y viciado que respiraba. Lundy se sentó penosamente y trató de hacer funcionar su cerebro. Esto era muy difícil, porque alguien le había abierto la cabeza con cuatro hachazos.

No era del todo oscuro en la cabina. Una temblorosa claridad plateada semejante al claro de luna penetraba por las portillas. Lundy podía ver bastante bien. Distinguió el cuerpo de Farrell exánime sobre el suelo, y un conjunto de cables y hierros retorcidos, que habían sido los mandos.

Vio también el cofre.

Lo miró larga rato, aunque no había mucho que ver. No era más que un cofre abierto y vacío, junto al que había un pedazo de tela negra.

—¡Dios mío! —susurró Lundy—. ¡Oh, Dios mío! Entonces lo comprendió todo de pronto. Su cuerpo no contenía apenas nada con excepción de su estómago, y éste hallábase sujeto. Sin embargo, quiso salirse por su boca. Las náuseas cesaron de pronto, y entonces fue cuando Lundy oyó que alguien llamaba a la puerta.

Era una llamada muy suave. Su ritmo era lento y espaciado, como si el que llamaba dispusiese de mucho tiempo y no tuviese prisa por entrar. La llamada procedía de la escotilla que comunicaba con la esclusa de salida.

Lundy se levantó lentamente, más frío que el vientre de un sapo y blanco como éste. Contrajo involuntariamente los labios y permaneció de pie, helado de espanto.

Las llamadas continuaban con un ritmo somnoliento. Quienquiera que fuese que llamaba, no tenía prisa por entrar. Sabía que tarde o temprano aquella puerta cerrada se abriría, y a él no le importaba esperar. No tenía prisa. Nunca tendría prisa.

Lundy paseó la mirada por la cabina, en silencio. Dirigió una mirada de soslayo a la portilla. Al otro lado de ella vio agua. La negra agua de mar de Venus, clara y negra, como una noche profunda.

La nave se había posado sobre una llanura arenosa. La luz plateada era reflejada por la arena. Era una luz fosforescente, tan brillante como el claro de luna y de un débil tinte verdoso.

Negras aguas marinas. Arenas plateadas. El misterioso visitante seguía llamando a la puerta, despaciosamente. Con paciencia. Uno... dos. Uno... dos. Al compás del corazón de Lundy.

Este pasó a la cabina interior, andando ya con paso firme. Miró cuidadosamente a su alrededor antes de regresar y detenerse ante la esclusa.

—Muy bien Jackie —murmuró—. Espera un minuto. Sólo un minuto, muchacho.

Entonces se volvió para dirigirse rápidamente hacia el armario de babor y sacó de él una botella de litro, que levantó después de sacarla de su soporte antichoque. Tuvo que hacerlo con ambas manos.

Al poco rato bajó la botella y se inmovilizó, sin mirar a ninguna parte, hasta que dejó de temblar. Descolgó a continuación su escafandra espacial del gancho donde estaba pendida y se la puso. Tenía la cara cenicienta e inexpresiva.

Cargó con todas las botellas de oxígeno que podía llevar, junto con raciones de socorro y toda la bencedrina que contenía el botiquín. Mezcló la dosis más fuerte posible de este estimulante con el coñac antes de cerrar el casco. Hizo caso omiso de la pistola hipodérmica, y en lugar de ella tomó las dos pistolas desintegradoras de reglamento... la suya y la de Smith. Entre tanto, los suaves golpecitos no cesaban.

Miró por un momento el cofre vacío y la tela negra caída a su lado. Una expresión cruel asomó a su rostro. Sus facciones se endurecieron, antes de cubrirse de una terrible expresión de paciencia.

El hecho de hallarse bajo la superficie del agua no molestaría en lo más mínimo a un ser del espacio interplanetario. Descolgó de su gancho la red de apretadas mallas metálicas y se la aseguró al cinto. Luego se dirigió resueltamente hacia la escotilla para abrirla.

Las aguas negras irrumpieran en negros remolinos en torno a sus botas lustradas. Luego la escotilla se abrió de par en par y Jackie Smith entró.

Había estado esperando en la esclusa inundada, golpeando con sus botas la escotilla interior, con el lento vaivén del mar. Entró con los pies por delante y el agua que penetraba a presión lo levantó. Con lo que pareció que andaba por su pie y miraba a Lundy al pasar. Era un hombre rubio y corpulento de ojos verdes con vendas blancas que asomaban por su guerrera negra entreabierta, mientras miraba a Lundy. No por mucho tiempo. Solamente por un segundo. Pero fue bastante.

Lundy se contuvo después del tercer grito de terror. Tenía que contenerse, porque sabía que si seguía gritando ya no podría dejar de hacerlo. Las negras aguas ya se habían llevado a Jackie Smith hasta la pared apuesta, cubriendo piadosamente su cara.

—¡Dios mío! —susurró Lundy—. ¡Dios mío...! ¿Qué debió de ver antes de ahogarse?

Nadie le respondió. Las negras aguas empujaban a Lundy, mientras se alzaban a su alrededor, tratando de llevarlo hacia donde estaba Jackie Smith. La boca de Lundy se contrajo en un rictus amargo.

Se mordió el labio inferior con fuerza. Echó a correr torpemente, tratando de vencer la resistencia que le oponía el agua, hasta que por último se detuvo. Entonces empezó a andar, sin mirar hacia atrás, por la compuerta inundada. La escotilla se cerró tras él, automáticamente.

Pisó la compacta arena de un color entre verde y plateado, mientras tragaba la sangre que le llenaba la boca y le ahogaba.

Andaba sin apresurarse. Su caminata por el fondo del océano sería probablemente larguísima. A juzgar por la posición de la nave cuando se hundió, calculaba aproximadamente hacia donde se hallaría la costa... a menos que *aquello* hubiese influido en su mente, haciéndole ver en las esferas unas cifras que no existían.

Comprobó su nimbo, ajustó la presión que reinaba en el ulterior de su escafandra, y siguió avanzando por aquel sobrenatural paisaje submarino, que parecía bañado por un fantasmal claro de luna. La marcha no era difícil. Si no encontraba a su paso una profunda fosa oceánica, una escarpadura imposible de franquear, o se convertía en la presa de alguna especie de voraz alga venusiana, conseguiría sobrevivir para presentarse ante su jefe en el cuartel general, y comunicarle que dos hombres habían muerto, la nave se había perdido y la misión que se le había encomendado había terminado en el más estrepitoso fracaso.

Aquel mundo submarino que le rodeaba era bellísimo. Parecía el ensueño que provocan las drogas o el delirio. La fosforescencia se elevaba en las negras aguas, para danzar en temblorosas espirales de fuego frío. Los peces, aquellos extraños seres policromados que parecían minúsculas joyas vivas con ojos de rubí, pasaban como centellas junto a Lundy, como ráfagas de color, o nadaban sobre las grandes extensiones de algas que parecían selvas en miniatura, y que manchaban las negras aguas y el brillo fosforescente de la arena con enormes y ardientes manchas azules, violetas, verdes y plateadas.

También había flores. Una vez, Lundy se acercó demasiado a algunas de ellas. Estas se tendieron hacia él, abriendo unas bocas redondas llenas de espinas, que denotaban una increíble voracidad. Los peces se mantenían a saludable distancia de ellas. Desde entonces, Lundy les imitó.

Apenas hacía media hora que andaba, cuando descubrió la carretera.

Era una carretera perfecta, que avanzaba en línea recta a través de la arena. Presentaba algunas grietas y resquebrajaduras, y algunas de las enormes losas que la formaban estaban alzadas o caídas a un lado, pero en general estaba perfectamente conservada y era evidente que se dirigía a alguna parte.

Lundy la miró mientras mi escalofrío recorría su espinazo. Había oído hablar de cosas parecidas. Venus aun era un mundo casi desconocido. Era un planeta joven, bravío, desconcertante, que daría más de una sorpresa a los sesudos hombres de ciencia.

Mas incluso los jóvenes planetas tienen un largo pasado, lleno de leyendas y mitos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que gran parte de la superficie de Venus que hoy se hallaba sumergida no lo estuvo en otros tiempos, y viceversa. La bella diosa cambió varias veces de maquillaje antes de adoptar su semblante definitivo.

Ello quería decir que, en épocas remotas, aquella carretera cruzó una llanura bajo un cálido cielo gris perla. Por ella venían probablemente las caravanas de la costa. Aquella carretera debió de ver el tráfico formado por los fardos de especias y seda de araña, junto con las ánforas de *vakhi* procedentes de los cañaverales de Nahali, y las

esclavas de cabellos de plata que venían de las tierras altas donde moraba el Pueblo de las Nubes, avanzando bajo el calor bochornoso, apenas resguardadas por los verdes árboles *liha*, para terminar vendidas en el mercado.

A la sazón la carretera seguía conduciendo a alguna parte.

Lundy iba en aquella misma dirección. Era probable que la carretera se hubiese desviado un poco antes, la cual explicaba que él la hubiese encontrado. Lundy se pasó la lengua por los labios cubiertos de frío sudor y empezó a seguirla.

Andaba lenta y cuidadosamente, como el que penetra a solas en la nave de un templo vacío.

Siguió la carretera durante largo rato. Las algas formaban una espesura a ambos lados de ella. Parecía atravesar un denso bosque de algas que se perdía en la distancia por ambos lados, hasta allá donde alcanzaba la vista de Lundy. Este se alegró de haber encontrado la carretera, ya que ésta era muy ancha y si se mantenía en el centro las flores no podían llegar hasta él.

La luminosidad disminuyó, debido a las algas que cubrían la arena. Fuera cual fuese la causa de la fosforescencia, aquel apiñamiento de algas la hacía disminuir notablemente, y pronto estuvo tan oscuro que Lundy tuvo que encender el proyector de su casco. A las bordes de su haz luminoso podía ver las frondas de algas moviéndose perezosamente en un lento vaivén, al compás del mar de fondo.

Las flores se habían hecho más bellas y de colores más vivos. Pendían como lámparas en las negras aguas, irradiando una luz que parecía surgir de ellas mismas. Sus colores eran rojos sombríos y amarillos violentas, junto con azules pálidos y desvaídos.

Su vista resultaba inquietante para Lundy.

Las algas cada vez eran más espesas y juntas. Sus raíces asomaban sobre el borde de las losas de piedra. Las flores abrían sus brillantes bocas voraces en dirección a Lundy.

Trataban de alcanzarle, sin conseguirlo. De momento.

Él estaba cansado. El efecto producido por el coñac con bencedrina empezaba a amortiguarse. Cambió la botella de oxígeno por otra. Aquello le reanimó pero no mucho. Bebió otra sorbo de la mezcla estimulante, pero tampoco quería abusar de ella para no fatigar a su corazón. Tenía las piernas entumecidas.

No había dormido desde hacía muchas horas. Seguir la pista de Farrell no fue ningún juego de niños, y apoderarse de él —y de *aquello*— constituyó una verdadera hazaña, arriesgada y peligrosísimo. Hay que tener en cuenta que Lundy no era más que un ser humano. Por lo tanto era natural que se hallase cansado. Molido. Deshecho y agotado.

Se sentó para descansar un rato, apagando la lámpara para ahorrar las pilas. Las flores le acechaban, brillando en la oscuridad. Él cerró los ojos pero seguía notando su presencia, como animales de presa, agazapadas a su alrededor.

Después de un par de minutos se levantó para proseguir la marcha.

Las algas se hicieran más espesas y altas. Estaban cargadas de flores.

Tomó más bencedrina, sin pensar en lo que le podría ocurrir al corazón. La luz del casco abría un túnel blanco y frío a través de las tinieblas. Guiado por esta luz, él avanzaba, andando todo lo de prisa que le permitía la densidad del agua. Las frondas de algas se unían y se entretejían a gran altura sobre su cabeza, encerrándole en un inquietante túnel. Las flores pendían sobre él. Sus pétalos casi le rozaban. Eran unas pétalos carnosos, voraces y vivientes.

Echó a correr, sobre los surcos abiertos por las ruedas en la piedra y las desgastadas losas de la carretera que aún llevaba a alguna parte, en el fondo de aquel negro océano.

Lundy corrió torpemente durante largo rato entre la oscuras paredes cada vez más próximas. Las flores casi le tocaban. Una vez se acercaron tanto a él, que le sujetaron nuevamente cuando se escapaba. Empezó a hacer uso de la pistola desintegradora.

De esta manera redujo a cenizas un gran número de algas. Esto no parecía gustarles. Empezaron a balancearse coléricas sobre sus raíces, asestándole golpes desde ambos lados y desde el techo entrelazado que lo cubría. Lundy corría penosamente, sollozando pero sin derramar lágrimas.

Fue la carretera quien le condujo hasta allí. Se cruzo con él de pronto, sin previo aviso. Luego avanzó suavemente bajo el túnel de algas, hasta terminar en una masa caótica de enormes losas y bloques, esparcidos sin orden ni concierto como si el hijo de un gigante se hubiese cansado de jugar con ellos.

Y las algas crecían entre aquellos bloques dispersos.

Lundy tropezó y cayó, dándose de cabeza contra la parte posterior del casco. Por un momento vio una luz cegadora. Luego reinaron las tinieblas y comprendió que se había producido un falso contacto, pues su luz se había apagado.

Se arrastró por encima de un gran bloque inclinado. Las flores brillaban en la oscuridad, muy cerca de él. Demasiado cerca. Lundy abrió la boca, pero sólo salió de ella un ronco gemido animal. Aún empuñaba su pistola. La disparó un par de veces y por último se encontró en lo alto del bloque, tendido de bruces.

Sabia que no podía seguir avanzando. La carretera terminaba allí.

Las brillantes flores descendieron hacia él, surgiendo de las tinieblas. Lundy, tendido sobre la piedra, las observaba con rostro inexpresivo. En sus ojos brillaba un odio terco y concentrado, pero nada más.

Vio como las flores se adherían a su escafandra y empezaban a actuar. Entonces, allá en lo alto, a través del negro túnel de algas, vio brillar la luz.

Brilló de pronto, como un relámpago. Una sábana de oro cálido y brillante que restallaba como un estandarte, iluminando el final de la carretera.

Iluminando también la ciudad y la pequeña procesión que salía de ella.

Lundy no quería dar crédito a sus ojos. Estaba ya medio muerto, con su espíritu flotando libre de su cuerpo y envuelto a medias en negras nubes. Contempló sin curiosidad lo que veía.

La luz áurea se extinguió, para brillar dos veces al final del túnel, cruzando una pequeña llanura, después de la cual se alzaba la ciudad.

Lundy veía sólo una parte de ella, a causa de las algas. Pero parecía ser una gran ciudad. La rodeaba una muralla, de mármol verde vetado de rosa sombrío, y con sus bordes desgastados por siglos de erosión marina. En la muralla se abrían amplias puertas de oro puro, no empañado por el paso de los siglos, y que giraban sobre bisagras igualmente de oro. Por las puertas abiertas se distinguía una gran plaza pavimentada con cuarzo de color gris neblina, y alrededor de la plaza se alzaban unas construcciones que recordaban a Lundy los castillos de la Tierra que había visto en su infancia, bajo las nubes rosadas del atardecer.

Esto es lo que aquel lugar parecía bajo los destellos de luz dorada: un país de cuento de hadas al atardecer. Remoto, de una belleza soñadora, cubierto por las negras aguas, como por un velo... algo indestructible, porque era inexistente.

Los seres que salieron por las puertas doradas y que venían por la carretera parecían diminutos jirones de niebla desgajados por una brisa fría y errante y apartados de la luz.

Se acercaron flotando a Lundy. A pesar de que su avance parecía lento, probablemente no lo era, porque de pronto se hallaron entre las algas. Eran muchos; tal vez cuarenta o cincuenta. No tenían más de un metro o un metro veinte de altura, y todos mostraban el mismo color mortecino, azul grisáceo. Lundy no podía ver qué eran. Su forma era vagamente humana, aunque tenían algo de pez, y algo que no alcanzaba a expresar qué era, a pesar de que intuía su naturaleza.

De pronto, todo aquello dejó de importarle. La sombría cortina negra que cubría su mente se rasgó, y el temor penetró gritando por la hendidura. Notaba como las flores mordían y tiraban de su escafandra como si fuese de su propia piel.

Un frío sudar cubría su cuerpo. Antes de un minuto agujerearían su traje y el agua de mar lo inundaría, y entonces...

Lundy empezó a debatirse desesperadamente. Contrajo los labios pero no gimió ni gritó. Únicamente oía su pesado resollar. Trató de luchar contra las flores, utilizando indistintamente la pistola y la fuerza bruta. Luchaba sin arte ni método. Era la última lucha ciega de un animal que no se resignaba a morir.

Las flores le sujetaban firmemente. Le aplastaban y le oprimían, envolviéndole en mortíferos y encantadores pétalos de colores ardientes. Él consiguió quemar a algunas de ellas, pero cuantas más quemaba más aparecían. Lundy no siguió luchando por mucho tiempo.

Por último permaneció postrado, con las rodillas algo dobladas hacia su rígido estómago atenazado por un nudo, cubierto de sudor y con el corazón latiéndole en desorden. Permanecía helado y tenso... esperando.

Hasta que las flores empezaron a apartarse.

Se apartaban a la fuerza, a regañadientes, retirándose airadas como gatos despojadas de un opíparo ratón, haciendo débiles y rápidos intentos para atacarle

nuevamente. Mas terminaban por retirarse.

Lundy estuvo a punto de desfallecer para siempre. Se sentía al límite extremo de sus fuerzas. Su corazón dejó de palpar; su cuerpo se contrajo espasmódicamente. Entonces, a través de una niebla formada por su sudor y sus lágrimas, al borde del Más Allá, vio las pequeñas criaturas azul grisáceas inclinándose sobre él para mirarlo.

Se cernían en una nube sobre él, sosteniéndose gracias a sus aleteantes membranas, tan delicadas como el trino de un pájaro en un día de viento. Estas membranas unían sus extremidades superiores e inferiores, las cuales estaban provistas de unas pequeñas aletas natatorias planas en su extremidad. Aquellos miembros estaban dotados de ventosas, situadas en el lugar que hubiera correspondido a los talones si aquellos seres hubiesen tenido pies.

Sus cuerpos eran gráciles y esbeltos, y de aspecto marcadamente femenino, a pesar de que no poseían características humanas muy especiales. Eran unas hermosas criaturas, distintas a todo cuanto Lundy había visto o había soñado.

Tenían caras. Pequeñas caritas de hadas sin nariz. Es decir: tenían una diminuta naricilla redonda, pero los ojos eran su rasgo dominante.

Eran unas enormes ojos redondos y dorados con pupilas de un pardo oscuro. Unas ojos suaves, curiosos, inquisitivos, que dieron ganas de llorar a Lundy y le asustaron tanto que casi estuvo a punto de enloquecer.

Entretanto, las flores se mantenían a cierta distancia, esperando el momento de volver al ataque. Pero cuando una se acercaba demasiado a Lundy, uno de los pequeños seres le daba un golpecillo cariñoso, como hacemos nosotros con un perro inoportuno, y la ahuyentaba.

—¿Vives?

III

A Lundy no le sorprendió oír aquella voz telepática. La comunicación mental abundaba más que la oral y era mucho más sencilla que ésta, en muchos lugares de los mundos habitados. La Policía Espacial daba lecciones de telepatía a sus hombres.

—Sí, vivo gracias a vosotras.

Había algo en la cualidad de aquel cerebro que sondeó que lo desconcertaba. Era distinto de todo cuanto había conocido. Se puso en pie, no muy firme.

—Habéis llegado a tiempo. ¿Cómo supisteis que estaba aquí?

—Nos llegaron tus pensamientos de temor. Sabemos lo que es tener miedo. Entonces, vinimos.

—No os puedo decir otra cosa sino «gracias».

—Nos alegramos mucho de haberte salvado. ¿Por qué no había de ser así? Por ello, no es necesario que nos des las gracias.

Lundy miró las llores que brillaban con apagado resplandor en las tinieblas.

—¿Cómo conseguís que os obedezcan? ¿Por qué no os...?

—¡Ellas no son caníbales! No son como... *las* otras.

Este último pensamiento expresaba un terror cerval.

—Caníbales...

Lundy miró a la nube de delicadas figurillas femeninas de color azul grisáceo. Sintió que se le ponía la carne de gallina.

Aquellos seres le miraron benévolaemente con sus suaves ojos dorados, y le pareció como si sonriesen.

—Sí, somos diferentes de ti, ya lo sabemos. Del mismo modo como somos diferentes de los peces. ¿Qué piensas? En las algas... las algas brillantes que crecen... sí, son parientes nuestras.

Parientes, se dijo Lundy. En efecto. Como nosotros somos parientes de los animales. Eran plantas. Las plantas vivientes no eran nada nuevo en Venus. ¿Por qué no admitir la existencia de plantas pensantes, de plantas que se desplazaban en sus raíces, y miraban con tristes ojos suaves?

—Vámonos de aquí —dijo Lundy.

Salieron del oscuro túnel y prosiguieron por la carretera, mientras las flores abrían sus bocas como canes hambrientos tratando de morder a Lundy, pero sin conseguir alcanzarlo.

Él empezó a atravesar la estrecha llanura, con las plantas femeninas nadando lánguidamente como una nube a su alrededor.

Eran algas. Pequeños fragmentos de algas con los que se podía conversar telepáticamente. Lundy se hallaba pasmado ante lo increíble de la situación.

La ciudad no hizo más que aumentar su pasmo. Estaba sumida en las sombras

cuando la vio desde la llanura, débilmente iluminada por el resplandor procedente de la arena, semejante al claro de luna. Era una gran ciudad, que se extendía a lo lejos, rodeada de sus murallas. Era grande, silenciosa y antiquísima. Parecía esperar al final de la carretera.

En aquella luz mortecina, por curioso que fuese, parecía más real. Lundy se olvidó por un momento de la existencia del agua. Le parecía caminar hacia una ciudad dormida, bañada por la pálida claridad lunar, sintiendo su fuerza secreta y débilmente hostil domeñada y retenida hasta el alba...

Aunque jamás habría un alba para aquella ciudad. Nunca jamás.

Lundy deseó de pronto emprender la huida.

—No temas. Nosotros vivimos aquí. Es un lugar seguro.

Lundy movió la cabeza con irritación. De pronta la luz brillante centelleó de nuevo por tres veces consecutivas. Parecía venir de algún lugar a la derecha, más allá de la cordillera submarina. Lundy notó un débil temblor en la arena. Una hendidura volcánica, probablemente, que se abrió al hundirse la arena.

La luz dorada hizo cambiar de nuevo el aspecto de la ciudad, que volvió a parecer una ciudad de cuento de hadas al atardecer... un lugar de los que se ven en sueños.

Cuando atravesó las puertas se sentía intimidado, pero no experimentaba temor. Y entonces, mientras permanecía en el centro de la plaza contemplando los grandes y borrosos edificios que se alzaban a su alrededor le alcanzó un pensamiento procedente de la nube de pequeñas criaturas femeninas.

—Era un lugar seguro y dichoso... antes de que *ella* viniese.

Tras una larga pausa, Lundy dijo:

—¿Ella?

—No la hemos visto. Pero nuestros compañeros si la vieron. Ella vino no hace mucho y recorrió las calles, y todos nuestros compañeros nos dejaron para irse en su seguimiento. Decían, al irse, que su belleza es incomparable, muy superior a la de cualquiera de nosotras y que...

—...Y que tiene los ojos velados y que ellos desean verlos. Si no le ven los ojos enloquecerán, y por esto la siguen.

La triste nubecilla azul grisácea se agitó entre las aguas oscuras. Varios pares de ojos dorados le miraron.

Lundy respiró profundamente. Tenía las palmas de las manos húmedas.

—Sí. Sí, yo también la seguí.

—Comprendemos tu pensamiento...

Descendieron hacia él, rodeándole, mientras sus delicadas membranas aleteaban como las transparentes alas de los elfos. Sus grandes ojos dorados tenían una expresión cariñosa y suplicante.

—¿Puedes prestarnos tu ayuda? ¿Puedes hacer que vuelvan nuestros compañeros, sanos y salvos? Lo han olvidado todo. Si los otros viniesen...

—¿Los otros?

La mente de Lundy se sumió en un espantoso temor. Se representó las más terribles imágenes. Vio engendros de pesadilla...

—Vienen siguiendo las corrientes que unen las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Son voraces. Lo aniquilan todo.

Las delicadas figurillas vagamente femeninas se echaron a temblar como hojas agitadas por el viento.

—Nos escondemos de ellas en las casas. Así los tenemos a raya, evitando que lleguen hasta nuestras semillas y nuestros vástagos. Pero nuestros compañeros lo han echado todo al olvido. Si los otros vienen mientras ellos la siguen, los encontrarán inermes y desamparados y los matarán a todos. Entonces nosotras nos quedaremos solas, sin simiente y sin descendencia.

Se apretujaron a su alrededor, tocándole con sus pequeñas aletas delanteras de color azul grisáceo.

—¿Puedes prestarnos tu ayuda? ¿Verdad que nos ayudarás?

Lundy cerró los ojos. Cerró fuertemente las mandíbulas. Cuando abrió los ojos de nuevo, éstos eran duros como ágatas.

—Os ayudaré o moriré en la demanda.

Reinaba la oscuridad en la enorme plaza. Por las puertas abiertas se filtraba el débil resplandor procedente de la arena. Por un momento los pequeños seres azul grisáceos se apiñaron a su alrededor, inmóviles, oscilando únicamente bajo la acción del lento ritmo del océano.

De pronto todas se apartaron de él, arrebatadas por una loca esperanza... y Lundy se quedó mirándolas, boquiabierto.

Ya no eran de color azul grisáceo. De pronto brillaron y sus alas y sus delicados y flexibles cuerpecillos adquirieron un cálido tono verde que latía con la vibrante palpitación de la vida.

Sus largos y esbeltos pétalos vivientes debían de estar contraídos, mientras llevaban su color azul grisáceo de luto. De pronto estallaron como corolas llameantes en torno a sus cabecitas.

Eran de color azul, escarlata y dorado, rojas como amapolas violetas y de color de fuego, de color blanco plateado y *rosado* como una nube matinal, tiñendo las negras aguas con pinceladas de color. Surgían de los cuerpecitos verdes que hacían cabriolas y ascendían a gran altura junto a los oscuros y ceñudos edificios, semejantes a las mariposas que habían revoloteado ante ellos cuando la luz del sol aún no había desaparecido para siempre.

Tan repentinamente como habían empezado esta danza, la terminaron. Se dejaron arrastrar inmóviles por las aguas y sus colores palidieron. Lundy les preguntó:

—¿Dónde están?

—En lo más profundo de la ciudad, más allá de estas casas donde moramos... en las calles que sólo visitan los jóvenes curiosos. ¡Haz que vuelvan, por favor! ¡Te lo suplicamos, tráelos de nuevo junto a nosotras!

Dejándolas sobre la gran plaza oscura, penetró en la ciudad.

Recorrió anchas calles pavimentadas marcadas por profundas roderas y desgastadas por generaciones de pies calzados por sandalias. Las grandes construcciones corroídas por el agua se alzaban a ambos lados, dominadas por el resplandor intermitente de la lejana fisura volcánica.

Las ventanas, de forma típicamente venusiana, estaban cerradas por celosías de mármol y de piedra semipreciosa, delicadamente labrada hasta parecer una joya complicadísima. Las grandes puertas doradas permanecían abiertas sobre sus goznes no atacados por la corrosión. Por aquellas puertas Lundy tuvo un atisbo de la vida de aquel pequeño pueblo vegetal.

La planta baja de algunas de las casas se hallaba recubierta de una capa de arena. Sobre ella se cernían con gesto protector aquellas plantas femeninas, alisando la arena cuando el movimiento del agua la alteraba. Lundy conjeturó que allí estaban plantadas las semillas.

En otros lugares vio colonias enteras de diminutos seres que parecían flores plantados en la arena; brillaban en la semioscuridad con un pálido resplandor verde y primaveral. Permanecían en tranquilas hileras moviendo sus pequeñas corolas infantiles de color rosado y jugando solemnemente con pedacitos de alga de alegres colores y piedras abigarradas. Las pequeñas flores estaban atendidas y cuidadas solícitamente por plantas adultas.

Varias veces Lundy pudo ver a grupos de jóvenes retoños, que ya se habían desprendido de la arena, aprendiendo a nadar bajo la égida de las plantas femeninas, agitándose en las negras aguas como pétalos de vivos colores bajo el viento de la primavera.

Todas las plantas femeninas mostraban el mismo color gris azulado de luto con sus flores ocultas.

Así seguirían a menos que Lundy pudiese dar cima a la tarea que le había encomendado la Policía Espacial. Hasta aquel momento no había demostrado hallarse a la altura de aquella misión.

El pobre Farrell, casi desollado vivo y sin sentirlo porque sólo era capaz de pensar en *ella*. Jackie Smith, ahogado en una esclusa estanca porque *ella* quería ser libre y él tuvo que ayudarla a conseguir su propósito.

¿Sería superior él, Lundy, a Farrell y a Smith y a todos cuantos *ella* había hecho enloquecer? ¿Sería capaz de apresar a aquella diabólica vampiresa en una red y mantenerla a buen recaudo en ella, sin perder antes la razón?

Lundy no se sentía capaz de ello. Aquella misión era superior a sus fuerzas.

Recordaba la primera vez que consiguió apresar a aquel ser en su red. Recordaba también los últimos minutos antes de estrellarse, cuando lo oyó gritar desde el interior del cofre, pidiéndole que le pusiese en libertad. Recordó la cara de Jackie Smith cuando entró en la cabina empujado por el agua que inundaba la esclusa, y la pregunta que entonces se hizo él mismo... Dios mío, ¿qué vio antes de ahogarse?

Notó de nuevo que se le hacia un nudo frío en el estómago, pero esta vez aquel nudo tenía espinas que se clavaban en su carne.

Dejó atrás la colonia de plantas y penetró en calles desiertas iluminadas por el intermitente centelleo de la fisura volcánica. Empezó a encontrar ruinas a su paso. Pavimentos agrietados y removidos, torres hundidas, las celosías de piedra esculpida caídas de las ventanas. Paredes enteras habíanse desmoronado en algunos sitios, y la mayoría de las puertas doradas estaban rotas, abiertas violentamente o faltaban por completo.

Era una ciudad muerta. Tan muerta y silenciosa que en ella no se podía respirar, y tan antigua que amedrentaba el ánimo más templado.

Buen sitio para volverse loco en seguimiento de un ensueño.

Al cabo de mucho tiempo, Lundy los vio... vio a los compañeros de las pequeñas algas femeninas. Formaban una larga hilera... dijérase una bandada de aves migratorias, que serpenteaba entre las oscuras torres en ruinas.

Se parecían a sus compañeras. Quizá eran algo mayores, un poco más robustos, de cuerpos verdinegros fuertes y recios y brillantes colores. Sus ojos dorados permanecían fijos en algo que Lundy no podía ver, y hubiérase dicho que eran los ojos de Lucifer suplicando que le franqueasen la entrada en el Cielo.

Lundy empezó a avanzar contra la corriente, cruzando en diagonal una amplia plaza para avanzar a la cabeza de la procesión. Entre tanto descolgó la red de su cintura con manos semejantes a dos peces muertos.

De pronto se tambaleó, perdió pie y cayó de bruces. Le parecía que alguien le había empujado de un fuerte empujón. Trató de levantarse, pero algo le empujó de nuevo. El áureo resplandor procedente de la fisura brillaba ahora ininterrumpidamente, y era cegador.

La hilera de figurillas vagamente masculinas se dobló de pronto como bajo los efectos de un latigazo y Lundy comprendió lo que ocurría.

Se alzaba una corriente en la ciudad. Era una corriente que surgía como los vientos cálidos que antes la barrían, procedentes del mar, y que traían las lluvias.

«Vienen siguiendo las corrientes que unen las cálidas grietas de las montañas y las frías profundidades. Son voraces. Lo aniquilan todo.»

Eran los otros... los otros, caníbales...

Ella conducía el brillante cortejo de algas masculinas entre los torreones, mientras en las calles se alzaba la corriente...

Lundy se incorporó Después de equilibrarse para resistir el empuje de la corriente, echó a correr en seguimiento de la procesión. Resultaba muy difícil correr en aquel medio líquido y con sus botas de suela de plomo. Se esforzó por calcular dónde debía de hallarse *aquello* —o *ella*— a juzgar por el lugar hacia donde miraban los hombrecillos-plantas.

La luz cegadora brillaba ininterrumpidamente, y aún parecía hacerse más rutilante. El agua frenaba su avance, tirando de él con mil manos. Miró una vez hacia

atrás, pero no pudo ver nada en las sombras que se extendían entre los torreones. Sintió miedo.

Cuando extendió la red, el miedo le dominaba.

Aquello —o *ello*— no le vio, aunque esto pueda parecer raro. Tampoco notó la proximidad de su mente, a pesar de que él alzó barreras protectoras a su alrededor. Pero Lundy quedaba muy empequeñecido bajo las sombras que proyectaban los gigantescos muros y el esfuerzo de crear una ilusión para tantas mentes debía tener muy ocupado al espantoso ser del espacio.

La suerte estaba nuevamente de su lado como cuando consiguió alcanzar a Farrell. Rogó al Cielo que la suerte no le desamparase.

Lo consiguió.

La corriente empujó a la procesión hacia el lugar donde se hallaba agazapado Lundy. Éste observó los ojos de las algas. Ella aun conducía a los diminutos seres. Ella tenía un cuerpo físico, aunque él no pudiese verlo, y notaría el influjo de la corriente, por pequeño que fuese.

Tiró la red con rapidez.

La red se hinchó en las aguas negras y entonces él tiró de ella. Había apresado algo. Algo pequeño, cilíndrico y que se debatía. Algo vivo.

Apretó el lazo que cerraba la red, temblando y sudando de excitación nerviosa. Y entonces los hombrecillos vegetales le atacaron.

Cayeron sobre él como una nube resplandeciente. Sus ojos dorados resplandecían de furor. Habían perdido el juicio. Sus mentes chillaban en un solo clamor de ira... y de temor por *ella*.

Le pegaron con sus pequeñas aletas verdes. Sus corolas echaban chispas, cálidas manchas de color, llamaradas que brillaban en las aguas oscuras. Tiraron de la red, la sacudieron, agitando sus membranas como alas en su esfuerzo por luchar contra la corriente.

Lundy era un sujeto rechoncho, fuerte y musculoso. Lanzando verdaderos rugidos, luchó para defender la red como hubiera hecho un lobo al que intentasen arrebatar un tierno corderillo. Sin embargo, la perdió. Cayó de bruces bajo un montón de hombrecillos vegetales, jadeando afanosamente bajo su peso, y dando gracias a Dios de que su sólida escafandra le salvase de morir aplastado.

Vio como *ellos* se apoderaban de la red. Se apiñaron a su alrededor como un enjambre de abejas, danzando en las aguas movedizas. Sus ojos dorados tenían una terrible expresión de dolor.

No podían abrir la red. Lundy la había asegurado con un fuerte nudo, y aquellos seres no tenían dedos. La golpeaban y acariciaban con sus aletas, pero eran incapaces de abrirla para que *ella* escapase.

Lundy se puso a gatas. La corriente se hacía más violenta. Rugía entre las torres desmoronadas como un negro vendaval y se llevó con ella el enjambre de hombrecillos verdes, que seguían aferrando la red.

Y entonces llegaron los otros.

IV

Lundy les vio desde muy lejos. Por un momento no quiso dar crédito a sus ojos, tomándolos por sombras arrojadas por los destellos de luz que surgían de la fisura. Se apoyó en la pared de un edificio y se dedicó a observarlos.

Los observó mientras la corriente impetuosa los impelía hacia él. No se movió entonces. Sólo abrió afanosamente la boca tratando de respirar.

Recordaban vagamente las rayas gigantes que él había visto en la Tierra, con la diferencia de que éstas eran plantas. Grandes y esbeltos bulbos vegetales con sus hojas extendidas como alas para aprovechar la fuerza de la corriente. Su largos cuerpos en forma de lágrima terminaban en un reborde semejante a una cola de pez que hacía las veces de timón. En lugar de brazos tenían una especie de tentáculos.

Su color era rojo pardusco oscuro, el color de la sangre seca. El áureo resplandor de la fisura prestaba un extraño brillo a sus fríos ojos. Mostraba asimismo sus bocas redondas revestidas de agudas espinas, y las mortíferas ventosas que cubrían la parte interior de sus enormes tentáculos.

Aquellos brazos eran lo suficientemente largos y fuertes para desgarrar la tela de su escafandra. Lundy no sabía si aquellos seres comían carne, pero esto poco importaba. Una vez uno de aquellos tentáculos le hubiese golpeado, de nada le serviría ya saberlo.

La red que contenía a *ella* se alejaba de él, y los otros se acercaban cada vez más. Aunque hubiese deseado renunciar entonces a su misión, no había ningún sitio para ocultarse en aquellos edificios arruinados y sin puertas.

Lundy llenó su traje de oxígeno, hinchándolo y confundiendo con los seres que aquella negra corriente arrastraba hacia los infiernos.

La corriente le arrastró como una burbuja entre los muertos torreones, pero no con la suficiente celeridad. No llevaba bastante delantera a las algas caníbales. Trató de nadar, para aumentar su velocidad, pero aquello era como si un bote de remos quisiese competir con una flotilla de lanchas rápidas a plena marcha.

Ante él distinguía el grupo de hombrecillos vegetales. No habían cambiado de posición. Daban volteretas en el agua, y perdían lastimosamente el tiempo en correrías sin sentido, por lo que Lundy consiguió fácilmente darles alcance.

Pero no corría lo bastante. Lo peor era que no sabría qué hacer cuando los alcanzase. La red estaba en el centro del enjambre de hombrecillos, y éstos no le permitirían llegar hasta ella. Y aunque consiguiese arrebatarla, ¿de qué le serviría? Los hombrecillos-alga se irían igualmente tras *ella*, pues se hallaban tan ofuscados que no se daban cuenta de la proximidad de sus terribles enemigos.

A menos que...

Se le ocurrió a Lundy de repente. Una esperanza, una solución. Se le ocurrió

claramente cuando el alga que iba delante le dio alcance y le abrazó con sus alas de hoja, estrechándole fuertemente.

Lundy lanzó un aullido de terror animal y pataleó desesperadamente, inyectando más aire en su traje. Ascendió con rapidez y las alas rozaron sus botas, pero no consiguieron apresarle. Volviéndose, Lundy descargó su pistola desintegradora contra el terrible ser, alcanzándole de pleno entre los ojos.

La voraz criatura empezó a debatirse, mientras caía desordenadamente, como un ave herida. Las que venían detrás chocaron con ella, y se detuvieron para devorarla. Muy pronto una docena de ellas se entrelazaban en lucha mortal, peleándose como una bandada de gaviotas por un pez. Lundy nadó furiosamente, maldiciendo su engorroso traje.

Pero muchas de las gigantescas rayas vegetales no se detuvieron, y las otras no estarían paradas por mucho tiempo. Lundy movía brazos y piernas, fatigándose y sudando. Estaba medio muerto de miedo. Le parecía vivir una pesadilla, en la que son vanos todos los esfuerzos por avanzar.

La corriente parecía ser más rápida allá arriba. Reunió todos sus pensamientos en un apretado haz, que arrojó hacia el corazón del grupo de hombrecillos-planta, tratando de alcanzar el ser encerrado en la red.

«Puedo libértarte. Soy el único que puede hacerlo.»

Una voz le respondió en el interior de su cerebro. Era la voz que había oído ya una vez en el interior de la cabina de la nave voladora hundida. Una voz tan dulce y tenue como la flauta de Pan que resonaba en las umbrías de la Arcadia.

«Lo sé. Mis pensamientos se han cruzado con los tuyos...»

Aquella voz de elfo se interrumpió de pronto, como si experimentase un acceso de dolor. Muy débilmente, Lundy oyó:

«¡Qué peso! ¡Qué peso! Me cuesta moverme...»

Un desesperado anhelo por algo que él no podía comprender atravesó la mente de Lundy como el grito de un niño asustado. Y entonces el enjambre de hombrecillos vegetales se abrió y se dispersó como barrido por un huracán.

Lundy contempló como todos se despertaban de su sueño.

Ella había desaparecido, y los pequeños hombrecillos verdes no sabían por qué estaban allí ni qué hacían. Tenían el recuerdo conmovedor de una belleza inalcanzable, y eso era todo. Se sentían perdidos y asustados.

Y entonces vieron a los otros.

Fue como si les hubiesen asestado un tremendo golpe. Permanecieron inmóviles, dejándose llevar por la corriente, con sus ojos dorados muy abiertos y sorprendidos. Sus brillantes pétalos se plegaron sobre sí mismos y desaparecieron, y sus verdes cuerpos adquirieron un color casi negro.

Las rayas vegetales desplegaron sus alas y se abalanzaron sobre ellos como grandes pájaros negros. Y más allá, bajo el opaco brillo dorado, Lundy distinguió los distantes edificios de la colonia. Algunas de las puertas aún estaban abiertas, y frente

a ellas esperaban grupos de diminutas figurillas.

Lundy aún conservaba cierta ventaja sobre las primeras rayas. Se apoderó de la red flotante y se la sujetó al cinto, para dirigirse luego con torpes movimientos hacia una torre en ruinas que se alzaba a su derecha.

Dio una perentoria orden telepática a los hombrecillos vegetales, tratando de obligarles a volverse y emprender la huida, asegurándoles al propio tiempo que él plantaría cara a los otros. Los pobrecillos estaban demasiado asustados para entenderle. Casi llorando, él los apostrofó. Al tercer intento consiguió hacerse comprender y entonces todos huyeron apresuradamente, con toda la velocidad que les fue posible.

Lundy, entre tanto, se había hecho fuerte entre las ruinas para hacer frente a sus primeros atacantes.

Empuñaba una pistola en cada mano y redujo a cenizas a muchas de las feroces rayas. Las aguas que le rodeaban pronto estuvieron llenas de cuerpos que se agitaban convulsivamente, y de vivos que devoraban a los muertos o se peleaban entre sí. Pero no podía detenerlas a todas, y algunas rayas llegaron hasta él.

Casi sin volver la cabeza podía ver las enormes siluetas rojas semejantes a grandes pájaros que se abatían sobre los moribundos, para envolverías en sus anchas alas, y permanecer luego quietas en el centro de la corriente, entregadas a su espantoso festín.

Entre tanto, la algas femeninas mantenían abiertas las puertas de sus casas. Así esperaron hasta que el último de sus compañeros regresó, y entonces cerraron las puertas de oro en las narices romas de las feroces rayas. Sólo perecieron unos pocos de los hombrecillos verdes. Solamente unas cuantas viudas tendrían que ocultar sus pétalos y llevar su azul grisáceo de luto. Lundy se alegró de ello.

Más valía que Lundy se alegrase de algo, porque uno de aquellos feroces seres había hecho presa sobre los hombros del terrestre. Las voraces algas habían conseguido descubrir finalmente a su atacante. Además, Lundy era entonces la única presa visible.

Se reunieron para dar el asalto final, después de describir una apretada curva en las negras aguas. Lundy consiguió aniquilar a dos más antes de que una de sus pistolas se quedase sin carga. Poco después, la otra se encasquilló.

Lundy, solo en la torre arruinada, veía cómo la muerte giraba en círculos a su alrededor. Y entonces le habló de nuevo la dulce voz del ello encerrado en la red:

«Suéltame. ¡Suéltame!»

Lundy apretó fuertemente las mandíbulas y tomó la única alternativa que le quedaba. Deshinchó su traje y saltó, para hundirse en las negras profundidades del edificio en ruinas.

Las rayas plegaron sus alas como un pájaro al caer como una piedra y descendieron tras él, impeliéndose con enérgicos coletazos.

Por las hendiduras de los muros y por las ventanas penetraban destellos

intermitentes. Lundy descendió largo rato. No necesitaba escaleras. Además, los terremotos habían hundido casi todos los pisos.

Las rayas le seguían implacablemente. Sus largos cuerpos sinuosos eran tan ágiles como el de un tiburón, y avanzaban con celeridad increíble.

Y la vocecilla no cesaba de gritar en su mente, pidiéndole que la soltase.

Así llegó Lundy al fondo.

Le rodeaban allí unos muros solidísimos, y reinaba una profunda oscuridad. Se hallaba en un lugar lleno de ruinas y cascotes. Avanzó a tientas. La luz del casco se había averiado, y además tampoco la hubiera utilizado para no atraer a sus perseguidores.

Notaba la presencia de éstos, girando veloces a su alrededor. Echó a correr sin rumbo determinado y tropezando en las piedras. Por tres veces le rozaron unos grandes cuerpos musculosos, derribándole, pero no pudieron apresarle en la oscuridad, porque chocaban entre sí y se confundían.

Lundy cayó de pronto en una gran sala, contigua a la estancia en que se hallaba y a un nivel algo inferior al de ésta. Apenas recibió daño en la caída. Las áureas puertas se abrían hacia las aguas libres, y reinaba bastante claridad.

Bastante claridad para que Lundy viese algunas cabezas de rayas que trataban de entrar, y también bastante para que éstas viesen a Lundy

La vocecilla insistía:

«¡Suéltame! ¡Suéltame!»

A Lundy no le quedaba aliento para maldecir. Volviéndose, echó a correr, pero las rayas movieron lánguidamente sus colas y le alcanzaron antes de que hubiese podido recorrer diez metros. Hubiérase dicho que se reían de él.

Lo único que salvó de momento a Lundy fue que cuando desplegaron sus grandes alas para envolverle en ellas, chocaron con las que venía del otro lado. Esto las detuvo por unos segundos. Aunque ello bastó para que Lundy viese la puerta.

Era una portezuela de piedra negra sin ningún ornamento, que permanecía entreabierta sobre sus goznes de oro, a unos tres metros de distancia.

Lundy se precipitó hacia ella. Esquivó una enorme ala que se abatía sobre él, dio un tremendo salto que casi partió su espinazo, y asió el borde de la puerta con ambas manos, tirando frenéticamente de él.

El extremo de un tentáculo chocó contra sus pies. Sus botas con suela de plomo golpearon el suelo, y por un momento pensó que le habían roto las piernas. Pero la onda líquida creada por el golpe le ayudó a introducirse por la estrecha abertura.

Media docena de romas cabezas parduscas trataron de introducirse tras él, sin conseguirlo. Lundy se hallaba a gatas, tratando de recuperar su aliento, pero le parecía como si su pecho soportara el peso de un torreón de piedra. Además, su vista se debilitaba.

Avanzó a rastras hasta arrimar su hombro a la puerta, empujándola con fuerza para cerrarla. Pero la puerta no se movió. La construcción se había movido, atascando

para siempre la puerta en sus goznes. Ni siquiera las poderosas rayas podían abrirla.

Pero a pesar de ello, seguían forcejeando. Lundy se arrastró lejos de allí. Al poco rato parte de aquel peso que oprimía su pecho desapareció, y recuperó la visión.

Un rayo de luz dorada, que brillaba y se apagaba intermitentemente, entraba por una grieta situada a unos diez metros sobre su cabeza. Era una pequeña hendidura, por la que ni siquiera hubiera podido pasar un niño. En la estancia no había más abertura que aquélla y la puerta.

Era una habitación de reducidas dimensiones. Sus paredes de piedra eran completamente negras, sin adornos ni relieves, con excepción de la pared del fondo.

Ante ésta se alzaba un bloque cuadrado de azabache, de unos dos metros y medio de largo por poco más de un metro de ancho, ahuecado de manera peculiar, que hacía pensar en algo muy poco agradable. Sobre él lucía con un rojo resplandor, que parecía preludiar el fuego del infierno, un solo y enorme rubí, engarzado en la piedra.

Lundy había visto cámaras parecidas en antiguas ciudades que aún se hallaban en tierra firme. Allí era donde antaño se sacrificaban a los hombres que habían pecado contra sus semejantes o contra los dioses.

Lundy echó una mirada hacia los voraces monstruos que trataban de abrir más la puerta atrancada, y se rió, a pesar de que la situación no tenía nada de divertida. Después de disparar su último tiro, se sentó.

Aquellos monstruos terminarían sin duda por cansarse y se marcharían. Pero si no se iban dentro de pocos minutos, poco importaría que se quedasen. El oxígeno de Lundy se estaba acabando, y aún le faltaba mucho para llegar a la costa.

La vocecilla de la red gritó:

«¡Suéltame!»

—Vete al infierno —gritó Lundy. Se sentía muy cansado. Tan cansado que poco le importaba ya vivir o morir.

Se aseguró de que la red seguía bien sujeta al cinto, y el nudo que la cerraba bien apretado.

—Si vivo, irás a Vhia conmigo. Y si muero... bueno, ya no podrás hacer más daño a nadie. Habrá un diablo menos suelto en Venus.

«¡Quiero ser libre! ¡Suéltame, suéltame! Este peso agobiante.»

—Sí, claro. Quieres ser libre para volver locos a hombres como Farrell, y obligarles a abandonar sus mujeres e hijos para seguirte. Quieres ser libre para matar... —Miró la red con ojos abotagados—. Jackie Smith era amigo mío ¿Y tú crees que podrás obligarme a que te suelte con tus artimañas?

Entonces la vio.

A través de la red, como si la apretada malla metálica fuese celofana. La tenía acurrucada sobre sus rodillas, un ser diminuto de apenas medio metro de estatura, doblado sobre sus piernas. La curva de su espalda parecía esculpida por un ángel en un pedazo de cálida nube rosada, nacarada...

El tembloroso Lundy empezó a sudar copiosamente. Cerró los ojos para no ver. Pero era inútil: la veía igualmente. No podía dejar de verla. Trató de luchar mentalmente, pero estaba muy cansado...

Ella estaba oculta casi por completo bajo su propia cabellera, negra como la noche y brillante como un rayo de luna y tornasolada como el pecho de un colibrí. Una cabellera de ensueño. Una cabellera con la que se hubiera estrangulado muy gustoso.

Ella levantó lentamente la cabeza, apartando de su cara aquel velo de cálidas tinieblas. Tenía los ojos ocultos por espesas y sedosas pestañas. Tendió ambas manos hacia Lundy, como una niña implorante.

Pero no era una niña. Era una mujer, desnuda como una perla y tan encantadora que Lundy sollozó, presa de un éxtasis tembloroso.

—No —dijo roncamente—. No. ¡No!

Ella le tendió los brazos implorando que la liberase, sin moverse.

Lundy se arrancó la red del cinto y la tiró sobre el altar de piedra. Levantándose, se dirigió cautelosamente hacia la puerta, pero ante ella las voraces rayas seguían acechando. Volvió a sentarse en el rincón mas alejado de los dos sitios que pudo hallar, y tomó un poco de benedrina.

Esto constituyó un craso error. Había alcanzado ya casi el límite de saturación. La droga se le subió a la cabeza. Se sintió incapaz de luchar contra *ella*, de desoír sus ruegos. Ella se arrodilló sobre el altar tendiéndole los brazos, mientras un rayo de luz dorada la iluminaba como si se hallase en el interior de un templo.

—Abre los ojos —le suplicó Lundy—. Abre los ojos y mírame.

«Suéltame. ¡Suéltame!»

Aquella criatura hablaba a Lundy de una libertad que éste desconocía, la libertad del espacio interplanetario, con toda la Vía Láctea como campo de juegos, sin nada que constituyese una traba o un estorbo. Y con aquella añoranza se mezclaba el temor. Un pánico ciego, cerval...

—¡No! —gritó Lundy.

La mente de éste se ofuscó. De pronto se halló ante el altar, desatando la red con dedos temblorosos.

Se apartó tropezando y regresó tambaleándose a su rincón. Temblaba de pies a cabeza como un perro asustado.

—¿Por qué tienes que hacerlo? ¿Por qué tienes que torturarme y volverme loco por algo imposible... por algo que me matará? Igual haces con todos.

«¿Torturar? ¿Locura? ¿Matar? No entiendo. Todos me rinden culto. Es muy agradable sentirse objeto de un culto.»

—¿Agradable? —vociferó Lundy, casi sin darse cuenta—. ¿Agradable, dices? De modo que matas a un buen hombre como Farrell y ahogas a Jackie Smith...

«¿Matar? Espera... piensa de nuevo esta palabra...»

Algo en el interior de Lundy se volvió frío y quieto, conteniendo el aliento. Le envió de nuevo aquel pensamiento. Muerte. Final. Silencio. Tinieblas...

La pequeña figura resplandeciente que se erguía sobre el altar de piedra negra se postró de nuevo de hinojos, y su aspecto fue más triste que el grito de un ave marina en el crepúsculo.

«Así estaré yo pronto. Así estaremos todos nosotros. ¿Porqué este planeta nos arrebató al espacio? El peso, la gravedad y la presión nos oprimen y nos aplastan, y no podemos liberarnos. En el espacio no existía la muerte, pero aquí moriremos...»

Lundy permanecía absolutamente inmóvil, mientras la sangre tamborileaba en sus sienes.

—¿Quieres decir que tú y todos tus semejantes del espacio vais en camino de morir? ¿Que... que esta ola de locura cesará por si misma?

«Pronto. Muy pronto. ¡En el Espacio no existía la muerte! ¡Ni el dolor! No los conocíamos. Aquí todo era nuevo, queríamos saborearlo todo, jugar con todo. No sabíamos...»

—¡Es espantoso! —exclamó Lundy, y miró a los monstruos que trataban de forzar la puerta de piedra. Luego se sentó.

«Tu también morirás.»

Lundy alzo lentamente la cabeza. Sus ojos tenían un terrible brillo.

—Te gusta que te rindan culto —murmuró—. ¿Te gustaría que te rindiesen culto *después de tu muerte*? ¿Te gustaría que te recordasen siempre como algo bueno y hermoso... como una diosa?

«Esto sería preferible a caer en el olvido.»

—¿Harás entonces lo que yo te pida? Si quieres, puedes salvarme la vida. Puedes salvar la vida de muchos de esos pequeños seres vegetales. Yo me ocuparé de que todos conozcan tu verdadera historia. Ahora te odian y te temen, pero después de esto te amarán y te reverenciarán.

«¿Quieres librarme de esta red?»

—Lo haré si antes me prometes hacer lo que te pido.

«Si he de morir, profiero hacerlo libre de esta red.»

La pequeña figura tembló y se echó hacia atrás el velo de su cabellera, negra como ala de cuervo.

«Apresúrate. Dime que...»

—Aparta a esos monstruos de la puerta. Llévatelos, con todos los que merodean por la ciudad, hasta el fuego de la montaña, donde perecerán.

«Me reverenciarán. Vale más esto que morir en una red. Te lo prometo.»

Lundy se levantó y dirigióse hacia el altar. Caminaba con paso incierto. Le temblaban las manos al desatar la red. El sudor le corría a raudales por el rostro,

metiéndosele en los ojos. Quizás ella no mantendría su promesa. Quizás ella...

La red se abrió. Ella se irguió sobre sus piecitos sonrosados. Lentamente, como un jirón de niebla arrastrado por la brisa. Levantó la cabeza y sonrió. Tenía la boca roja y carnosa, los dientes eran dos ristas de níveas perlas. Sus pestañas bajas tenían sombras débilmente azuladas.

Empezó a crecer bajo el rayo de áurea luz, como una columna de niebla alzándose hacia el sol. El corazón de Lundy cesó de latir. El claro brillo de su tez, la armoniosa línea de su garganta y de su seno joven, la suave y modelada curva de su cadera y de su flanco...

«Tú también me rindes culto...»

Lundy dio dos pasos vacilantes hacia atrás.

—Te rindo culto... te adoro —susurró—. Déjame ver tus ojos.

Ella le sonrió y volvió la cabeza. Descendió del pétreo altar, y pasó flotando junto a él en las negras aguas. Estaba hecha de la materia de los sueños, sin peso ni substancia, pero era más deseable y atractiva que todas las mujeres que Lundy había conocido en su vida o visto en sus sueños.

Él la siguió, tambaleándose. Trató de asirla.

—¡Abre los ojos! ¡Te lo ruego, ábrelos!

Ella siguió flotando y pasó por la puerta de piedra entreabierta. Las feroces rayas no la vieron. Únicamente veían a Lundy que avanzaba hacia ellas.

—¡Abre los ojos!

Ella se volvió entonces, en el preciso instante en que Lundy iba a precipitarse a una muerte cierta en la sala contigua. Lundy se detuvo, y vio cómo ella alzaba sus largas pestañas.

Lanzó un solo grito penetrante, y cayó de bruces sobre el piso de piedra negra.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí postrado. Debió de ser mucho tiempo, porque cuando volvió en sí apenas le quedaba el oxígeno suficiente para alcanzar la costa. Las rayas vegetales habían desaparecido.

Pero aquel tiempo fue una eternidad para Lundy... una eternidad de la que salió con el cabello canoso, amargas arrugas en torno a su boca, y una tristeza que jamás dejó su mirada.

Su sueño fue fugaz. Duró un breve instante, para verse ensombrecido al punto por la muerte. Tenía el cerebro embotado por las drogas y cansado, y no sentía las cosas con la suficiente fuerza y claridad. Eso fue lo que le salvó.

Pero ya sabía lo que vio Jackie Smith antes de ahogarse. Sabía lo que había hecho enloquecer para siempre a tantos hombres, cuando veían los ojos de su sueño, y al verlos, lo destruían.

Porque tras aquellas largas y sedosas pestañas, no había... *nada*.